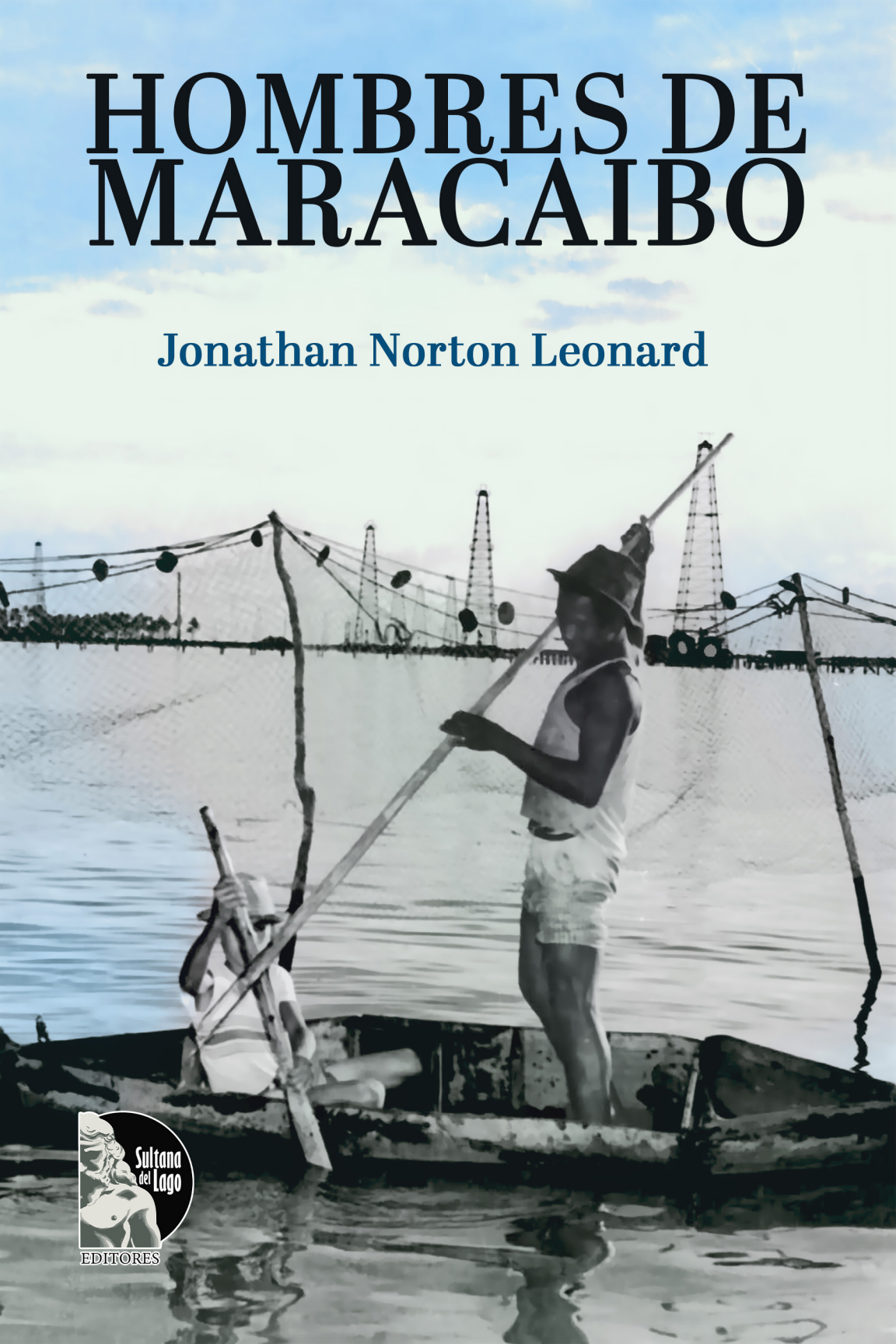
HOMBRES DE MARACAIBO

Jonathan Norton Leonard



Sultana del Lago
EDITORES

EDITORES

Hombres de Maracaibo

Jonathan Norton Leonard

Traducción de Hal Nixon Pierce Sierralta
y Aura Elena Rojas de Pierce

Hal Nixon Pierce Sierralta
Aura Elena Rojas de Pierce
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-7449-2
Depósito Legal: ZU2025000383

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

La historia secreta del nacimiento de la industria petrolera en Venezuela

Por Luis Perozo Cervantes

Se abre un secreto oliendo a gas, a madera quemada, a agua oscura bajo la bota. Se abre una puerta que llevaba décadas atrancada con miedo, con anécdotas dichas en voz baja y cuentas pagadas en efectivo. Se abre, entrando de golpe en la conversación venezolana, **Hombres de Maracaibo**: parte policial y libreta engrasada, crónica de muelle y de campamento, inventario de cuerpos, máquinas y decisiones. La edición de **Sultana del Lago Editores** empuja a la luz un archivo que estuvo escondiéndose en cajones con llave, volviéndose rumor, volviéndose excusa, volviéndose silencio contable. Aquí, de una vez, queda expuesto.

Se entra por el **Bar Trujillo** respirando aire caliente y nombres propios escritos a lápiz. Se entra escuchando tarifas: "vírgenes" a setenta dólares, rutas de turismo sexual diseñadas al gusto del expatriado, confesiones pronunciadas sin rubor —"pertenezco a una corporación depredadora muy exitosa"—. Se entra atendiendo el verbo del campamento: **sancochar**. El deseo se tramita "en el pueblo", pidiéndose como herramienta, recogiéndose como repuesto, devolviéndose con

recibo. Hay listas. Hay claves. Hay una mecánica de ocio tarifado que se atornilla a la logística del taladro, alineándose con brocas y empaques, dejándose ver con la frialdad de una planilla. La maquinaria moral queda a la intemperie.

Amanece entrando humo y sirenas, amanece encendiendo el caserío. Un pozo se descontrola, el gas prende la madera, caen techos estallando, tiembla la voz del jefe cuando admite: "no pudimos controlar ese pozo". La producción sigue avanzando con su reloj de acero, quedándose las vidas en la cuneta. Más arriba, en **Santa Rosa**, la prisa por extraer entra como ráfaga: casas cribadas, objetos sagrados arrancados, una mujer con su bebé bajo fuego, muertos y heridos que nadie quiere contar; sobre la mesa, helando la sala, una propuesta exacta y feroz: **aviones y gas para despejar la zona**. La técnica vistiendo uniforme de coartada. La eficiencia hablando en voz de exterminio. El expediente moral escribiéndose solo, línea tras línea, con tinta indeleble.

La autoridad ejerciéndose sobre símbolos y sobre piel. "Fuimos nosotros, los petroleros, quienes hicimos que el diablo fuera negro": catecismo práctico del racismo, liturgia útil para ordenar jerarquías en el terreno. Arranca otra máquina: **el encubrimiento**. "Los jefes intentan silenciar" lo que estorba, la versión oficial cocinándose con chequera, promociones y miedo. En la oficina cli-

matizada el expatriado recita su consigna como quien dicta un manual: "cuando quiero una mujer, voy al pueblo". Ética de mostrador. Inventarios de carne. Firmas que blanquean delitos.

El libro aprieta la tuerca sin perder humanidad, sosteniéndose en escenas precisas y voces reconocibles. En **Amante e intérprete**, una joven se negocia por nota, "una mercancía a muy buen precio", y un operador procede "verificando" y certificando "virgen perfecta", mientras los chistes lubrican el trámite. Se emborracha a un cura, un cacique "trae una chica para él", la barcaza parte dejando risas, alcohol y delito flotando en la estela. En **Algunos indios**, el miedo académico a "subir" al terreno confiesa la historia de choques que el avance extractivo fue provocando, abriendo una cicatriz que las estadísticas maquillan con asteriscos. Cuando el foco se ensancha en **Acerca del reino de las mujeres**, se despliega el mapa completo del poder: máquinas políticas aceitándose con **Wall Street**, estructuras criminales operando como proveedoras, compras estratégicas de plantas eléctricas dibujando un circuito de ganancias, miseria administrada en los bordes como política de control. La **Prohibición** aparece enseñando su programa: crear mercados, premiar la trampa, enfermar la vida social a escala continental. En **Acerca de las vírgenes**, el lenguaje contable de "precios" y "valores" hiela la sangre por su asep-

sia. En **Un intento para demostrar que aún hay esperanza**, la conclusión se vuelve diagnóstico: confluencia entre Estado y corporaciones empujando obediencias, degradándose libertades con la palabra mágica del rendimiento.

El retrato del Zulia se va armando con paciencia y puñetazos: palafitos aprendiendo la gramática del taladro, riberas mudando de fisonomía, barrios ajustando horarios al rumor de los motores, familias levantando país y duelo con las mismas manos, una épica doméstica hecha de improvisación y coraje. Dignidad y herida conviviendo en cada página, quedándose el lector con la mezcla de orgullo y náusea que solo produce la verdad cuando se muestra completa. Este libro devuelve nombres, devuelve hábitos, devuelve culpas, entregando sobre todo **herramientas**: seguridad por encima del cronograma, consulta real con comunidades, respeto territorial como regla de proyecto, transparencia capaz de sostener producción y confianza, memoria viva convertida en política pública.

Nada de esta nitidez respiraría con igual pulso sin la traducción de **Hal Nixon Pierce Sierralta** y **Aura Elena Rojas de Pierce**. Su trabajo mantiene el ritmo del original, preservando asperezas cuando es necesario, dejando pasar la ternura cuando asoma, fijando un registro de conversación que trae a la mesa al capataz, al intérprete,

al obrero, al jefe que firma y al jefe que ordena. La rareza bibliográfica abandona el estante alto y entra al aula, al sindicato, a la redacción y al hogar como **documento imprescindible**.

Quedan preguntas retumbando: ¿cuánto costó de verdad la industria? ¿cuánto se pagó en cuerpos, en silencios, en territorios? ¿qué se debe hoy a quienes habitaron la orilla? **Hombres de Maracaibo** no reparte nostalgia barnizada, entregando espejo áspero y brújula ética, poniéndose en la mano del lector como herramienta de comprensión y como aviso. Entrando en estas páginas se entiende cómo se levantó la principal industria del país, qué cobró y qué compromisos impone al presente. Comprender, aquí, es cuidar: **ilumina, orienta, cura**, permitiendo que el secreto deje de susurrarse en pasillos y se pronuncie, por fin, en voz alta, en nuestra lengua.

INTRODUCCIÓN

Cuando la cordillera de los Andes llega al norte, desde Perú, se expande como una mano sobre Colombia, y tres grandes dedos se precipitan en el mar. Uno de estos, el más oriental, es más largo que los otros. Tiene una delgada extensión, como la uña de un mandarín, la cual se dobla sobre Venezuela siguiendo la costa por quinientas millas, y luego se sumerge en el Atlántico a la altura de Trinidad. A esta cordillera se le conoce como los Andes venezolanos. Entre ella y la siguiente hacia el oeste, la Sierra de Perijá, hay un valle tan hondo, que el mar se ha metido para formar una bahía bulbosa de ciento veinte millas de largo por setenta millas de ancho. Este es el Lago de Maracaibo, realmente, una extensión del mar. Aunque su entrada es un estrecho de cinco millas de ancho, su agua es tan dulce como un barril de lluvia, porque el agua dulce de las montañas empuja al agua salada del mar. Es un lugar curioso este lago, que no es un lago.

El Lago de Maracaibo es tan caliente, que una persona nadando en él tiene la sensación de estar bañándose en sudor. Se siente agradable salir del agua de vez en cuando para refrescarse con el viento. El agua está cubierta de un alga verde, dispuesta en pequeñas líneas paralelas. Por debajo de la superficie nadan cangrejos marrones. Ellos tienen dos maneras de nadar: a veces se im-

pulsan hacia adelante lentamente, girando sobre sus espaldas dos patas con forma de remos y agitándolas rítmicamente; otras veces se desplazan rápidamente hacia los lados por el agua, como si anduvieran sobre una superficie seca. No existen en el mundo otros cangrejos como estos.

En las profundidades del lago existen peces que no nadan en ningún otro lago, río o mar. A lo largo del lago van a la deriva columnas de humo gris claro. Es un humo vivo: billones de mosquitos carentes de aguijones que vienen de la nada, no van a ninguna parte y aparecen solo por un día, como un humo gris claro arrastrado por el viento. De noche, todo el lago se enciende por las luces del Catatumbo, un relámpago continuo y silencioso, destellando como una lámpara de arco a cien millas de distancia. Otras luces como estas no existen en el mundo. Alrededor del lago se encuentran campos petroleros, con algunas de las torres de perforación situadas sobre pilotes a un cuarto de milla de la costa. Los hombres llegan a ellas en lanchas; y el petróleo fluye, a través de tuberías, hacia los tanques que se encuentran también sobre pilotes.

A la orilla del lago existen pueblos semiindígenas, en viviendas de caña y paja, asentadas sobre pilotes en el agua. Ya estaban allí cuando los mayas exploraron la costa hace mil años; ya estaban allí cuando los conquistadores lucharon y los masacraron en su camino hacia El Dorado; ya estaban allí cuando los harapientos ejércitos

de Bolívar proclamaron a las palmeras las doctrinas de la Revolución Francesa; ya estaban allí cuando los petroleros estadounidenses cabalgaron sus monstruos mecánicos desde Oklahoma. Hoy continúan allí, sonrientes, con una mezcla en sus venas de sangre india, africana, española y americana. Estarán allí mañana y dentro de mil años más.

En partes de la orilla del lago hay africanos con sus cantos y tambores del Congo, que resuenan como el corazón de una criatura marina detrás de una piel transparente. También hay un santo negro, San Benito, que de vez en cuando, dicen algunos, bebe sangre humana. Desde los altos Andes, hasta la orilla del lago, llega un pequeño ferrocarril trayendo café desde pueblos perdidos en las montañas —pueblos detenidos en el tiempo y apegados al modelo de una España medieval—. Algunas de las montañas aún no han sido conquistadas, y por sus selvas se arrastran los indios motilones, untados con un ungüento hecho de las glándulas odoríferas de los zorrillos; sin ser vistos, disparan flechas de madera de seis pies a través de los cráneos de los petroleros. Sobre la selva vuelan aviones; por debajo se deslizan las anacondas, brillantes como una manguera húmeda y de un pie de grosor. Un estadounidense de Kansas puede comprar una hermosa virgen por setenta dólares en la orilla del lago. El amor, la vida y el tiempo fluyen rápida y fácilmente bajo el sol vertical.

No hay ningún lugar en el mundo como el Lago de Maracaibo. Es una especie de saco, como el estómago de una babosa de mar. Su boca se abre en el Caribe —campo de batalla de las razas—. Cada siglo, aproximadamente, ocurre un vacío en su interior: la boca succiona y la gente dominante del exterior penetra al interior del saco. Pueden ser mayas, españoles o estadounidenses. Entonces su digestión comienza. La costa selvática exuda una especie de jugo gástrico: música, sol, risas de chicas, hojas verdes, sangre caliente y ron. El lago descansará durante un tiempo como una anaconda que digiere a un cervatillo. Luego retomará su antigua vida bajo las blancas cumbres de los Andes. Tal vez un idioma perdurará: el español. Algunos, con pelos rizados, harán parecer a África; a algunos niños rubios les hablarán de un país distante y fabuloso llamado Texas. Pero no le darán mucha importancia, porque en las costas del Lago de Maracaibo hay comida, amor y vida para todos.

Puede parecer una idea extraña que un estadounidense vaya a un lugar tan raro como el Lago de Maracaibo para tener una visión más clara de su propia nación. Pero en realidad no es tan extraño. Cuando un hombre quiere ver claramente una cadena de montañas, se aleja de ella: los árboles y arbustos ya no impiden ver el horizonte; las estribaciones se agrupan hacia abajo, y los picos principales se destacan aserrados contra el cielo; se ven como son: altos, blancos y claros, o quizás no tan altos como se pensaba.

Asimismo, cuando un químico quiere analizar una sustancia para descubrir de qué está compuesta, la somete a varias pruebas: la trata con ácido nítrico, para saber qué tanto se disuelve; le aplica varios reactivos, como el yodo, y si toma una coloración azul, posiblemente contenga almidón. El químico nunca sabría de qué está compuesta la muestra si no la pusiera en presencia de distintas sustancias.

El Lago de Maracaibo es distante, tanto en el tiempo como en el espacio. Por una parte, podemos obtener una vista lejana y completa de las montañas desde el horizonte norte. Por la otra, podemos ver qué efectos están teniendo los reactivos locales sobre nuestra muestra —los estadounidenses que llegaron a Venezuela con la bonanza petrolera hace unos años—.

I
EN EL BAR TRUJILLO

ME siento en una pequeña mesa del Bar Trujillo, esperando a que Bill Stevens termine su cuarto vasito de brandy "Fundador". Cuando está sobrio, Bill es un "petrolero". Sin embargo, cuando bebe lo suficiente, su nariz enrojecida y su mentón corto lo convierten en uno de esos "hombres comunes" que pueblan la tierra; alguien que contempla el mundo sin saber exactamente qué ocurre. Bill no es de esos visionarios que ambicionan crear las grandes políticas que, se imagina, son necesarias para que su país sea próspero y feliz; tampoco es de esos fanáticos de cuello duro que quieren salvar al mundo de su propia iniquidad. No es un profeta ni un reformador; no es un iluminado ni un santo; no es siquiera un gran político. Es simplemente un hombre con los ojos bien abiertos. Se ha sentado a beber conmigo porque yo pago las copas. Me hablará de su país cuando se anime lo suficiente con el brandy.

Bill lleva quince años en el Lago de Maracaibo. Ha estado en la mayoría de los campos petroleros de la costa del Lago, y en todos los bares de Maracaibo. Ha pasado por las perforaciones de Mene Grande, de Cabimas, de Lagunillas; ha navegado por el Lago de noche, con la luz del Catatumbo encendiendo el cielo; ha tenido amigos que murieron por flechas motilonas; ha vis-

to el humo de los mosquitos moviéndose como niebla; ha escuchado los tambores de los negros y el rumor de los santos. Ha ido a los prostíbulos de la orilla, ha bailado con las chicas que llegaron de Europa, ha maldecido a los guardias nacionales cuando le pidieron papeles que no tenía. Ha sido muchos, y también ha sido uno: Bill Stevens, el hombre de Oklahoma que vino porque aquí había trabajo y dinero. Conoce un pedazo de la historia local como si la hubiera vivido entera, y la cuenta con la nariz roja, el mentón corto y una sinceridad sin artificios. En el fondo, para mí, vale como documento humano, como testigo; y su testimonio, aunque borroso por el alcohol, es un retrato de su país.

"Listo, Bill —le digo—. Ahora vas a contarme todo acerca del coloso del norte".

Bill se queda viendo el vaso vacío como si fuera a encontrar allí la forma de su respuesta. "Bueno… había una vez un país donde todos trabajaban como locos y fabricaban cosas que no querían usar, y escuchaban dos radios a la vez…"

"¿Pero para qué?", preguntaron los hombres comunes. "A nosotros nos gustaría averiguar si todas esas lindas chicas usan calzones".

"Olvídense de eso", dijeron los hombres poderosos. "Pónganse a trabajar; ustedes no entienden cómo se maneja un país. Si no trabajan lo suficiente, van a pasar hambre hasta que el ombligo les salga por la espalda".

"¿Qué van a hacer ustedes con toda esa basura que estamos haciendo?", preguntaron los hombres comunes. "Nosotros no podemos utilizarla".
"Cállense", dijeron los hombres poderosos. "Esas cosas se las venderemos a los sudamericanos que no tienen nada".
"Pero si ellos no tienen nada, ¿cómo van a poder pagar?"
"Cállense y manténganse callados, ustedes no saben nada de eso", respondieron los hombres poderosos. "Para eso están los bancos, y para eso están las compañías".
Bill da un golpe suave con el vaso sobre la mesa y mira hacia la puerta. El Bar Trujillo está en las afueras de Maracaibo —la ciudad rezongona, calurosa, primitiva y de comercio antiguo que mira el Lago como quien mira un espejo que nunca cambia—. La clientela del bar es un mapa social y económico del puerto. Está conformada por un tercio de indios, un tercio de negros y un tercio de españoles. Por cien años, embarcó cacao en carabelas. Durante los últimos veinte, ha embarcado petróleo en tanqueros con bandera inglesa. Se acostumbró a tratar con capitanes que gritaban órdenes en lenguas diferentes, a lidiar con agentes que sabían que el mundo es un ir y venir de papeles, y a contar monedas en el mostrador como si fueran granos de maíz. Se acostumbró al dinero que llega de pronto y se va como una resaca. El Bar Trujillo no cree en la permanencia.

Cuando su cuarta copa de brandy se vuelve un espejo rosado en la superficie, Bill comienza a hablar sin que yo pregunte nada. Me cuenta, con frases que se rompen para volver a empezar, cómo fue que llegaron los yanquis a Venezuela. Me habla de los años del general Gómez, que dejó entrar a las compañías porque necesitaba dinero y no le gustaba que le discutieran sus órdenes; me habla de los años de los locos de Nueva York que vendían acciones como si fueran estampas de santos y que de pronto se quedaron sin nada, y de cómo el petróleo volvió a ser el único milagro al que la gente rezaba. Me cuenta de los mexicanos que los sacaron de Tampico a punta de revolución, obligándolos a mirar hacia el sur y a escoger otro sitio donde clavar el hierro que saca lo negro.

Así, dice Bill, comenzaron a llegar desde México, Texas, Oklahoma, Kansas y California. Llegaron por el Lago, con barcazas llenas de cosas sin nombre para los hombres de aquí. En tierra, compraron maderas para pilotes, alquilaron lanchas, pagaron guardias, contrataron peones que sabían remar y cargar, pagaron curas para que bendijeran los campamentos, pagaron putas para que bendijeran las noches. Y todo eso era el principio. Lo grande venía después: aparatos con mangueras que succionan al mundo, torres que parecen iglesias sin cruz, motores que ladran como perros enormes, tanques que se llenan de un líquido que huele a huevo y a dinero. "El petróleo", dice Bill, mirándome como si yo no lo

supiera, "es el único dios que responde cuando uno lo llama".

Durante cuatro años, Maracaibo fue un pueblo de feria. Los cigarros no se apagaban nunca, el ron no se acababa nunca, las noches no terminaban nunca. Había un crédito que parecía infinito. Los gringos tomaban baños de sol en la azotea de los hoteles, las mujeres se llenaban los brazos de pulseras brillantes, los muchachos se compraban camisas a rayas y aprendían a decir "hello" con la boca llena de dientes. Había caballos que relinchaban de gusto y automóviles que andaban como si fueran a despegar. En el mercado, las frutas parecían de tinta por lo brillantes. Por la tarde, desde el Lago, llegaban remolcadores cargados de risas.

El gobierno del estado Zulia pavimentó la Plaza Bolívar con adoquines nuevos, y le puso una fuente que parecía hecha para que la bebieran las palomas. El gobierno nacional también hacía dinero con cada barril que salía por el Estrecho. En las oficinas, los sellos se gastaron de tanto usarlos. Los músicos tuvieron trabajo todas las noches; los sastres ya no daban abasto; las lavanderas se cansaron de sacar manchas que no sabían de dónde venían. Era un verano larguísimo donde la gente soñaba con helados que no se derriten.

Pero todo eso terminó. A alguien se le ocurrió desinflar la utopía del señor Hoover y de los hombres que contaban dinero con sonrisa de dentadura nueva. Hubo un bajón de precios, y el dinero

empezó a tener miedo. Las chicas francesas, que enseñaban a bailar como si estuvieran alumbrando una lámpara, tuvieron que irse. Los hoteles cerraron una puerta sí y otra no. En los bares, las botellas empezaron a volver al estante sin haber sido vaciadas. Las compañías hablaron de "reducción de gastos" con una cara tan seria que parecía una misa. En el Lago, algunas torres siguieron trabajando, pero con un ruido cansado.

Así que el Bar Trujillo —centro de juerga políglota— se convirtió de repente en un sitio donde los hombres comunes juegan dominó y discuten la lotería. En la mesa del fondo, cuatro negros con camisas limpias miran las fichas como si fueran una baraja de dioses. En la barra, dos españoles discuten sobre la política del puerto como si discutieran sobre el clima. Un indio con sombrero muy claro pide café con la calma de un señor de misa. Bill mira todo eso con una ironía sin resentimiento, como quien sabe que las cosas cambian de vestido, pero no cambian de cuerpo.

Pide otra copa —la quinta— y se aclara la garganta con una seriedad que parece una confesión. Y entonces cuenta la historia a su modo, con parábolas. "Había una vez —dice— un país de hombres que fabricaban cosas que no querían usar. Los hombres poderosos decían: 'Trabajen. Nosotros sabremos vender eso a los que nada tienen'. Y si alguien preguntaba cómo, ellos respondían: 'Para eso están los bancos'". Yo asiento, y lo dejo hablar. Bill no es un gran narrador: es

un hombre que habla con la verdad de las cosas que ha visto mientras trabajaba.

En la puerta del bar pasa un vendedor de lotería con un pregón de pájaro. Afuera, el sol cae a plomo sobre los carros que pasan dejando un olor a gasolina vieja. Dentro, el aire tiene el peso tibio de un cuarto donde se ha hablado mucho tiempo. Un muchacho abre la caja de madera donde guarda los tabacos, y el olor sale como un animal doméstico que se estira.

Bill apura la copa y se ríe sin ruido. "Yo trabajé —dice— en los negocios petroleros latinoamericanos durante quince años. Si quisiera, sería mucho lo que pudiera contarme". Y entonces hace una pausa y se corrige: "lo que pudiera contarte", dice, señalándome con el vaso. Bebe otro trago, y el brandy le pone en las mejillas un rosado de vieja fotografía. "He sido —dice— un explorador de una corporación depredadora muy exitosa, y ahora quisiera decirle a esa corporación depredadora que se vaya al infierno". Se encoge de hombros, como si se arrepintiera de haber dicho demasiado, y deja el vaso. Me mira. Yo no digo nada. La tarde se queda pegada a las paredes como un papel húmedo.

El Bar Trujillo queda al borde de la carretera que conduce al puerto. Detrás del mostrador hay botellas alineadas como santos en una iglesia. Un ventilador mueve el aire con rumor de abanico grande. El dueño —un español de bigote negro y ojos tristes— limpia vasos que ya están limpios. La mujer

del dueño pasa de vez en cuando, con un vestido floreado que hace pensar en una siesta. En el espejo de la pared se reflejan, invertidos, los rótulos de las bebidas. A veces entra un perro que parece conocer el camino mejor que los hombres.

"Bueno", dice Bill, "en mi país siempre hay alguien inventando aparatos para que la gente viva distinta. A veces, esos aparatos no sirven para nada, pero dan trabajo. Cuando ya no podemos vender esas cosas a nuestros propios hombres comunes, buscamos a los sudamericanos. Y así, cuando México nos cerró las puertas en la cara, miramos hacia Venezuela. Y ahí estaba el Lago, esperándonos, con su agua tibia, sus relámpagos de noche, sus mosquitos de humo, sus indios invisibles y sus negros de tambor, con su santo que bebe sangre y su virgen que se vende por setenta dólares".

Saca un cigarrillo, lo enciende con cuidado, y se queda un momento mirando la pequeña llama como quien recuerda una fogata lejana. "No me arrepiento de haber venido —dice—. Aquí aprendí a mirar el mundo desde otro sitio. En mi país, uno ve las montañas demasiado de cerca. Aquí, con el Lago y los Andes a lo lejos, uno ve las cumbres sin los árboles delante". Exhala el humo como si dijera un rezo.

No hablamos más. En el dominó del fondo alguien canta un "capicúa". La mujer del dueño deja una jarra de agua en una mesa. En la calle, un camión pasa con un estruendo que parece venir del cielo. Bill mira su vaso vacío y asiente como

si alguien le hubiera hecho una pregunta que no oímos. "Eso es todo —dice—. Ese fue el principio". Y yo, que había venido a escucharlo hablar de su país, siento que me ha hablado del mío.

II
EL PUEBLO LACUSTRE

DETRÁS de la pequeña ciudad de Maracaibo, se extiende un territorio desolado y llano, cubierto por cactus y árboles retorcidos y espinosos, parecidos a los que crecen en el suroeste de los Estados Unidos; el suelo es de grava y arena con algunos montículos de piedras podridas. Es difícil imaginar que algo pueda vivir allí, excepto el palo de Monte, espinoso y gris, como la barba de un viejo, y el cardón, un cactus alto, liso y verde, con espinas afiladas como agujas. Sin embargo, los lagartos abundan, las pequeñas serpientes agitan sus colas mientras corren como si trataran de asustar a los gallinazos; y algunos mamíferos desconocidos se refugian en cuevas en los barrancos del río seco. A veces, en la carretera, se ven niñas con cabellos negros hasta el hombro, vistiendo ropas viejas pero limpias, y con huellas de polvo en las mejillas; caminan descalzas sobre el suelo caliente, y pueden verse sus piernas delgadas y los tobillos bronceados, rectos como una cuerda de violín. Algunas de las niñas lucen muy pobres, con vestido de algodón blanco y un pañuelo en la cabeza, y sin embargo su piel es tersa y sus ojos brillan; sus cuerpos parecen no tener grasa, y su piel luce más bien apretada sobre los músculos; caminan con paso firme, sin mirar a nadie; sus manos cuelgan libres a los costados, sus dedos

son pequeños y rectos. Las niñas no parecen nerviosas, ni tristes, ni cansadas; caminan sobre el pedregal con la tranquilidad de quien tiene la vida resuelta; sus ojos son serenos, sin sombra de miedo; y sus bocas están cerradas, con una pequeña sonrisa de enigma. Viven en pequeñas casas de barro, con techos de palma, levantadas sobre la arena; en el patio, hay gallinas, chivos, perros y niños; los hombres salen con el machete en la cintura a buscar trabajo donde sea; las mujeres arreglan la casa y cocinan, y crían a los niños, y a veces hacen tortillas de maíz; no hay agua en el patio, y la traen en tinajas desde lejos; no hay árboles frondosos que den sombra, solo cardones y palos de monte. Es un país seco, de sol blanco y polvo, donde los pobres viven vidas de pobres, con serenidad y orgullo.

En el borde del desierto, hay una franja de tierra húmeda que rodea el Lago. El paisaje cambia de repente; el polvo desaparece, el aire huele a agua, y los árboles se vuelven altos y verdes; hay palmeras de coco, mangos y guayabos; hay pájaros pequeños que cantan agudos; hay mosquitos que zumban como si fueran humo; y hay casas sobre pilotes, con el agua del Lago debajo de ellas, y canoas amarradas a los postes. Este es el pueblo lacustre. Las casas están construidas con cañas y madera; el techo es de palma; el piso es de tablas; las paredes son de caña; y el agua del Lago pasa por debajo, golpeando los pilotes. Los hombres van en canoa por los callejones de agua; las mu-

jeres lavan ropa en el borde del piso; los niños se lanzan al agua; los perros duermen en las tablas calientes; las gallinas picotean en los rincones; y los viejos, sentados sobre cajas, miran el Lago como si fuera un libro siempre abierto.

Un hombre rema lentamente su canoa por el callejón. Tiene el torso desnudo, bronceado por el sol, y lleva un sombrero de paja; sus brazos son delgados y fuertes; sus manos son pequeñas; sus ojos son negros. En la proa de la canoa, hay una niña con un vestido de algodón blanco; está sentada con las piernas cruzadas, y mira el agua con la misma seriedad con la que una niña en otro país miraría un libro; tiene el cabello negro, largo y liso; su rostro es pequeño y ovalado; su boca es pequeña; sus ojos son grandes; y su piel es de un dulce color marrón. En la popa, un niño sostiene un remo corto; mueve el remo con un movimiento suave y rápido, como si jugara; su cuerpo es delgado, y sus músculos parecen alambres; su pelo es negro y corto; sus ojos son serios; y su boca está cerrada; su piel es del mismo color marrón que la de su hermana. La canoa se mueve con un pequeño balanceo; el agua golpea suavemente el casco; el hombre mira hacia adelante; la niña mira el agua; el niño mira el remo; y el Lago mira a todos.

Los lacustres son silenciosos. No hacen ruido; no gritan; no discuten; no cantan; no se ríen fuerte. Hablan con voz baja; sonríen con los ojos; y mueven la cabeza con una pequeña cortesía. Son

amables y pacientes; no se molestan por nada; no se quejan; no piden; no exigen. Viven despacio; comen despacio; trabajan despacio; aman despacio; y mueren despacio. No se apresuran; no se desesperan; no se fatigan. El calor y el agua les han enseñado a vivir con calma. Si uno los mira, parecen estar siempre esperando algo que no tiene prisa por llegar; y cuando llega, lo reciben con la misma calma con que esperaban.

Hay un camino que conduce al pueblo de Santa Rosa, entre macizos de cactus y árboles espinosos. Un tranvía tirado por mulas lleva pasajeros a Santa Rosa. El conductor, un negro pequeño y serio, se sienta en el frente y mira al camino con la gravedad de un capitán de barco. Los pasajeros, sentados en bancos de madera, miran hacia delante, sin hablar; el sol cae sobre sus cabezas; el polvo sube del camino; las mulas avanzan paso a paso; el conductor no golpea a las mulas; solo les habla con voz baja; y las mulas obedecen. De repente, un pasajero pregunta con inquietud:

"¿Está seguro de que este camino conduce a Santa Rosa?"

"Sí señor, ¿por qué no?", responde el conductor, sin volverse.

Los pasajeros se tranquilizan; en el camino, un gallinazo negro corre como un pollo; abre las alas, se detiene un momento, como si dijera: "aún no estás listo para ser comido; pero pronto"; y luego se eleva con un golpe pesado de sus alas negras.

En Santa Rosa, las casas de los lacustres están sobre pilotes, como en el resto del Lago. Las paredes son de caña, y el techo es de palma; el piso es de tablas; las casas están unidas por puentes de madera; y debajo, el agua verde del Lago. En una casa, una mujer joven, con un vestido blanco y un pañuelo en la cabeza, amamanta a un niño; sus pechos son pequeños y firmes; su piel es de un color marrón brillante; sus ojos son negros y grandes; y su boca es pequeña y dulce. El niño, con la cabeza apoyada en el pecho de su madre, succiona con los ojos cerrados; su piel es de un color marrón claro; sus manos son pequeñas; y sus pies son como dos semillas. El marido de la mujer está sentado sobre una caja, mirándolos con una sonrisa pequeña; su cuerpo es delgado; su piel es marrón; sus ojos son negros; y su boca es pequeña; tiene un sombrero de paja en la mano, y un machete en la cintura.

En otra casa, una vieja con el cabello blanco y los ojos húmedos, fuma un cigarro corto; su piel es de un color marrón pálido; su boca está cerrada; y sus ojos miran el agua como si vieran el pasado. Un perro pequeño duerme a sus pies; un gallo camina por el piso con orgullo; y una gallina se detiene a picotear en una grieta. La vieja no se mueve; solo fuma; el humo sale de su boca en un hilo azul; y su mirada no se aparta del agua.

En el muelle, unos hombres descargan sacos de yuca de una canoa; los sacos son pesados; los hombres son delgados; sus músculos se marcan

en los brazos; su piel brilla con el sudor; sus ojos están serios; y sus bocas cerradas. No hablan; solo respiran fuerte; sus manos son pequeñas y fuertes; sus pies están descalzos; y sus piernas son como troncos jóvenes. Los sacos se apilan en una esquina del muelle; una mujer, con un lápiz detrás de la oreja y un cuaderno en la mano, cuenta los sacos; sus ojos son rápidos; su boca está apretada; y su mano se mueve con velocidad sobre el papel.

En una canoa, unos muchachos juegan a la pelota. Tienen una sola pelota y un solo bate; y solo el receptor tiene un guante hecho en casa. Sin embargo, el juego es muy bueno; los muchachos batean con fuerza; corren con rapidez; y se deslizan en la arena con una gracia de animales jóvenes. En la orilla, unas niñas con vestidos de algodón miran el juego; sus ojos brillan; y sus bocas se abren en pequeñas risas; uno de los muchachos, después de batear, mira de reojo a las niñas, con una sonrisa que no es para el equipo, sino para ellas. Bill dice:

"Puedes llamar a esto béisbol; pero ellos lo juegan por las chicas; eso es lo que jugaban cuando don Alonso de Ojeda navegó por aquí en 1499".

El juego no es del equipo; es del muchacho para las niñas; es un juego de exhibición, de gracia, de fuerza, de amor. El béisbol americano es un juego de equipo; el béisbol lacustre, un juego de muchachos frente a las chicas. El muchacho que batea no piensa en el equipo; piensa en las pier-

nas morenas, en los brazos fuertes, en el corazón que late rápido; piensa en el futuro inmediato: conseguir trabajo, casarse con una chica bonita; no piensa en la gloria del equipo; piensa en su vida. Por eso, el juego es hermoso; por eso, el juego es humano.

En el borde del muelle, un viejo, con el sombrero sobre las rodillas, mira el juego con una sonrisa en los ojos; sus manos están quietas; su boca está cerrada; sus ojos brillan. Al final, cuando un muchacho batea lejos, el viejo asiente como si dijera: "bien"; y su sonrisa se agranda un poco.

Regresamos a Maracaibo en el tranvía tirado por mulas. El sol baja lentamente; el aire se vuelve más suave; el polvo se asienta; y las mulas caminan con la misma calma con que caminaron al ir. Los pasajeros miran hacia adelante; nadie habla; el conductor mira el camino; y la tarde cae sobre la ciudad, sobre el Lago, sobre las casas de caña, sobre las canoas, sobre los niños, sobre los perros, sobre los gallos, sobre las gallinas, sobre los viejos, sobre las mujeres, sobre los hombres; y todo se vuelve de un color de cobre.

Los lacustres no tienen prisas; no tienen resentimientos; no tienen ambiciones grandes; no tienen planes; no tienen teorías; no tienen programas. Viven. Y vivir, en el Lago, es suficiente.

En una casa, una muchacha está sentada en el piso de tablas, con las piernas cruzadas; tiene un vestido de algodón blanco, viejo pero limpio; su cabello es negro y largo; su piel, marrón y brillan-

te; y sus ojos, negros y grandes. Está arreglando su cabello con una peineta de plástico; sus manos son pequeñas y rápidas; su boca está cerrada; y su mirada es seria. Un niño pequeño, desnudo, juega a su lado con un pedazo de madera; lo empuja como si fuera un barco; hace ruidos con la boca; y se ríe sin ruido. La muchacha mira al niño con una pequeña sonrisa; su mano sigue peinando el cabello; y el sol entra por la puerta, y cae sobre su hombro como una mano.

La noche llega con rapidez en el Lago. De pronto, la luz cae, y el aire se vuelve más fresco; las canoas se detienen; los hombres amarran los remos; las mujeres guardan la ropa; los niños dejan de jugar; los perros se acuestan; las gallinas suben a una viga; y los viejos se sientan más cómodos sobre sus cajas. El relámpago del Catatumbo comienza a encenderse en el horizonte; una luz blanca tiembla en el cielo; y el Lago se ilumina en destellos, como si una lámpara de arco estuviera detrás de una cortina. Es una luz sin trueno; una luz silenciosa; una luz que no asusta a nadie; una luz que los lacustres conocen desde siempre; una luz que es parte de sus noches, como el agua, como el calor, como los mosquitos, como los perros, como los gallos, como las gallinas, como los viejos, como los niños, como las mujeres, como los hombres.

Un muchacho, parado en el borde del piso, mira la luz; su cuerpo es delgado; sus brazos son delgados; sus piernas son delgadas; su pecho es estrecho; su vientre es plano; su cuello es largo; su

cabeza es pequeña; su cabello es negro y corto; sus ojos son negros y grandes; su boca es pequeña; y su piel es marrón y brillante. Mira la luz con los ojos abiertos, sin parpadear; su boca está cerrada; y su mano derecha sostiene un pequeño pez que acaba de sacar del agua con una cuerda. El pez brilla en su mano con la luz del relámpago; su cuerpo es pequeño; sus escamas son plateadas; y su ojo negro mira el aire.
El muchacho abre la mano; el pez cae al agua con un pequeño sonido; y el muchacho sonríe con la boca cerrada. La luz tiembla en el cielo; y el Lago respira.

***

Una tarde, en la cantina de Santa Rosa, entra una muchacha con un vestido de algodón blanco y un pañuelo en la cabeza. Es muy joven; su piel es marrón; sus ojos son negros; y su boca es pequeña. Se acerca a la barra, y dice con voz suave:
"Buenas tardes".
El cantinero, un español de bigote negro, la mira con una pequeña sonrisa.
"Buenas tardes."
La muchacha se queda de pie, con las manos juntas delante de la falda; sus ojos miran la barra; su boca está cerrada; y su respiración es tranquila. Un hombre a mi lado dice:
"¿Quieres un refresco?"
La muchacha voltea la cabeza, y me mira; sus ojos son serios; su boca está cerrada; y su expresión es tranquila. Dice:

"No, señor, gracias".
"Nos gustaría comprarte uno", digo.
Ella mira el suelo un momento; luego dice:
"Gracias, señor; no tengo sed".
No se molesta; no se ofende; no se altera; solo rechaza con cortesía; su rostro no cambia; su voz es suave. Luego se vuelve al cantinero, y pide medio kilo de azúcar. El cantinero pesa el azúcar, lo pone en un papel, y se lo entrega. La muchacha paga con unas monedas; da las gracias; y se va.
Un rato después, regreso a la barra con Bill. Comentamos el episodio. Bill sonríe:
"Así son aquí. Muy correctas. Te miran con calma. Si quieren, aceptan; si no, te dicen que no con la misma calma".
Y agrega, con esa filosofía sencilla que tiene:
"Y cuando quieren, te lo hacen saber sin palabras".
Salimos de la cantina. En el muelle, la tarde está cayendo; el relámpago del Catatumbo comienza a encenderse; el agua golpea los pilotes; y la vida sigue, lenta y suave, sobre el Lago.

III
LAGUNILLAS

LA piragua Cristóbal Colón está programada zarpar para Lagunillas, desde Maracaibo, a las ocho en punto. Sin embargo, todos saben que no saldrá antes de las nueve. Pero, al muelle de Maracaibo, vale la pena observarlo por una hora, a las ocho de la mañana. Quizás, si vemos con esmero, podemos descubrir la razón de esa particular mezcla de los venezolanos, de extrema flojera y extrema vivacidad.

Un maracaibero de la clase más pobre, lo veremos caminando por la parte soleada de la calle –los nórdicos prefieren la sombra; hay un proverbio latino que reza: solo los ingleses buscan el sol–. Se moverá ociosamente casi sin gastar energía; su ropa harapienta de algodón le colgará holgadamente sobre su figura delgada y, si se quiere, agraciada; sus pies, dentro de alpargatas tejidas, difícilmente se separarán del pavimento; sus manos cuelgan flojas, como si no tuviera nada que hacer; su cabeza está tan completamente desocupada como sus manos, y sus ojos mirarán con curiosidad, como si no hubiera visto antes los mismos carteles y las mismas viejas paredes descascaradas. Pero, por muy flojo que parezca, está atento a todo lo que ocurre a su alrededor.

Ahora, nuestro maracaibero se encuentra con un amigo que también camina por la parte so-

leada. Se acercan con un leve brillo en los ojos y, cuando ya se encuentran casi frente a frente, de pronto irradian un calor extraordinario: los brazos se extienden, las manos se alargan, las espaldas se arquean; y los rostros se iluminan con una sonrisa de alegría. Entre ambos se produce un desborde de aprecio y un abrazo de iguales. Dos pares de manos comienzan a apretar y a sacudir; las bocas se mueven rápidamente mientras, con palabras, se vierten efusiones que son totalmente auténticas; de vez en cuando, se dan simultáneamente palmadas en la espalda; intercambian confidencias sobre su salud, su suerte y sus pequeñas ocupaciones, y, ocasionalmente, animan su conversación con fragmentos de canciones.

Luego, culmina el encuentro: las siete bujías superfluas se apagan repentinamente y los dos hombres, como si un interruptor hubiera sido accionado, vuelven a su estado normal de economía de energía; se separan con un apretón de manos y una sonrisa que poco a poco se apaga; y cada uno sigue su camino con esa ociosa parsimonia que, no importa lo que haga, no va a derrochar energía, a menos que sea necesario.

¡Qué distinto es un encuentro entre estadounidenses en las calles de Nueva York! Uno de ellos, caminando por la parte sombreada –porque los nórdicos prefieren la sombra–, camina con pasos rápidos; irradia energía y va dejando en el camino un rastro de calorías quemadas; se consigue un conocido, y entonces ocurre una explosión de

entusiasmo; en apariencia, completamente sincero. Pero, en un instante, se convierte otra vez en un hombre apurado, y sigue adelante con su persecución del futuro –un paso hacia una meta distante–; por eso camina a lo largo de las calles con prisa, con la vista fija en algún punto lejano; cuando se reúne con su compañero, conversan, pero en realidad no hablan de sí mismos, sino de cosas impersonales: del tiempo, de los negocios, de las películas; y, si se preguntan algo personal, solo será para encontrar un dato que los pueda relacionar con la otra persona: ¿es rico o pobre? ¿Tiene alguna influencia? ¿Puede ayudarme en este asunto? Y, cuando se separan, lo hacen con la misma celeridad de antes.

Esta diferencia tiene su base fundamental, al igual que muchas otras diferencias, en la distinta manera como se concibe el tiempo; para la mente del maracaibero –y del latino, en general–, el presente es lo importante –el estado en que se encuentra su mente–. El presente, para el norteño, no tiene tanto valor como el futuro; y si, por el contrario, el pasado tuviera valor, entonces sería un tipo sentimental, un soñador que en los Estados Unidos no sería de mucha utilidad. En un país cálido, como Venezuela, el presente es agradable; aun para un pobre, con un pedazo de queso y un plátano puede ser feliz. En cambio, para el norteño es más fácil soñar con un futuro que, al llegar, tal vez no satisfaga sus expectativas.

En el futuro, el maracaibero puede que tenga plátanos para vender. Pero eso está en el futuro; en este momento, él es solamente otro ser humano, y abrazarlo es una de las cosas placenteras de la vida.

El muelle de Maracaibo presenta una curiosa escena de una actividad lenta. Varias lanchas a motor están alineadas a lo largo del muelle; y otras, de todo tipo, congestionan las aguas a lo largo del malecón por casi un cuarto de milla. Se ven cayucos –piraguas– cargadas de pescado, plátanos y yuca –una raíz larga con la cual las amas de casa venezolanas hacen una harina seca, el casabe–; y se ven lanchas cargadas de caña de azúcar, que vienen desde la Sierra de Perijá; y otras, cargadas de sacos de café de los Andes. También hay lanchas vacías, esperando su turno; y hombres que cargan fardos sobre sus espaldas; y mujeres que se sientan sobre los fardos a conversar.

Los botes no son de nadie; los botes son de todos. Una lancha, con su capitán y su tripulación, pertenece a la compañía que la fletó; pero, al mismo tiempo, parece estar a la orden del público; y los maracaiberos se suben y se bajan de ellas como si fueran tranvías. En una de esas lanchas hay un letrero que dice: "Reservado"; y esos asientos –para los amigos de los que mandan– son los únicos ocupados por el momento. Más tarde, todo el mundo podrá sentarse donde quiera; y nadie comprobará si ese asiento fue concedido a algún amigo "merecedor", el monopolio del privilegio;

porque, al final, el público acabará sentándose también allí.

Hay muchachos descalzos que se lanzan al agua y nadan alrededor de los botes, buscando monedas que los pasajeros les lanzan. Hay vendedores ambulantes que ofrecen pan, dulces, tabaco y agua fresca; mujeres con bandejas de pasteles; niños que venden periódicos y revistas; y, sobre todo, hay una multitud de maracaiberos que no parecen hacer nada, pero que, de alguna manera, participan en todo.

Un hombre pasa con una carga de panes sobre la cabeza; otro lleva una jaula con gallinas. Un niño se ha trepado a la baranda de la lancha y mira el agua con ojos serios; una mujer con un bebé en brazos se abanica con un periódico; y un viejo, sentado sobre un saco, fuma un cigarro con aire de sabiduría.

En la cubierta de la Cristóbal Colón, un negro de camisa limpia, con el aire de un mayordomo inglés, les está diciendo a unos pasajeros: "Esta lancha va a salir a las ocho; pero, si algún caballero quisiera ir a Lagunillas con mayor rapidez, tenemos una lancha especial; es la más rápida de todas; sale ahora mismo; el pasaje es de veinte bolívares". "¿Veinte bolívares?", dice un pasajero. "Es demasiado". "Bueno –dice el mayordomo–, le puedo dar diez, pero todavía sería un precio muy alto".

Un pequeño grupo de pasajeros aparentemente respetables, de pie, cerca de la cadena que se-

para los asientos "Reservados" del resto, revisa con calma sus pertenencias: maletas, paquetes, una caja con botellas, y, en un caso, una jaula con un loro. El loro duerme con la cabeza metida bajo el ala.

En el muelle, un vendedor de helados grita "¡frío!", con una voz que suena a música. Un policía, con bigotes muy negros, pasea con una dignidad de alguacil de provincia. Un cura, con el sombrero en la nuca, conversa con un capitán de lancha; el capitán lleva una gorra azul y una camisa limpia; el cura sonríe con una sonrisa dulce y cansada.

Hay una mujer con un vestido de algodón, que tiene un paquete atado con cordel; a su lado, un hombre con un sombrero de paja sostiene un gallo en las manos; el gallo está tranquilo, como si supiera que viajará. Dos niños se pelean por un pedazo de pan; su madre les pega un manotazo suave y les quita el pan, y ellos se calman.

De pronto, un hombrecito, con una cara muy seria, se mete en medio de la gente y se acerca a la lancha especial: "¿Cuánto cuesta, amigo?", pregunta. "Veinte bolívares", responde el mayordomo. El hombrecito mira al cielo, como buscando una inspiración; mira su bolsillo; mira la lancha; mira otra vez al cielo; y dice: "No, hermano; eso es mucho dinero. Me voy en la de las ocho". Y se va con la dignidad de un hombre que ha tomado una decisión importante.

El calor va aumentando. El sol cae sobre el muelle como una mano. El agua del Lago se arruga

suavemente, como si tuviera sueño. Las lanchas se balancean con una pereza musical. En el horizonte, hacia el sur, las montañas azules parecen dormir.

A las nueve menos cuarto, la Cristóbal Colón da señales de vida. El capitán sube a bordo con un pequeño saco en la mano. Un marinero empieza a llamar a los pasajeros; los que estaban sentados en los bancos "Reservados" se levantan con una dignidad tranquila y se instalan donde quieren; los otros, con la misma dignidad, encuentran sitio donde pueden. Un niño se despide de su perro con una seriedad de adulto; el perro, que no sabe que no puede ir, lo sigue hasta la cadena; el niño lo mira con tristeza; el perro mueve la cola; y, al final, un marinero levanta al perro y lo devuelve al muelle con una sonrisa.

Zarpamos a las nueve en punto. La lancha sale suavemente, como si despegara del muelle con un suspiro. El Lago, esa mañana, está de un verde suave; el agua se abre con una blandura deliciosa; el viento es una caricia; y, en la distancia, el relámpago del Catatumbo es, de día, apenas un recuerdo.

El viaje a Lagunillas dura tres horas. La lancha va costeando, y, a lo largo de la orilla, se ven las casas sobre pilotes; las canoas; los hombres que reman; las mujeres que lavan; los niños que se lanzan al agua; los perros que duermen; los gallos que caminan con orgullo. Se ven las torres de perforación de los campos petroleros, como

iglesias sin cruz; y, de vez en cuando, una llama de gas natural que tiembla como una flor amarilla.
En el camino, un hombre me cuenta historias de los indios guajiros: de sus flechas envenenadas, de sus bailes, de sus ritos, de su orgullo. Dice que no han tomado la iglesia muy en serio en los últimos cincuenta años; y habla de sus flechas como si fueran milagros: "La puntica –me dice– es el aguijón de una raya; lo ponen con carne de pez venenoso; y tres hierbas; y lo dejan que se pudra; y luego lo secan; y, cuando lo usan, el hombre que recibe la flecha se muere". Esto puede ser botánicamente imposible, pero demuestra el respeto que sienten por esas flechas, que, envueltas en cuero, guardan en su carcaj. Hace muchos años que no han tenido que usarlas.
Lagunillas, cuando llegamos, parece una ciudad de cuentos sobre el agua. Las casas están sobre pilotes; las calles son de madera; los hombres van en canoa; los niños juegan al béisbol en la orilla; las mujeres conversan en las puertas. Pero, en medio de eso, hay un ruido que no es de cuento: el rugido de las llamaradas de gas y el chillido de los silbatos; el motor de las bombas; el golpe de los martillos en las plataformas; y el olor del petróleo, que está en todas partes, como un perfume de dinero.
Descendemos a un muelle de tablas. Un hombre, con una gorra de capitán de barco de juguete, me ofrece sus servicios como guía. Me lleva por las calles de madera; pasamos frente a una tien-

da donde venden de todo: pan, sardinas, tabaco, camisetas, peines, cuchillos, alpargatas, imágenes de santos, cintas, botones y botellas de ron. El dueño, un español de bigote negro, me mira con una mezcla de curiosidad y de cálculo; y me sonríe con una sonrisa profesional.

Más allá, está el club de la compañía petrolera: una casa grande, limpia, con un salón de baile, una sala de tiro al blanco, una sala de lectura, un bar, una sala de billar, y una terraza con sillas de mimbre; en la pared, un letrero: "Solo para empleados". El ambiente es agradable, amistoso; y, si uno quiere, puede usar ese ambiente para demostrar su tesis favorita; pero yo prefiero mirar a la gente.

Veo a los empleados estadounidenses: jóvenes, fuertes, con camisas limpias; hablan de motores, de bombas, de presiones, de válvulas; y, a la vez, de béisbol, de muchachas y de cerveza. Veo a los venezolanos: más delgados, con ropa más pobre; hablan con una suavidad que, de tanto en tanto, se enciende con una chispa; saben reír con los ojos; saben esperar.

Al final del día, Lagunillas respira con un ritmo peculiar: el de las máquinas, los botes, los hombres, el Lago. Y, aunque el petróleo ha traído otro mundo sobre el agua, Lagunillas vive, en lo esencial, la vida de hace mil años.

IV
SANCOCHAR

ES sábado por la noche, y los empleados estadounidenses de la Gulf Oil Company de Lagunillas tienen un "sancochar" en la herrería. Ayer, dos hombres fueron a los pantanos y mataron a tantos patos pequeños y brillantes como podían cargar –patos verdes que se posan en los árboles. Un "sancochar" es un término petrolero español que sirve para escapar de la excelente, pero predecible comida del comedor. Los patos han sido más o menos limpiados, cortados en pedazos y hervidos con yuca, bolas de masa y camotes en una gran olla, sobre llama de gas natural. Una especie de mesas están ubicadas entre las estupendas herramientas de la herrería, y una docena de barriles de cerveza están colocados en una fila detrás de un torno. Todo el mundo está allí. Incluso, algunos de los hombres de Lago, del campamento vecino, han sido invitados.

Es una gran tentación filosofar sobre el espíritu de estos campamentos petroleros. Los hombres proceden de todas las clases sociales. Hay ingenieros y geólogos con estudios universitarios, perforadores prácticos criados en lúgubres granjas de Oklahoma, oficinistas de Nueva York o Cleveland. El jefe del campamento de Lagunillas es un músico que solía tocar el órgano en Ciudad de México. Hay vagabundos que han encontrado

por fin un refugio, y hay aventureros que se sosiegan entre uno y otro brote de problemas.
Pero todos estos tipos tan diversos se llevan perfectamente, respetando las virtudes de los demás y perdonando sus defectos. Los más ignorantes de ellos están increíblemente bien informados sobre temas sorprendentes, ya que los conocimientos especiales de cada uno han sido compartidos al acervo común durante las largas tardes de tiro al blanco en la sala del club.
El ambiente del campamento de la Golf es tan agradable y amistoso, que cada visitante se siente tentado a utilizarlo para demostrar su tesis favorita. Puede probar, por ejemplo, que la democracia social –lo que eso pueda significar– es realmente posible. Aquí hay hombres de diferentes clases, que ganan distintos sueldos; pero todos viven juntos en aparente igualdad, como si algunos no fueran jefes y otros simples subalternos. Esto puede demostrar que los grandes negocios son algo sagrado.
Muchos visitantes, antes de 1929, utilizaron los campamentos petroleros para demostrar precisamente esto. La Gulf Oil Company es ciertamente un gran negocio, y sin duda, que hace trucos fantásticos y peligrosos mediante sus grandes fuentes de financiamiento. Pero aquí en Lagunillas solo son un grupo de amigos, cada uno haciendo su trabajo de producir el petróleo sagrado para la vaca sagrada de Detroit. Así decían los chicos de la Nueva Era. Hasta el comunista también en-

contraría bienestar en Lagunillas, puesto que aquí hay una colectividad formada por hombres de todas las clases. Trabajan juntos contentos, independientemente del nivel de formación o la recompensa monetaria. El beneficiario de su trabajo resulta ser un anciano accionista en Pittsburgh, pero también pudiera ser el Plan Quinquenal, o algún otro plan abstracto Marxista corpus christi. El mismo accionista anciano de Pittsburgh parece bastante abstracto, visto desde Lagunillas.

Pero esto no es más que economía social, y ya hay demasiada teorización económica en el mundo. ¡Así que al diablo con eso!, aunque existe un tipo de estadounidense que, de todas maneras, no encontraría consuelo alguno en Lagunillas: el moralista, convencido de que Estados Unidos se lo debe todo al concepto de: "no se debe hacer" implícito en frases como: "el hogar americano", "las normas americanas" y "los americanismos". Hay pocos "no se debe hacer" en Lagunillas. Algo sobre los trópicos, lo lejos del hogar, la falta de exhortación clerical y la ausencia de presiones grupales, ha disuelto todos estos conceptos superfluos. El fervor moral "estadounidense" se apaga, al igual que la llama de la leña mojada, en cuanto cesa la corriente de aire forzada. Y sin moral, el individuo americano es una persona mucho más atractiva.

En el "sancochar", por ejemplo, hay mucha cerveza y suficiente ron excelente, pero no hay ningún tipo de borrachera. No es porque esté pro-

hibido, o simplemente mal visto, como lo harían los directores deportivos u otras organizaciones similares para adultos. Nada de eso, al contrario, todo el mundo se "prende" ligera y agradablemente. Solo se "prenden" de una manera moderada, nadie quiere abandonarse al alcoholismo. No hay ninguna razón para hacerlo, ni tampoco las cadenas sociales que solo el alcohol puede romper. Los hombres entienden muy bien esta situación y la explican, ligeramente, de la siguiente manera:

"¿De qué sirve emborracharse aquí? En Kansas me emborrachaba porque no tenía el coraje para pasarla bien sin hacerlo. Quería mandar a todo el mundo al infierno, pero no tenía el valor sin unas cuantas copas. Quería una mujer, pero no me atrevía a buscarla si estaba sobrio. Aquí, en este campamento, no quiero decirles a los otros chicos que se vayan al infierno. Y cuando quiero una mujer, voy a buscarla al pueblo. A nadie le importa".

En el "sancochar" se cuentan muchas historias después de haberse comido el pato hervido y la cerveza ha empezado a hacer efecto. El petróleo es un negocio fabuloso, y Venezuela es un país fabuloso. En los Estados Unidos, el horizonte es simplemente el lindero de otra parte bien definida del país. Pero el horizonte de Lagunillas es el lindero de lo desconocido, que entraña fantásticos lugares de peligro, de misterio y de cosas extrañas. Más allá de las montañas, hacia el este, se encuentra el Estado Falcón –una zona semi-

desierta cubierta de cactus–, donde los desamparados pobladores esperan nerviosos a que el general Urbina, el eterno revolucionario, venga nuevamente a vengar la supuesta violación de su madre. Ya ha venido dos veces a Coro, y dos veces su ejército ha sido hecho pedazos por las ametralladoras y los aviones del Gobierno. Pero, tarde o temprano volverá. Dicen en Maracaibo, que los gallinazos de Falcón reconocen el sonido de las ametralladoras, y al oirlas, planean suavemente para participar del festín.

Hacia el sur, están los Altos Andes, una muralla de afilados picos de dieciséis mil pies de altura, con nieve en sus cumbres, con angostos caminos de mulas que unen sus valles fríos y de aire ligero. Un pueblo orgulloso y cortés que aún conserva celosamente el patrón de vida que ya murió en España hace cien años. Más allá de los Andes, están los terribles llanos, las planicies del Orinoco. Los ríos están llenos de cocodrilos, anguilas eléctricas y caribes –pequeños peces devoradores de hombres–. Las puntas de las altas hierbas, de hojas aserradas, están cubiertas de ovillos de garrapatas jóvenes, de tamaño microscópico, que se introducen bajo la piel y luego crecen del tamaño de grosellas. Los llanos se marchitan por la sequía, durante siete meses al año, y luego se inundan por cinco meses, pero siempre son calurosos e insalubres. Quizás sea la parte del mundo que deberíamos evitar, pero muchos de los hombres del petróleo han estado allí.

Hacia el oeste, al otro lado del lago, se eleva otra cadena montañosa: la Sierra de Perijá. No tan alta como los Andes; pero, en gran parte, aún no conquistada, y casi inexplorada. Aquí tienen su fortaleza los misteriosos indios motilones. Sus flechas de madera han derrotado y expulsado a las dos mayores compañías petroleras del mundo. Muy pocos han visto a un motilón de cerca, y calmado. Los venezolanos te dirán que son rubios y de metro ochenta de estatura -quizás descendientes de los conquistadores o de los vikingos-; pero no es así, son más bien pequeños e insignificantes. Son una gente achaparrada, morena, sucia y sombría. Prefieren estar solos en su jungla salvaje, comiendo frutas y pescados, viviendo encima de un petróleo que desean muchos países. Hacen valer sus deseos con flechas de madera, las cuales pueden atravesar el hierro galvanizado, o el cuerpo de un hombre y salir por el otro lado. Los petroleros fijan su mirada hacia el otro lado del lago, desde Lagunillas hacia Perijá, donde las luces del Catatumbo brillan toda la noche. Y se prometen dar una gran batalla contra los motilones cuando suba el precio del petróleo.

No es que Lagunillas sea desordenada o peligrosa; nada parecido –bien lejos de eso–. El Gobierno venezolano ama a las compañías petroleras, las acoge con ternura, las protege de interferencias, y recauda de ellas la mayor parte de sus ingresos. Y los propios petroleros no son aventureros conscientes. Su ideal es un yacimiento lleno de

petróleo de alta calidad, de tuberías transportándolo a los petroleros, y estos transportándolo a Curazao, Aruba o Estados Unidos.

También, que la comida y los cigarrillos americanos sean abundantes y baratos. Los aventureros conscientes no podrían dirigir un campo petrolero, ya que los hombres que buscan problemas suelen encontrarlos. Se supone que el buen trabajador de un campo petrolero debe procurar que no se produzcan emergencias, y, si llegan a ocurrir, debe saber exactamente qué hacer, manteniendo la calma. El perforador que conoce el procedimiento adecuado cuando cuatro mil pies de tubería de acero empiezan a dispararse por el aire como un géiser rígido, sabe también qué hacer cuando una flecha motilona atraviesa la pared de su tienda y apaga la vela, con cuya luz estaba escribiendo una carta a su madre. Así mismo, él sabe cómo lidiar con esas pequeñas "revoluciones" itinerantes, que llegan a la torre de perforación –cual redentores– ofreciendo rescatar el tema de unos bonos. Estas cosas no son más que los riesgos, algo inusuales, de una ocupación peligrosa. El petrolero promedio no considera que merezca la pena hablar de ellos, lo más probable es que le comente al visitante acerca de cierto pozo en Mene Grande, cuyo crudo es de tal calidad que haría funcionar a un cacharro –de color rosa claro como una gaseosa de frambuesa–, el sueño de todo petrolero.

Sin embargo, la imaginación de los hombres de Lagunillas está en sintonía con la aventura. Pero,

debe ser una aventura de segunda mano, o se negarían a considerarla algo fuera de lo común. Todas las experiencias personales forman, sencillamente, parte del trabajo diario y no merece la pena contarlas. Así que, todas las historias de Lagunillas están más allá del horizonte: hacia el sur, más allá de los Andes; hacia el oeste, más allá la Sierra de Perijá; o más allá del horizonte de los hechos mismos, en el país donde, de ninguna manera, pudo haber pasado.

Por ejemplo, un hombre tiene un amigo que se dedica a buscar oro en los afluentes superiores del Amazonas. Lo conoció en Maracaibo, intentando conseguir un avión que lo llevara lo más pronto posible a su "El Dorado" particular. Se emborrachó en un antro y trató de pedirle prestados cinco mil dólares a una de las chicas. Ella le dijo que podría darle cinco mil dólares en servicios, en tan solo veinte minutos; pero por desgracia, chico, ella no tenía nada de dinero.

"Bueno, este tipo remontó el Amazonas en una canoa con un indio que sabía muchas lenguas. Muy pronto vio un agujero negro en los árboles de la orilla –sólo un pequeño agujero–, pero cuando entró en él, encontró un río de aguas tranquilas y de buen tamaño, que estaba cubierto formando una especie de túnel. Remontó el río por aproximadamente doscientas millas, viviendo principalmente de monos y loros. Cuando el indio intentó hacerle volver, lo ató a la proa de la canoa para que pudiera hablar con los otros

indios, si acaso se encontraban con alguno, pero no podía hacer mucho más".

"Al cabo de un tiempo, llegó a una especie de rápidos, donde perdió la canoa y todo su equipo. También perdió al indio. Nadó hasta la orilla y atravesó los arbustos, pero no pudo encontrar tierra. Solo encontró grandes troncos entrelazados a veinte pies de profundidad. Los espacios entre ellos, eran solamente agua o barro, y estaban llenos del más endiablado grupo de serpientes, cocodrilos y bichos".

"'Diablos" —dijo— "estoy en una situación difícil. Tengo que salir de aquí".

"Así que, comenzó a trepar por los troncos durante un par de días, y muy pronto llegó a una especie de campo abierto. A lo lejos se veían los Andes cubiertos de nieve. Pensó que estaba en Ecuador, pero no lo sabía con certeza".

"Se encontró con que había un grupo de indios, bastante amistosos, deambulando por allí. Nunca habían visto a un hombre blanco y querían saber muchas cosas de él. Le quitaron la ropa para ver si era blanco por debajo de ella, y cuando lo vieron desnudo y se enteraron que era igual que ellos, solo que era blanco, quisieron probarlo con una de sus chicas. Por suerte, salió bien de la prueba; la chica dijo que estaba muy bien. Así que, el resto de las chicas también querían una oportunidad para estar con él, y él quedó bien con la tribu. Le dieron una gran cantidad de comida y le pintaron una línea roja sobre la cara".

“Bien” –dijo– “ ya estoy aquí, y parece que me voy a quedar por un buen rato. Así que, lo mejor sería que me ponga a buscar oro por ahí”.
“De manera que, muy pronto se consiguió un indio que tenía una estatuilla de oro, aunque algo sucia. Ya saben cómo son los indios. La señaló y dijo en su idioma: ‘más’, que era la única palabra que sabía. La había aprendido de las chicas; mientras jugueteaban con él, siempre lo decían. Los indios reían a carcajadas cuando él lo decía, quizás no significaba lo que él pensaba. Aunque sí que lo entendían; de tal manera que, lo llevaron a un pequeño río en las montañas, bastante alejado de ahí, que se encontraba repleto de oro. Había pepitas del tamaño de un frijol, y mucho polvo de oro”.
“Lavó una gran cantidad, y comenzó a pensar cómo podría regresar hasta algún sitio, donde ese oro tuviera algún valor. No podía regresar por el río porque los indios no tenían canoas, y tampoco creía que podría llegar hasta Ecuador o Perú cruzando los Andes. Las montañas se veían demasiado empinadas”.
“De tal manera que, se dirigió hacia el norte. Y, después de casi un mes, llegó a los llanos y compró un caballo. Luego se encontró con un pozo exploratorio de la Sun Company, que estaban perforando por allí, y así fue como llegó a Maracaibo. Puede que sea un maldito mentiroso, pero sí que tenía el oro. Tenía el equivalente a unos dos mil dólares cuando lo vi. Quizá lo robó en

Colombia. Allá hay mucho oro, y la mayoría no sale sin que se lo hayan robado un par de veces". Una historia genera a la otra, que es una de las cosas buenas de las historias.

"Dime, ¿alguna vez oíste cómo fue que Mike Tarleton encontró el manadero en Perijá?"

"Apuesto a que no lo encontró copulando con las indias"

"No a Mike; él es uno de esos tipos a los que no les gusta la carne oscura. Bueno, como sea, él estaba abriéndose paso a través del monte con un machete, tratando de encontrar un afloramiento y hacerse una idea de la geología de la zona, cuando oyó una especie de ruido y un silbido en un arbusto".

"¿Qué demonios?" –dijo–. "Suena como una serpiente, una gran hija de puta".

"Era una serpiente, sin duda alguna, una de esas malditas anacondas, tan grande como la carcasa de un tubo de perforación. Se arrastraba entre los arbustos, sin prestarle ninguna atención a Mike. Él sacó su pistola y esperó hasta que la cabeza de la serpiente estuviera fuera de las hojas y le disparó entre los ojos. Se retuerce un poco y luego se queda quieta. Mike intenta sacarla para ver cuánto mide, pero no puede sacarla, algo la retiene. De manera que Mike se arrastra hacia los arbustos y descubre que la serpiente está atrapada en un manadero de asfalto. Así fue como encontraron ese campo de allá arriba. Mike no tuvo que buscar más afloramientos".

Ahora todos tienen una historia en la punta de la lengua. Que gane el mejor.

"Eso me recuerda a ese geólogo que trabajaba para la Mexican Eagle. Estaba en Guatemala buscando afloramientos, al igual que ese otro tipo. El monte era tan espeso que no podía ver ni diez pies delante de él, y lo estaba pasando mal, con las garrapatas, los mosquitos y los gusanos de las minas. No alcanzaba a encontrar ningún brote mineral. Era un terreno llano, cubierto de tierra hasta el punto que no asomaba ni una roca".

"Estaba a punto de abandonar y volver al campamento, cuando su machete golpeó algo duro en un grupo de lianas. Metió la mano en ellas y palpó una roca. Tomó una muestra con su martillo y descubrió que se trataba de piedra caliza".

"¡Jesucristo!" –dijo– "¿Qué demonios? Se suponía que no debería haber piedra caliza en cincuenta millas a la redonda. La geología de ese país debe de estar loca, pero sin duda que era caliza. Palpó dentro de las lianas para ver a qué altura llegaba. Estaba fuera de su alcance. Así que se agarró a las lianas y tiró de ellas, todas cayeron a la vez y lo cubrieron como un toldo".

"Cuando pudo salir debajo de ellas, echó otro vistazo a la roca y juró por Dios que se había desmayado, como muerte instantánea. ¡Esa roca era una cara tallada de diez pies de altura! Uno de esos malditos ídolos indios que se encuentran en el monte de por esos lados. Horrible como el diablo".

“Cuando volvió en sí, tuvo que botar la muestra. ¡Al diablo con la piedra caliza! Quizás los indios trajeron esa roca desde Yucatán”.
El quemador de gas en el que se habían cocinado los patos, siguió emitiendo un terrible rugido. Uno de los hombres llama a un venezolano pequeño y de apariencia humilde, que está rondando alrededor de las cosas. Tiene los ojos asombrosamente bizcos, y su nombre de campamento es Ben Turpin –del que se siente muy orgulloso.
“Mi nombre estadounidense: Señor Behn Tur peen, sí señor” –dice sonriendo.
Uno de los hombres le llama, en el español de los campos petroleros.
“Ben, shutto el gas”.
“Sí, señor” –dice Ben– “. “Yo shutto”.
Ben se considera una persona bastante inteligente. ¿Acaso no habla dos idiomas? Por supuesto. Habla español, y también esa variedad de inglés que utilizan los estadounidenses cuando quieren hacerse entender.
Ben gira una válvula, y el quemador de gas se apaga con un pequeño estallido. La repentina presencia de silencio, detiene todas las voces acaloradas por la cerveza, y surgen pequeños y tímidos sonidos de todos los rincones. Se escuchan gorjeos de ranitas marrones que habitan en charcas de agua cubiertas de petróleo , y parecen manchas móviles de asfalto. Se percibe el sonido de una bomba a una milla de distancia. Y entonces empieza un sonido extraño, un tamborileo in-

sistente, no musical ni regular, sino rítmico, que suena como si los tamboreros se estuvieran divirtiendo, quizás alterados por demasiado ron La Ceiba del lago.
"Diablos, ya le están dando otra vez" –dice uno de los hombres.
"¿Qué pasa? – Preguntó.
"Tambores tom-toms. Los hacen de troncos huecos con cuero en los extremos".
"¿Cuál es el objeto? ¿Están bailando?"
"¡Jesús, no! No se podría bailar con ese ruido. Están expulsando al diablo de Lagunillas. Lo hacen todos los años, y se tardan un mes en hacerlo. ¿Quieres ir al pueblo para verlos? Hoy es día de paga y habrá mucho que hacer en el pueblo".
"Claro" –le digo.
"¿Quién más viene?"
La mayoría de los hombres dicen que no, pero tres dicen que sí. Entonces, los cinco nos adentramos tambaleando en la oscuridad.
A lo lejos, se ven varias llamas altas y amarillas –el exceso de gas que se quema–. Ondean suavemente por el viento y rugen un poco. Pasamos la reja de la empresa –custodiada por un vigilante dormido– y continuamos por un camino bordeado de zanjas cubiertas de tierra ennegrecida. A lo lejos, Lagunillas parece un lugar sin vida.
Hay pocas luces, porque los pobladores rechazaron la electricidad cuando las empresas se ofrecieron a instalarla a precio de costo.
"Nosotros tenemos lámparas de gasolina" –di-

cen ingenuamente–. "Y siempre habrá alguien que nos robe la gasolina de las lanchas".
Un angosto camino de tierra conduce a la isla que forma el núcleo del pueblo. Más allá, se extienden las planchadas –caminerías estrechas, construidas sobre canales de agua y petróleo mezclados.
El petróleo crudo que flota sobre el agua, se comporta de diversas maneras según su consistencia y cantidad. Cuando lo extraen del pozo, es bastante fino y se extiende por la superficie en forma de una película marrón y brillante. Luego, la gasolina que contiene se evapora y se vuelve más rígida. A veces, si la película es lo bastante fina, se seca completamente y se asemeja a una capa de papel higiénico, que el viento arruga delicadamente hasta convertirla en un satén que brilla como la plata expuesta al sol. Pero, lo más frecuente es que el petróleo se contraiga en forma de glóbulos redondos, de tres pulgadas de diámetro, y bastante espesos. Estos, gradualmente, se hacen más pesados e intentan hundirse, ya que los residuos de asfalto del crudo son más pesados que el agua. El centro del disco es el más pesado porque es el más grueso, y por eso se hunde primero formando un disco –algo parecido al cristal de un reloj– de color negro, que flota sobre la superficie como un barco poco profundo. Después, una ola de agua se desliza por el borde y el disco se hunde hasta el fondo, recubriendo todo sobre lo que cae, con una envoltura de asfalto pegajoso.
De manera que, el fondo del lago de Lagunillas

no está formado por lodo, sino por una gruesa capa de asfalto esponjoso. ¡Qué mina de oro será esto para un arqueólogo en el futuro! Cavará bajo el pueblo de paja y la caña brava y encontrará todo tipo de cosas íntimas, ya que el asfalto habrá conservado para la eternidad todo lo que toque. Estará desconcertado por las piezas dispersas de maquinarias de los campos petroleros. Encontrará un fonógrafo junto a una curiara. Puede que encuentre una pipa de opio china y un narguile sirio. Puede que encuentre algunos dientes de oro y especule, en su estilo arqueológico, sobre los antiguos conceptos de belleza. Sin duda, encontrará muchos dispositivos anticonceptivos, y, tal vez argumente que fue un suicidio racial deliberado lo que extinguió la "cultura del asfalto". No obstante, algún detestado rival seguro que encontrará algunos bebés conservados, y demostrará que fue el infanticidio la causa de todo.

Todas estas ideas se las comenté a uno de los petroleros, quien añadió:

"Encontrará un par de botas de cuero de vaca de Sears Roebuck si busca lo suficiente; una noche me caí de la planchada, y no pudieron sacarme hasta que me desaté las botas. Nada de lo que se mete en el asfalto vuelve a salir".

Así que, avanzamos con cuidado en la oscuridad por los tablones y, al poco tiempo, llegamos al "Bar El Deporte", de cuya amplia puerta salía una música atronadora. El bar se encuentra abarrotado de nativos que recientemente han cobrado, pero

que se van reduciendo lo más rápidamente posible a su estado preferido de bancarrota. Algunos están bailando, otros están sacando cuenta de las chicas que se sientan expectantes en las mesas. La orquesta –piano, acordeón y batería– intenta tocar un foxtrot estadounidense, pero, por más que lo intenta, siempre les sale una rumba.

El baile, entre los venezolanos más morenos, es sin duda una estimulación sexual. Son demasiado francos o demasiado ingenuos, para ocultar su verdadero propósito tras las hipocresías del vals o del pasodoble. Bailar en el Bar El Deporte es muy simple, tanto física como artísticamente; es como cuando una mujer se prueba muchos vestidos antes de encontrar uno que le quede bien.

Nos sentamos en una mesa vacía para contemplar la demostración que nos brindaban, y el propietario –un joven andino– se acerca para comprobar que tenemos todo lo que necesitamos.

Los estadounidenses, por supuesto, son muy ricos aunque a veces les cuesta despegarse de su dinero. Un número asombroso de ellos, de hecho, están completamente anestesiados para el amor. Es decir, no vienen más que una vez a la semana; pero el propietario mantiene las esperanzas. Se inclina, con los restos de la formalidad andina que le quedan, y pregunta si queremos ver alguna chica en particular.

"¿Dónde está Concha?"

"Ay, Señor, ella está durmiendo".

"¿Y Josefina?"

"A sus órdenes, señor".
Habla con un camarero descalzo y se vuelve hacia nosotros.
"¿Y cuáles otras cuatro?"
"Ninguna más. Solo le estamos enseñando la ciudad a este amigo. No hemos venido a revolcarnos con tus chicas".
Con el español que se habla en los campos petroleros, no es posible expresar una idea tan complicada. Así que, esta se dice en inglés normal, pero los venezolanos tienen una asombrosa habilidad para captar el significado de las frases en inglés. A veces detectan una verdad oculta detrás de unas atrevidas palabras.
"Está bien, señor" –dice suavemente el propietario–.
"Cuando se encuentre mejor, le enviaré a las chicas más guapas de entre mis conocidas".
Pero aquí está Josefina – una chica bajita, tipo india, oriunda del Estado Trujillo. Es extraño lo graciosas que son estas chicas medio indias. No tienen el estilo, ni la esbeltez, ni la agilidad; de hecho, son más bien rechonchas. Pero se mueven suavemente como tímidos animales salvajes –como tapires debutantes o jóvenes capibaras jugando de manera inofensiva en los ríos de la selva. Cuando bailas con ellas, su espalda se siente como de goma, firme y elástica, y sus pechos son dos fuertes resortes. Josefina se sienta a la mesa y sonríe alegremente. No habla. Ninguna chica, desde Aruba hacia el sur, habla hasta que

le hablen. Las cubanas lo hacen, pero es que han aprendido de los turistas, ya que los nórdicos esperan que sus mujeres tomen la iniciativa.
Josefina tiene probablemente unos catorce años, en la flor de la belleza, según los estándares de Lagunillas. Lleva un vestido color ciruela, de rayón brillante y medias de seda azul intenso. Joe Grant, un jefe de herramientas de mediana edad, la considera su protegida. La mira cariñosamente.
"Tendrías que haberla visto hace un año cuando llegó de las montañas. No sabía de qué se trataban las cosas. Nunca había visto a un estadounidense. ¿No sabe mucho, chica, hace un año?".
"No, señor" –dice Josefina obedientemente.
"Pero mírala ahora. Joder, ¡usa pantalones!".
Le levanta el dobladillo de la falda y muestra el borde de un volante color rosa. Josefina no se opone. En su filosofía simple, la ropa es ropa. No es lo suficientemente sofisticada como para saber que el borde de una braguita es más impúdico que la desnudez casi completa de un bañador moderno. Si no hubiera llevado bragas, se habría escandalizado enormemente, porque incluso las meseras de los bares en Venezuela son muy modestas en público.
Una de las cosas más llamativas de estas chicas, es que no son descaradas. Nunca hacen proposiciones, ni intentan estimular el negocio de ninguna manera.
Probablemente no crean que sea necesario. Los hombres, de acuerdo con su experiencia, no ne-

cesitan ser seducidos. Así que, Josefina se sienta tranquilamente, sonriendo y sorbiendo un licor verde pegajoso, con sus largas pestañas caídas rozando sus suaves mejillas castaño claro. Le gustan los estadounidenses. Aunque no son excitantes, son muy fuertes, amables, siempre están limpios y tienen mucho dinero.

"Adelante, baila con ella" –me dice uno de los hombres.

"Prefiero mirarla" –le digo.

"No, la idea es esta. Mi capataz nativo me dijo como se hace. Dice que bailas con una chica para conseguir una especie de estimación. Ves si ella tiene el tamaño adecuado, y si tiene suficiente energía. Te haces una idea de su personalidad. Si ella está bien, algo hace clic dentro de ti –dice–. Te sientes como si fueras a reventar. ¡Hombre! Ella es la chica, y esta es la noche; el día de pago fue esta tarde. ¡Car-r-ajo!"

"Me gustaría ser un nativo" –dice otro–. "No me sentiría así si estuviera bailando con Clara Bow. Pero aún eres joven. Anda, baila con Josefina a ver si revientas".

"No, no quiero una mujer. Al menos no a estas horas de la noche. Quiero ver a esos cazadores de demonios hacer lo que hacen".

Sid Noyce, ayudante del superintendente, quien sabe un poco de español de verdad, le hace una seña al propietario. Conversan un momento y una amplia sonrisa se dibuja en el rostro del venezolano. El camarero descalzo recibe el encargo

de una misión y sale corriendo por la puerta.
"Va a buscarlos para que echen al diablo de este antro" –dice Sid–. "Le dije que regresarías a Nueva York y que querías enseñarles a hacerlo en Broadway".
En unos minutos vuelve el camarero, y detrás de él vienen cuatro alegres jóvenes con sombreros de paja, sandalias tejidas, camisas de caqui y bastante borrachos, pero de una manera agradable. Cada uno lleva un tambor de unos dos pies de largo y uno de diámetro. Sus baquetas son de madera oscura con unas bolas en los extremos.
El más alto y sonriente de los tamborileros, se abre paso entre la multitud en la pista de baile y levanta sus manos pidiendo atención. La música cesa, los bailarines se separan de sus parejas y observan por un momento.
Luego rompen a reír a carcajadas y retroceden para dejar un espacio abierto. El tamborilero líder nos mira expectante.
"¿Ron?" –pregunta Sid Noyce.
"Sí, Señor. Ron La Ceiba".
"Ron para todos" –dice Sid–. Lo traen y se lo beben en un instante. Entonces el líder vuelve a levantar los brazos, agita los puños y profiere, gesticulando, un aluvión de improperios.
"¿Qué está diciendo, Sid?"
"Le está diciendo al diablo que tenga cuidado".
El líder deja de hablar y adopta una actitud teatral de escuchar.
"Ahora está esperando a que el diablo le responda" –dice Sid.

El líder se encoge de un hombro, reservando el otro para acentuar cualquier cosa futura.
"El diablo dice que no lo vencerá" –dice Sid.
Ahora el líder se encoge de ambos hombros, y levanta la baqueta amenazadoramente. El diablo le sigue desafiando. Entonces, el líder baja la baqueta con un fuerte golpe, y a esta señal comienza el tamborileo. Es un ruido terrible. Al principio, los cuatro tambores suenan al unísono; luego, algunos se desvían, añadiendo un toque modernista. Después, todos se desvían, convirtiéndose en puro ruido, muy modernistas sin duda alguna.
Luego vuelven a juntarse nuevamente, añadiendo ritmo. Los bailarines zapatean, las chicas gritan y aplauden.
El camarero reparte vasos de ron, que los tamborileros beben sin perder el ritmo. Al cabo de un par de minutos, el líder levanta las manos y los tambores dejan de sonar. Grita desafiante.
"Le está preguntando al diablo si se ha ido" –dice Sid. Al parecer, el diablo sigue rondando, porque el rostro del líder se ensombrece ferozmente y, a su señal, el tamborileo se reanuda. Nuevamente hay más zapateos, más gritos y más aplausos. Se les da más ron a los cansados tamborileros. El líder vuelve a desafiar al diablo. Esta vez el silencio no responde; el diablo ha huido.
Con gran solemnidad, el líder tamborilero le advierte que no vuelva jamás. Felicita a sus compañeros por su hábil trabajo. Los bailarines le dan la mano. Todos sonríen. Es una gran broma –una

gran bufonada– que nadie sabe cuántos años tiene, pero que sigue siendo tan buena como siempre. Los tamborileros se tambalean en la oscuridad, para ir a perseguir al diablo hasta su próximo refugio. La orquesta vuelve a tocar, y los bailarines se unen de nuevo a sus parejas.

"Seguirán así durante un mes" –dice Sid– "hasta que echen al diablo de todas las casas y chozas de Lagunillas. Lo hacen todos los años por estas fechas. Mañana serán otros los tamborileros. Estos chicos estarán tan borrachos para la medianoche que no podrán ver una baqueta ante sus ojos durante una semana. Esa es la clase de religión que hay que tener; bebidas gratis y un buen espectáculo para todos".

"¿A dónde va el diablo" –pregunto– "cuando lo han echado de todas las casas?"

"Oh, eso lo tienen todo pensado" –dice Sid–. "Hacen una cajita de madera a manera de altar, y cuando lo han echado de todas las casas, ya no tiene otro sitio adonde ir que a la caja. De manera que, se mete en ella y le ponen una figurita negra de madera para que sepan que está allí. Luego hunden la caja en el lago y se acabó el diablo hasta el año que viene".

"Oye, te cuento que esa figurita solía ser blanca en vez de negra, como es ahora" –dice el viejo Joe Grant.

"¿Sí?"

"Claro. Esta persecución del diablo viene de los indios, y los diablos indios siempre eran blancos.

Dios solía ser negro en los viejos tiempos. Pero ahora, el diablo es negro, y supongo que Dios es blanco, como la Iglesia quiere que sea. Pero no fue la Iglesia quien lo hizo. Fuimos nosotros los petroleros".

"Cuéntanos" –decimos todos, porque Joe Grant es un buen cuentacuentos.

V
CUANDO LOS YANQUIS PERFORARON HASTA EL INFIERNO EN LAGUNILLAS

BUENO, Cuando vinimos aquí por primera vez a abrir este campo, el pueblo no era más que paja y caña brava, y la tierra era, en su mayoría, pantanos. Así que, vivíamos en una especie de casa flotante mientras perforábamos el primer pozo. No era exactamente un proyecto independiente. Sabíamos que ahí había petróleo. Pero, supongo que la compañía quería estar segura del yacimiento antes de gastar dinero estadounidense en barracas.

Recuerdo que había una vieja iglesia de barro en medio del pueblo, más o menos donde está la nueva ahora. Y el cura no le tenía mucha estima a los gringos. Era un viejo de aspecto gracioso, con un abrigo negro largo y una boina negra. Se supone que todos los curas deberían llevar ese atuendo, pero la mayoría de ellos envían algo de dinero a Roma, y el Papa les da permiso para vestir aquí ropa más cómoda, como cualquier otra persona. Es uno de los mejores chanchullos del Papa. Pero me imagino que este pobre viejo no pudo reunir el precio. De todos modos, siempre iba vestido de negro, como un enterrador en camisón para la noche. Sentía pena por él. Debe haber padecido un calor terrible. Y apestaba como una cabra.

Tan pronto como empezamos a colocar nuestros pilotes para la plataforma, empezó a venir en su cayuco para ver lo que estábamos haciendo. No le servía de nada preguntarle a su propia gente. Ellos no lo sabían. Sólo sabían que tenían trabajo cortando pilotes en el monte y remolcándolos hasta la plataforma. Así que nos vio enterrar los pilotes, sacar las calderas de la gabarra, montar el equipo de perforación y colocar el revestimiento en el bastidor. Y pensó que no le gustaba su aspecto.

Después de un rato, le preguntó a algunos de los muchachos qué estaba pasando. Le dijeron que estábamos perforando un pozo en busca de petróleo, pero eso no le fue de mucha ayuda. Nunca antes había visto una carretilla, y mucho menos un taladro giratorio. Así que siguió haciendo preguntas, y al poco tiempo uno de los chicos le dijo que estábamos cavando un agujero hasta el infierno, para que el agua del lago entrara y apagara el fuego del diablo. Eso estaba mejor. El cura podía entender esa idea, pero no creía que pudiéramos hacerlo. El infierno estaba demasiado lejos –dijo.

Después que subimos la torre y empezamos a perforar, el viejo solía venir regularmente a observarnos. Vio que estábamos llegando bastante profundo. Se daba cuenta al vernos sacar las barras de perforación y apilarlas dentro de la torre. Y cuando llegamos a unos dos mil pies, se preocupó. Parecía que íbamos a perforar hasta el infierno, después de todo. No paraba de pre-

guntar a los chicos si el agujero se estaba calentando y, naturalmente, ellos le decían que sí. Ahora estábamos justo encima del infierno. En cualquier momento, podríamos irrumpir en él. Y, entonces, comenzó a preocuparse de verdad. No creía que el lago pudiera lamer el infierno. Pensó que el fuego saldría en lugar del agua entrar. Así que empezó a ir de un lado a otro predicando en contra de la compañía, e intentando que los nativos detuvieran el trabajo. Pero ellos no querían hacerlo porque pagábamos buenos salarios. Además, por aquí no tienen muy buena opinión de los curas. Así que nadie nos molestó, pero el viejo se preocupaba más y más cuanto más profundo llegábamos.

Después de un tiempo, empezamos a tener señales de que estábamos cerca del petróleo. Así que paramos y colocamos válvulas de cierre, reductores, y cosas así. Y, naturalmente, los muchachos le dijeron al viejo que habíamos tocado el techo del infierno y nos disponíamos a atravesarlo. De modo que, esa noche predicó un sermón en la iglesia, advirtiendo a todos que se fueran. Algunos lo hicieron. Recuerdo un gran cayuco que navegaba por la orilla lleno de mujeres y niños. Pero la mayoría se quedó a ver qué pasaba.

Bueno, llenamos el pozo con barro extrapesado para estar seguros, y luego empezamos a atravesar la cubierta de arcilla. Ya saben cómo lo hacemos. Intentamos mantener la presión con lodo y así achicar el pozo con facilidad. Pero no siempre

funciona. En un campo nuevo no sabemos cuánta presión va a haber. De manera que, el primer pozo es siempre bastante arriesgado; puede explotar.

Y este bebé seguro que explotó. Cuando un pozo empieza a explotar, el lodo empieza a saltar y a salir a chorros del pozo, sobrepasando la cubierta y todo aquel que tenga sentido común sale de allí. Luego, el lodo comienza a volar a través de la torre de perforación, y el supervisor de equipos da un grito para que todos salten: ¡está saliendo, y viene con fuerza! Todos saltamos a la lancha y nos alejamos justo cuando empezó a salir el petróleo. Vuela la cabeza del taladro a través de la torre de perforación, y cuatro mil pies de tubería detrás de ella. Después, el resto de la torre de perforación se rompe, y el petróleo sube a chorros unos doscientos pies, volviendo a caer como una fuente. Recuerdo al viejo cura sentado en su cayuco con la boca abierta. No lo culpo. Nosotros mismos también estábamos sorprendidos.

Y entonces, comenzaron los verdaderos problemas. Tal vez no apagaron los fuegos de la caldera a tiempo, o tal vez había piedras en el petróleo que hicieron saltar chispas. El asunto es que todo el aparataje se encendió como una vela. No hay nada en el mundo como un pozo descontrolado en llamas. No lo crees a menos que lo veas. El rugido es tan fuerte que no puedes oír nada más. El humo asciende un par de millas tan negro como un gato, y te pueden salir ampollas en la cara estando a un cuarto de milla de distancia.

El cura echa un vistazo y se dirige al pueblo, gritando que el fuego del infierno ha atravesado la tierra y va a quemar el mundo. Saltó a tierra y se dirigió a las montañas, al igual que el resto de los nativos. Toman los camiones de la empresa y los cargan de gente para llevarlos hasta la carretera que el VOC (Venezuelan Oil Concessions) está construyendo por el monte. El resto se va en cayucos, remando como locos por delante de las llamas. Van rezándole a Dios y a la Virgen, y rogando al diablo que vuelva a su agujero y deje en paz a Lagunillas.

El fuego no tardó ni cinco minutos en llegar al pueblo. Las llamas corrían sobre el agua bastante rápido, incluso contra el viento. Y esas chozas de caña se encendieron como un montón de cerillas. No todos los nativos lograron escapar. Había ancianos que no podían caminar y niños que fueron olvidados. No sabemos cuántos eran. Los nativos dijeron que eran cincuenta, pero no eran tantos.

Nunca llegamos a controlar ese pozo. Se llenó de arena solo, y dejó de brotar cuando bajó la presión. Pero, de Lagunillas no quedó más que los pilotes quemados hasta donde les llegaba el agua, las paredes de barro de la iglesia, y algunos cuerpos que salieron a la superficie al cabo de un tiempo. Sin embargo, tengo que reconocérselo a los nativos, un par de días después de que se apagara el fuego, comenzaron a construir el pueblo nuevamente. Nos dijeron que no construirían en ningún otro sitio. El pueblo no sería lo mismo si

lo trasladaban. Pero el viejo cura nunca volvió. Ahora tienen un nuevo cura.
"El viejo tenía razón" –dijo Sid Noyce–. "El diablo nos hizo una mala jugada en aquella oportunidad".
"¿Todavía creen que fue el fuego del infierno lo que salió del agujero?" –pregunté.
"No lo sé" –dijo Joe Grant–. "Algunos de ellos ya saben bastante sobre petróleo, pero otros tienen una suerte de compromiso. Dicen que le robamos el combustible al diablo y que a veces nos engaña, mandándonos fuego en su lugar. Eso tampoco es tan descabellado. Nunca se sabe cuándo va a estallar un pozo; pero cuando estalla, es probable que empiece a arder".
"¿Qué hay de la figura negra en la caja, en lugar de la blanca?"
"Ah, claro. Bueno, ahora lo pintan de negro porque ya saben de qué color es el diablo. Es un demonio del petróleo, y es negro como el crudo a base de asfalto de baja gravedad que tenemos en este campo. En Mene Grande, tienen petróleo rojo y, supongo, que el diablo es rojo por allá".

VI
ACERCA DEL TIEMPO

NINGÚN barco baja por el lago desde Lagunillas, por lo que es necesario regresar a Maracaibo y negociar un pasaje en el vapor Progreso. Esto lleva tiempo, pues al gobierno de Venezuela le gusta saber quién viaja, adónde y por qué. La información es probablemente útil para la Oficina de Políticas Preventivas, pero de qué manera, nadie lo sabe. Pero, antes de que te permitan comprar un billete en el Progreso con destino a Bolsillo, tienes que mostrar una autorización de salida de la policía, un permiso de la aduana, y un certificado de vacunación debidamente autenticado.

El Progreso es una pequeña embarcación de paletas laterales, que en otros tiempos recorría el río Hudson. El viaje de Nueva York a Maracaibo debió haber sido una travesía épica, un aterrador recorrido a lo largo de cinco mil millas de costa, ya que el Progreso no es, en lo absoluto, una embarcación oceánica. Tiene una máquina de vapor de dos cilindros y simple efecto; con una carrera de doce pies, que aclara su garganta con un ronquido dos veces por cada vuelta pausada de la rueda de paletas. Su velocidad es de seis millas por hora, y su cubierta inferior está solo a dos pies por encima de la superficie del agua.

Hay varias cosas incongruentes en el Progreso, al igual que en toda Venezuela. Por ejemplo, está

muy limpio y bien mantenido. La madera blanca está algo desgastada, pero se lava todas las mañanas; el latón y el acero del motor brillan como si el maquinista fuera un escocés, en lugar de un venezolano muy moreno. Pero, los sanitarios están sucios a más no poder, llenos de basura, y exhalan un hedor como el Arca de Noé el día antes de encallar en el monte Ararat.

El estadounidense promedio que viaja en el Progreso, considera eso como una mancha negra más contra el carácter venezolano. Pero, los que se han vuelto más comprensivos, intentan razonar por qué un barco, por lo demás impoluto, tiene que tener un punto sucio; cuando ese punto sería el que un estadounidense limpiaría en primer lugar. Hay varias teorías posibles.

En primer lugar, el gobierno venezolano no se preocupa por lo sanitario, en el sentido estadounidense. Hay muy poca necesidad de ello. El sol caliente es un desinfectante y un carroñero muy eficaz. Los desperdicios arrojados a la luz del sol se secan hasta volverse quebradizos, antes de que tengan la oportunidad de volverse desagradables. En circunstancias normales, no se producen malos olores.

De manera que, no ha habido ninguna verdadera presión que le demuestre a los venezolanos la necesidad de preocuparse por lo sanitario. El gobierno se concentra en las enfermedades. Ha eliminado por completo la fiebre amarilla. También ha eliminado la viruela –algo que los Esta-

dos Unidos no ha hecho. Y está haciendo tantos progresos contra la malaria como en nuestros estados del sur. La condición de los retretes –razona el gobierno–, es una cuestión de estética privada. Si hubiera un acercamiento a la norma norteamericana en este sentido, el gobierno sin duda razonaría, que los únicos que ganarían serían los importadores de piezas sanitarias para baños, azulejos blancos y productos de limpieza. La salud de la nación, según la excelente opinión médica, no mejoraría notablemente.

En cuanto a la estética, los venezolanos más chapados a la antigua tienen mucho a su favor. Un retrete es un retrete, dicen con énfasis. Por mucho que se adorne, nunca se convertirá en otra cosa. Les impacta enormemente la posición de prominencia que ocupa en los hogares estadounidenses. El cuarto de baño americano ofende su sensibilidad. El cuarto de baño, dicen, se utiliza en los Estados Unidos como un vestidor; y un vestidor es un lugar donde las mujeres se ponen hermosas. ¿Qué hace allí el retrete? ¿Cómo puede una mujer ponerse guapa al lado de ese objeto, de ese símbolo de la fealdad? Debería estar en un rincón, cerrado, fuera de la vista y de la mente. Y, por supuesto, en este triste exilio, el retrete no recibiría la atención amorosa que le prodiga la orgullosa ama de casa estadounidense.

Hay otra teoría que profundiza más en lo que es el carácter de los venezolanos. La forma más sencilla de expresarla, es decir que no les importa el

aspecto de una cosa, mientras que esté, más o menos, fuera de la vista. Pero esto no es del todo justo. Una forma más comprensiva de decirlo, es que no obtienen placer de una posesión, a menos que puedan mostrársela a sus amigos. No están familiarizados con el concepto de "orgullo de posesión", que los estadounidenses construyen en torno a cosas invisibles y desagradables, como la fontanería y las fosas sépticas. No se puede enseñar una fosa séptica a los amigos, y es mejor no hablar mucho de ella. Lo mismo ocurre con los retretes. Los venezolanos suelen escandalizarse ante la costumbre estadounidense de llevar a un grupo de invitados al cuarto de baño, para mostrarles con orgullo cómo el papel higiénico coloreado coincide en color con la porcelana vitrificada. Y al no tener costumbres parecidas, el venezolano es propenso a dejar pasar las cosas.

Por supuesto, fuera de las ciudades, el debate sobre las instalaciones sanitarias es meramente académico. La idea misma de tal especialización no se le ha ocurrido a la gente común de los pueblos. Si uno pregunta en una tienda de pueblo: "¿Dónde está el baño?", la respuesta suele ser "¡Señor!, en todas partes". –"Es todo el mundo".

Pero mejor dejemos este tema, o podríamos llegar a justificar una observación de un filósofo de un periódico de Caracas: "Los estadounidenses" –dijo–, "son un pueblo muy moralista y, además, les gustan mucho los albañales".

Hay otra cosa curiosa a bordo del Progreso –curiosa a los ojos de los estadounidenses–. No hace tanto calor en el lago. El calor de los trópicos es, en gran parte, un mito; probablemente inventado por ingleses que nunca habían sentido calor de verdad antes de salir de su fría y húmeda isla. Desde luego, no es nada que le moleste a un estadounidense que haya vivido un verano en Nueva York o en el oeste medio. El Progreso fue diseñado para todas las estaciones del río Hudson, no así para el calor del Lago de Maracaibo durante todo el año.

Cuando un estadounidense entra en el comedor, lo encuentra bastante sofocante, después de sentir la brisa de la cubierta. Así que, puede que se quite la chaqueta; pero, si lo hace, se quedará sin comer. El camarero pasará de largo con rectitud y determinación, y no le preguntará nada. En un momento, entenderá lo que pasa e irá a su camarote por su chaqueta. Cuando regresa, se consigue una cantidad de comida amontonada alrededor de su plato. El camarero es todo sonrisas. Los otros comensales lo miran con señal de aprobación y excusándolo. Al fin y al cabo, los estadounidenses no carecen por completo de modales. Solo son un poco descuidados.

Cuando termina la cena, los pasajeros vuelven a cubierta para jugar a las cartas o conversar. Y hasta el último hombre se quita el saco, aunque muy pocos llevan algo más que camisetas debajo de sus chaquetas de lino. Hay varias cosas placen-

teras en la vida, razonan los venezolanos, y una de ellas es tener cierta ceremoniosidad. Los que han pagado cuarenta bolívares por un pasaje de primera clase en el Progreso, tienen derecho a la placentera formalidad de comer en la mesa con caballeros que llevan chaqueta. Y después de la cena, es tanto más placentero quitarse esos abrigos y estar cómodos bajo las estrellas.

El Progreso llega a La Ceiba al amanecer, y allí permanece todo el día. La Ceiba es la terminal lacustre de un pequeño ferrocarril que sube por las estribaciones, casi llegando hasta Trujillo –una ciudad importante en las montañas. Este ferrocarril tiene un solo tren; es pequeño y muy bonito, pero solo hay uno. Arribó el día anterior, y está esperando en la estación para recibir al Progreso. Cuando esté listo, procederá su ascenso hacia Trujillo. Como puede que haya gente en Trujillo que desee tomar el barco semanal para viajar más hacia abajo en el lago, el tren promete regresar en algún momento durante la tarde, y el barco esperará hasta que lo haga.

Esto hace que el viaje por el lago sea bastante lento. Bolsillo –el siguiente puerto– está a solo veinte millas, pero no existe camino alguno a través de los pantanos. No hay ningún otro barco, así que tenemos una muy buena oportunidad para observar la actitud tropical en relación al tiempo.

Muchos de los venezolanos más humildes llevan relojes; pero, un número sorprendente, no sabe cómo leer la hora en ellos. Un reloj es un adorno y

una diversión. Se puede observar cómo trabaja su misterioso mecanismo, y preguntarse cómo hicieron los suizos unas ruedas tan pequeñas. También es un instrumento musical, aunque débil. Se puede escuchar su música y pasar el tiempo con un expresivo baile en la punta de los pies. Pero divide el día en segmentos demasiado pequeños; un minuto –eso no es nada– incluso una hora pasa demasiado rápido para ser notada. El día venezolano se divide en tres vagas secciones, estas son: "temprano", "mediodía" y "tarde". También hay una hora mística que se llama "muy tarde", pero esa nunca llega. Y si le pides a un venezolano que haga algo y te dice "mañana muy tarde", es un indicio de que no deberías haberle pedido tal cosa.

El tren a Trujillo sale "temprano" de La Ceiba, pero no es posible saber cuándo. Hay un inglés que vino en el barco y hace intentos bastante frenéticos por saber. El tabernero del Botiquín Nacional le responde: "¡¿quién sabe?!"; el jefe de estación dice: "cuando todo esté listo"; el telegrafista dice: "dentro de un rato"; un tendero consuela al inglés: "ya saldrá, señor".

Finalmente, el inglés entra en el ordenado patio de la estación y encuentra la locomotora. Allí se ve –muy pequeña, pero muy brillante–, construida en Filadelfia hace solo tres años. La caldera de aceite está rugiendo y el vapor sale a gran velocidad. El maquinista duerme plácidamente en la cabina. El inglés le despierta; abre los ojos alegremente y sonríe. A los venezolanos no les importa que los

despierten cuando duermen. No duermen porque estén cansados, sino porque no tienen nada más que hacer en ese momento. Además, nada les gusta más que responder preguntas, y por eso les gusta que les despierten cuando hay alguna que responder. El maquinista es muy tranquilizador. "Señor, ¿por qué se preocupa? No hay ningún otro lugar adonde ir, ni nada que hacer en La Ceiba. El tren saldrá a buen tiempo. Usted llegará a Trujillo, e incluso a Mérida, si planea visitar esa bella ciudad. Y antes de que el tren arranque, haré sonar el silbato muy fuerte. Hay abundante vapor: ¡Observe!". Hace sonar un largo silbato. "Tal vez –continúa sonriendo– algunas personas oyeron este silbato y piensan que el tren está a punto de arrancar. Pero, le aseguro, que todavía no".

El inglés regresa al Botiquín Nacional, donde la mayoría de los pasajeros del Progreso han establecido una especie de cuartel general. A medida que salía, el maquinista comenta que los ingleses, cuando son blancos, son muy nerviosos. Si el inglés oyó esto, probablemente esté algo molesto. En Venezuela, le dicen "inglés" a los negros color carbón de Trinidad o Barbados. Estos leales súbditos mencionan su nacionalidad tan a menudo como les es posible. Un inglés de Inglaterra es "un inglés blanco".

Los franceses también, en ciertas ocasiones, se resienten en Venezuela, puesto que la palabra para una mujer francesa: "una francesa", generalmente, significa prostituta. Además, existe la suposición

bien fundada, de que todo varón nativo de Francia es un convicto fugado de la Isla del Diablo. Hay muchos de ellos en el país. No es de extrañar, que el venezolano promedio piense que Francia es un país sin ley, y de una inmoralidad encantadora. Los únicos franceses que han visto son asesinos fugitivos y mujeres de la vida alegre.

La Ceiba no es uno de los antiguos pueblos lacustres, sino que le debe su pequeña existencia al ferrocarril. De tal manera que, las casas no están construidas alrededor de una isla artificial, sino dispuestas a lo largo de la costa. Sin embargo, el efecto, en general, es el mismo. Los indios descubrieron la forma de vida adecuada para la orilla del lago, y aún no se le ha hecho ninguna mejora. Hay los mismos porches endebles sobre el agua, los mismos tejados de paja y paredes de caña brava. Las hojas de los cocoteros resuenan sobre las cabezas al igual que en Santa Rosa. Detrás de las casas pasa la única calle larga de La Ceiba, y en ella se encuentran las tiendas y licorerías. También está el Botiquín Nacional, que cuenta con dos mesas de billar, y así consigue atraer a la mayoría de los pasajeros del Progreso.

Allí se encuentran reunidos ocho o diez de ellos, todos hombres, pues las mujeres se quedan en el barco. El día, según los venezolanos, pertenece a los hombres; la noche, pertenece a las mujeres. Lo cual es en parte –aunque solo sea en parte– la razón por la cual los hombres duermen tanto durante el día. A excepción del inglés, que está de camino a

Trujillo para atender unos negocios con la planta de luz eléctrica, no hay extranjeros. Hay un cura de la ciudad de Mérida –en los Andes. Está el contador de la gran plantación de azúcar de Bolsillo, hacia donde me dirijo de visita. Hay tres hombres muy jóvenes que trabajan como empleados en la oficina de la misma plantación. Y hay un hombre mayor, vendedor de medicinas patentadas –en su mayoría curas maravillosas para los problemas causados por el amor–. Otros entran y salen sin rumbo. Algunos de ellos han estado investigando los pequeños "hoteles", al otro lado de la calle, que aparentan ser buenos candidatos para ofrecer esas mismas curas, si es que ya no lo hacen.

El inglés es un buen tipo, excepto por el hecho de que cree necesario actuar como un compañero de viajes. Por muy humilde que sea un inglés en casa, en cuanto sale de la isla se convierte en un miembro de la famosa Clase Gobernante, con un nicho especial entre los hombros para recibir la carga del hombre blanco. Este, en particular, está algo dolido, ya que no muestro mucho interés por el hecho de que los chaquetones rojos para la caza en Inglaterra, los llaman "rosados". Lo más probable es que nunca haya visto un chaquetón "rosado"; quizás solamente en el escaparate de alguna tienda de Londres. Pero, todos los ingleses en los trópicos, dicen que son ardientes cazadores de zorros ingleses, aunque no quieran presumir. Sin embargo, tenemos que admitir en honor a la justicia, que una buena parte de los

estadounidenses al sur del Río Grande, se consideran socios de Morgan.

Este inglés todavía tiene bastante miedo de que el tren parta sin él, por lo que está atento al silbido prometido por el maquinista. El cura se ha quitado su larga bata negra y está jugando billar en camiseta con uno de los oficinistas. Los otros dos empleados discuten animadamente sobre ese provechoso tema: sus "amigas" pasadas, presentes y en proyectos. El contable discute sobre enfermedades venéreas de manera muy íntima con el vendedor de medicamentos patentados. El tabernero está dormitando, sentado sobre un barril de ron local; y a lo lejos, desde una rústica cabina afuera, se oyen los sonidos apacibles de unas gallinas, parecidos a los que emiten los gallos de pelea cuando no están peleando.

"Dios mío" –dice el inglés–, "este ferrocarril solía ser operado por una compañía británica, pero nos lo robaron. Ya nunca funciona a su hora; ni siquiera tienen un horario".

El cura levanta la vista de su billar y sorprende a todos respondiendo en un excelente inglés. "Los horarios" –dice– "son para ferrocarriles con más de un tren, y este ferrocarril nunca tuvo más de uno, ni siquiera cuando lo dirigían los ingleses. Las tarifas eran el doble de caras; la locomotora era muy vieja; y los rieles se rompían muy a menudo. Ahora, hay una locomotora nueva y rieles nuevos".

"¿Dónde aprendió a hablar inglés?, pregunta el inglés algo molesto.

"Lo aprendí en Lovaina, donde asistí a la universidad. También aprendí francés, latín, alemán, hebreo y árabe".
"¡Sí, cómo no!" –dice el inglés–. Se retira en silencio, pero alerta, para escuchar mejor el silbido. Siente que la situación se ha vuelto desagradable. En ese momento suena el silbato y el inglés se levanta de un salto. Un niño pequeño entra por la puerta gritando que el tren está a punto de arrancar; un hombre emocionado, el telegrafista, llega con el mismo mensaje; "el tren va a arrancar ahora", dice el tabernero, con una sonrisa cortés. Los jóvenes oficinistas coinciden, pero están de acuerdo entre ellos en que no hay prisa. El contable piensa que hay tiempo para otro vaso de cerveza. Pero, el inglés coge su bolsa con una mirada feliz y decidida, vuelve a ser un constructor de imperios con un destino. Se despide amistosamente de mí y sale a grandes zancadas, seguido por el telegrafista y el niño.
"Los ingleses", me dice el cura mientras aplica tiza a su taco de billar, "suelen tener prisa; y, tienen más prisa cuando no van a ninguna parte. Los estadounidenses también tienen prisa a menudo, pero siempre van para alguna parte –aunque la mayor parte del tiempo podrían quedarse donde están–. La diferencia es muy sutil. Creo que se debe a que los ingleses se consideran los gobernantes naturales del mundo. Basta con demostrar que son ingleses para que el resto del mundo se someta a su autoridad. Su método favorito para

demostrar que son ingleses, es vestirse de una manera algo característica; otro, es protestar cada vez que un tren no arranca de inmediato".

"¿Y qué hay de nosotros, los estadounidenses?" –pregunto–. "Somos aún más notorios que los ingleses por las prisas innecesarias".

El cura sonríe y hace una leve reverencia. "Ustedes son la raza más tonta del mundo en este aspecto, pero son sinceros. Son misioneros. Propagan una fe. Es una fe muy pobre –esta adoración de la eficiencia y las cosas materiales–. Pero ustedes creen en ella. Los ingleses no creen en nada, excepto en que deben gobernar. Los estadounidenses vienen a Sudamérica convencidos de que si adoptamos sus costumbres seremos más felices y estaremos mejor. Los ingleses creen que no tenemos remedio, y que solo seremos felices si les dejamos gobernarnos. Así que los estadounidenses siempre andan apurados porque piensan que tienen un trabajo importante que hacer aquí. Los ingleses andan apurados porque temen que si no lo hacen, no sabremos que son ingleses y no les mostraremos el debido respeto."

"¿Y los venezolanos?"

"Nosotros rara vez nos apresuramos, porque no tenemos, realmente, mucha fe en la eficiencia. Nuestros trabajadores no desean más que comer, dormir y amar. A nuestras clases altas las mueve el orgullo, no propiamente la codicia, como sucede con las suyas. Nuestros intelectuales –hay muy pocos– suelen andar perdidos en cosas teóricas. Nuestros comer-

ciantes no tienen importancia. No son una clase importante como lo son en su país. Así que ninguno de nosotros se apresura mucho. Nuestro gobierno es el que menos se apresura, porque es un gobierno de militares; y ellos nunca se apresuran excepto cuando están guerreando."

"Pero, veo que el barco en el que viajamos se llama Progreso. ¿Es que Venezuela no quiere progresar?"

"La sombra de su país llega muy lejos. Y la posibilidad de progresar es el punto más importante de su fe. Tal vez usted nos convierta. De momento sólo fingimos –si acaso eso hacemos–. Entonces llegaremos a ser como ustedes y como los argentinos. Pero, esto aún no ha sucedido. Podemos seguir siendo felices sin tener que dirigirnos siempre hacia una meta que nunca alcanzaremos. Observe a estos pasajeros. Llevan casi diez horas de retraso por la estupidez de un funcionario. Pero no les importa. No les gusta La Ceiba. A nadie le gusta La Ceiba. Pero son felices. Están vivos y la vida es agradable. ¿Te gustaría jugar al billar?"

Esto significa, por supuesto, que al cura le gustaría continuar con su propia partida. Su oponente ha estado esperando cortésmente. Me niego, como era de esperar, y tomo asiento en un rincón para observar cómo afrontan los venezolanos un periodo de inactividad forzosa.

No hay mucho que hacer en el Botiquín Nacional. El contable y el vendedor de medicinas patentadas parecen haber agotado su tema, y este último ha caído en un ligero sueño tropical. Los

dos jóvenes empleados parecen estar a punto de hacer lo mismo. El camarero ha desaparecido. La única actividad es la partida de billar entre el cura y el tercer empleado; el cajero y dos ciudadanos de La Ceiba –de pausados movimientos–, los observan con interés.

Es una buena partida para ser observada, porque en Venezuela se juega al billar como en España se matan los toros: con decoro. No se trata del número de toros matados –eso sería tema de un matadero–, sino de la forma en que se hace. Lo mismo ocurre con el billar o con cualquier otro juego. Así que, a menos que los venezolanos jueguen por dinero, intentan tiros de seis bandas siempre que pueden, ignorando las formas más fáciles. Se divierten al máximo, se felicitan mutuamente, e incluso, de vez en cuando saltan por los aires cuando las bolas se han comportado de una manera especialmente satisfactoria.

Pero, ahora se presenta una distracción. Por la puerta entra un joven ciudadano de La Ceiba con una guitarra colgada al cuello. Anda descalzo y tiene un sombrero de paja raído por el borde. Lleva unos pantalones caqui, de corte peculiar, y una camisa azul abierta hasta el ombligo. Le sigue el tabernero, que tiene el aire de haber tramado una ingeniosa conspiración. Y lo ha hecho. El joven cantará y tocará la guitarra. Los pasajeros le darán dinero, y con ese financiamiento podrá comprar ron. Tal vez las canciones animen a los pasajeros a comprar más ron. ¿Quién sabe?

El hombre de la guitarra se sienta sobre un barril y empieza a cantar. Todo el mundo está encantado. El contable marca el compás con fuerza. El vendedor de medicamentos hace lo mismo. Los jóvenes oficinistas se acercan, con sus rostros cargados de sonrisas. El erudito sacerdote deja de jugar al billar para escuchar. El Botiquín Nacional se transforma, en un abrir y cerrar de ojos, de un lugar de dormidos, y casi dormidos, a un animado centro de música y canto.

Los venezolanos tienen dos tipos de canciones populares. El primero es un baile estridente, negroide y abdominal. Tal vez se describa mejor en el vocabulario del estadounidense como una rumba, aunque se trata de un término algo limitado. Estas canciones rara vez se cantan, ya que se prestan mejor para ser interpretadas con instrumentos, y estos pueden ser desde un saxofón hasta una cáscara de coco medio llena de piedrecitas. Una combinación popular es una guitarra, una marimba casera y una lata de queroseno de cinco galones que se le golpea con un palo. Los intérpretes, los espectadores y los transeúntes contribuyen con gritos, aullidos y vítores. Una orquesta así se le trata bien ofreciéndole ron blanco; y se proclama, de inmediato, una moratoria sobre todos los Diez Mandamientos.

El otro tipo de canción es la de letra romántica y sentimental, del tipo "Ramona". A menudo se toman de algún disco fonográfico estadounidense, pero el compositor original nunca reconocería a

su criatura. La música puede recordar ligeramente a "Happy Days are Here Again" (Han Vuelto los Días Felices), pero el efecto es completamente español. Y la letra ha sido totalmente cambiada y sustituida por algo más del gusto local.

Con la guitarra sobre las rodillas, el cantante se adentra de lleno en el espíritu de su canción. No hay gestos conscientes de sí mismos en el canto venezolano, ni canturreos, ni carraspeos, ni zalamerías. El cantante echa la cabeza hacia atrás y canta con naturalidad y libertad. Y, ¡qué bien canta! Solo en Venezuela debe haber miles de potenciales estrellas de la radio, por no hablar del resto de América Latina.

La canción suena muy sentimental, más bien un llanto por el amor perdido –un canto sombrío por una hermosa muchacha que ha entrado en un convento–; una triste historia de adoración y fracaso al culto femenino. Parece adecuarse al suave traqueteo de las hojas de los cocoteros, el cálido sol, y la fina cortesía de los latinoamericanos; todo tipo de cosas agradables. Es decir, podría sonar así si uno no entendiera las palabras. Pero, ¡qué palabras!

Aquí se presenta un grave problema. Probablemente, sería imposible publicar legalmente en los Estados Unidos, una traducción literal de la canción que canta este joven. Pero esa no es la cuestión. Incluso, si las fuerzas de la justicia lo permitieran, tal traducción daría una impresión errónea. Porque los venezolanos no tienen esa

hipocresía en el sentido que dan los estadounidenses. No ven por qué una cosa tan importante como el amor no debe ser comentada, teorizada y cantada en todos sus íntimos detalles.

Hay muchas palabras feas en la versión venezolana de la lengua española, pero no todas las cosas o acciones agradables tienen nombres feos. Un venezolano que ha pasado una noche particularmente agradable con su amiga, no tiene que andar con rodeos cuando quiere describir esa noche sin ser obsceno. Pero, las palabras que utiliza son obscenas si se traducen literalmente al inglés. La intención de una canción puede ser alabar las virtudes y el talento de una chica particularmente encantadora. No obstante, una traducción literal corre el riesgo de parecerse a las hojas mimeografiadas que se falsifican en los colegios estadounidenses. Pero, haré lo que pueda, rogando al lector que limpie su imaginación de asquerosidades puritanas, por ahora.

El título de esta canción es "Josefina". Hay muchas otras canciones con el mismo nombre. Josefina es la chica más popular de las callejuelas sombreadas por palmeras, de Venezuela. Sin embargo, ésta puede identificarse por el estribillo "Josefina, dame amor". Y amor no significa amor maternal, ni amor espiritual, ni amor eterno, ni nada por el estilo; significa amor. Y eso es todo. No volveré a traducir amor. Los ministros, los clubes de mujeres, y las secretarias del YMCA en los Estados Unidos, han exaltado el único equi-

valente en inglés con mucha informalidad.
El primer verso de "Josefina" dice algo así:
Josefina, tan hermosa, tan esbelta, tan joven,
Una virgen como un muro de piedra.
Josefina, dame amor.
Se trata de la joven Josefina en otros tiempos, pues parece que ha dado mucho amor a muchas personas, como explican los demás versos.
Josefina, tu amante, casi muere de impaciencia
La primera noche.
Josefina, dame amor.
Josefina, la noche fue larga,
Pero no fue suficiente.
Josefina, dame amor.
Josefina, como un tigre de montaña
Peleaste la lucha del amor.
Josefina, dame amor.
En este punto, la traducción se hace difícil. Porque, a pesar de los heroicos esfuerzos de D. H. Lawrence, sigue siendo imposible describir ciertos asuntos en inglés, sin sonar como un vendedor de pinturas y barnices después de una gran noche en S. Louis del este. También hay varios detalles relativos a las hamacas, que carecerían de sentido para un estadounidense que duerme en una cama. Es suficiente decir que Josefina demostró talento natural, capacidad de adaptación y aguante. De hecho, demostró demasiado de cada una de esas cosas, porque cuando amaneció, se reveló una tragedia.

Josefina, qué triste estás.
Tu amante no volverá a amar.
Josefina, dame amor.
Y quiero dejar claro que, el amante no estaba simplemente incapacitado temporalmente. Estaba fuera de escena para siempre, afligido por la misma desgracia que el héroe de la novela "Fiesta" (The Sun Also Rises).
Al haber alcanzado este triste clímax, el joven de la guitarra deja de cantar y sonríe con reminiscencia, recordando quizá ciertas ocasiones difíciles de su propia experiencia, pero no tan trágicas. "Es el final, señores" –dice.
Pero uno de los jóvenes empleados se levanta de un salto. "¡No! ¡No!" –grita. "¡No es el fin! De ninguna manera es el final. Hay muchos versos más. Yo mismo los cantaré". Hace una reverencia ante el cantante. "Con su permiso, señor".
El empleado coge la guitarra y se sienta en la mesa de billar. Josefina, al parecer, había descubierto su talento, y se negaba a esconderlo debajo de un canasto para permanecerle fiel a un tullido. Pero la tragedia siempre se repetía.
Josefina, eres pequeña y suave.
Pero muy fuerte.
Josefina, dame amor.
Josefina, eres tan desafortunada.
Tus hombres solo pueden amar una vez.
Josefina, dame amor.
Josefina, el Coronel maldijo a Dios
Y se lanzó al lago.

Josefina, dame amor.
Josefina, sé gentil
Para que no todos los hombres perezcan.
Josefina, dame amor.

"Y eso es todo" –dice el secretario.
"¡No! ¡No!" –grita el tabernero–. "Hay un hombre en la sastrería de enfrente que se sabe muchos, muchos, MUCHOS versos más. Con el permiso de los señores lo voy a llamar".
Se dirige a la puerta y llama en voz alta. Un hombrecillo con una camiseta sucia, sale de su sastrería y entra en el bar con una cortés reverencia y una sonrisa de indagación.
"A los señores pasajeros del Vapor Progreso" –dice el tabernero–, "les gustaría escuchar algunos de tus versos de Josefina".
La cara del sastre se ilumina. "A sus órdenes, Señores" –le dice a los congregados. Consulta un momento con el dependiente, luego le quita la guitarra, da unos golpecitos en el suelo para coger el ritmo, y continúa con las desventuras de Josefina.
Josefina, tienes que irte al convento
Donde no haya hombres a los que puedas dañar.
Josefina, dame amor.
Josefina, llegará la noche
Y sola dormirás.
Josefina, dame amor.
Josefina, llegará la mañana,
Y sufrirás por los deseos.
Josefina, dame amor.

Josefina, es triste, muy triste,
Pero así debe ser.
Josefina, dame amor.
Mientras que la historia de Josefina va desplegando una larga tragedia, el docto sacerdote ha estado sentado en la mesa de billar disfrutando enormemente. Ahora me mira y sonríe. "En su país, señor estadounidense" –dice–, "los curas no cantan canciones como esta". Reconozco que, desgraciadamente, es así. "Pero en Venezuela, la Iglesia es más liberal". Toma la guitarra del sastre, con una amplia sonrisa.
Josefina, hay monjes cerca del convento.
Tendrás grandes batallas.
Josefina, dame amor.
Josefina, los monjes vendrán.
Vendrán todas las noches.
Josefina, dame amor.
Josefina, ellos tendrán que cumplir sus votos
Después de una noche contigo.
Josefina, dame amor.
Josefina, haz el trabajo de la Iglesia
Por amor a la Virgen María.
Josefina, dame amor.
Este es el momento culminante, y es reconocido como tal por la reunión. Todos piden ron. El hombre de la guitarra y el sastre también lo hacen. Así que, la inocente conspiración del tabernero –que probablemente repite cada vez que el vapor Progreso llega a La Ceiba–, ha tenido éxito.

En Venezuela, el vino del país es el ron, y las muchas cosechas se parecen entre sí, tanto como se puede parecer el vino del Rin al Oporto. Cada pequeña destilería tiene su propia y preciada variedad de caña de azúcar, su propio y preciado proceso de fermentación, sus propias supersticiones y sus propios secretos comerciales. Estos métodos producen una extraordinaria diversidad de efectos finales. El ron que se bebe en Estados Unidos es ron cubano –un alcohol industrial sin terminar, elaborado a partir de la melaza–. Si se destilara de nuevo, podría resultar un buen líquido de radiador. Pero no ocurre lo mismo en los países donde se ama y se comprende el ron.

Existe el Ron San Augustín, por ejemplo, que es seco, de color claro y se asemeja a un brandy muy fino. Es costoso – un dólar y medio por un litro–. Está el Ron Santa Teresa, que es más oscuro y más "rummy". Es más barato –ochenta céntimos–. Está el Ron Carúpano, que es un licor espeso y oscuro, de una suavidad y potencia extraordinarias. Se supone que tiene diecisiete años de añejamiento, pero hay quienes dudan de eso. Estos tres rones son los aristocráticos. Hay rones de clase media, a cincuenta céntimos el litro, y ron blanco –aguardiente– a menos de treinta céntimos. Este último corresponde al vino ordinario.

El ron de La Ceiba es, por supuesto, Ron La Ceiba. Es rojizo, pero seco y muy fuerte. Invito al cura a un vaso de este ron, extraído de un gran barril situado detrás de la barra. Él me invita a

otro. Entonces, se me ocurre mirar mi reloj para ver qué hora es.

Me sorprendo al ver que son las doce y media. Han pasado seis horas en La Ceiba. El día de espera está a punto de terminar. Se supone que el almuerzo es a la una y media. Se servirá a las dos, y la comida durará hasta las tres. Las dos horas restantes, antes de que zarpe el barco, se ocuparán con divertidas reflexiones y observaciones: la llegada del tren de Trujillo; ver las fastuosas despedidas; especular sobre los misteriosos tejemanejes de la policía.

Pero, lo que me desconcierta, es cómo he pasado estas seis horas. Intento reconstruir la mañana: el desayuno, la espera de la salida del tren, el cantante; pero, no suman del todo. Tres horas se han esfumado por completo, y no han dejado tras de sí ningún rastro desagradable de aburrimiento o inquietud. Es un misterio, así que decido consultar al cura, traficante profesional de misterios.

"Explíqueme esto, padre" –le digo–. "Yo soy un estadounidense, y en mi país tengo que estar ocupado, de alguna manera, todo el tiempo, o me siento miserable. Pero, aquí en La Ceiba, el tiempo fluye rápida y agradablemente, sin dejar cicatrices en mi mente, ni recuerdos tampoco".

El sacerdote sonríe. "Usted es estadounidense, pero no es un misionero como sus compatriotas. Absorbe el espíritu del país; y está solo. Si tuviera un amigo acompañándolo, o si ese inglés no se hubiera ido a Trujillo, habría pasado una

tarde miserable. No es natural ser consciente del tiempo. Es el resultado del entrenamiento; y el entrenamiento, puede ser olvidado".

Creo que tenía razón. Es extraordinario lo rápido y agradable que pasa el tiempo en un lugar donde su paso se contempla con mesura. Dentro de la cabeza del estadounidense industrializado, un implacable reloj hace tictac sin cesar. Es la imagen mental, conformada por numerosos factores, que ven el tiempo como un importante componente en la vida de los estadounidenses. Las horas de oficina, los horarios y los compromisos que atormentan a un sector de la sociedad. El silbato de la fábrica y el reloj son los tiranos del otro sector.

Y este incansable reloj que llevamos en la cabeza, se ha convertido en una parte tan importante de nuestro ser, que no podemos apagarlo. Sigue haciendo tic tac después de que suene el silbato, y después de que el jefe se ha ido a casa. Durante las horas de ocio, también nos rinde tributo: un poco de actividad por cada minuto. Si no le concedemos el tributo que exige, nos afecta los nervios como el palpitar de una muela ulcerada –aunque el tributo no sea nada más emocionante que un fastidioso juego de Bridge, o la lectura gutural de las noticias deportivas.

Pero, los venezolanos, como la mayoría de la gente de los trópicos, no tienen un reloj en la cabeza. Prácticamente, nada en sus vidas contiene un rígido elemento de tiempo. Las oficinas y las tiendas

de las ciudades abren a distintas horas, según lo que haya desayunado el jefe, o lo que haya hecho la noche anterior. Los trenes arrancan cuando les da la gana. Las películas empiezan cuando el propietario cree que el público ya está reunido.

Hay muy pocos relojes a la vista. En Caracas hay uno en la catedral, pero siempre tiene, por lo menos, un cuarto de hora de atraso o de adelanto. En Maracaibo no hay ninguno. Las ciudades más pequeñas, no sólo carecen de relojes, sino que, si los tuvieran, nadie los miraría. No habría necesidad, porque el tiempo es algo totalmente ajeno y antagónico a la naturaleza venezolana.

Es el reloj mental, que es producto de un largo entrenamiento, lo que mantiene preocupados a los estadounidenses, no el reloj de la torre. Y como los venezolanos no tienen reloj mental, el reloj de la torre no les molesta. No es más que un mecanismo interesante, que no tiene más autoridad sobre sus vidas que el letrero de luces titilantes del Teatro Principal, o el modelo de aspiradora en el escaparate de una gran tienda.

"¿Por qué tienen esta ventaja sobre nosotros, que no se aburren?" –le preguntó al cura.

"Venezuela es un país atrasado, amigo mío".

VII
CENTRAL AZUCARERO

BOLSILLO, visto desde el lago, se ve muy parecido a La Ceiba —una larga hilera de palmeras, una hilera de casas de caña brava debajo de ellas, muchos cayucos y pequeñas goletas atracadas junto a un muelle destartalado—. Sin embargo, hay una gran diferencia. Dos grandes tanques de acero se elevan como inmensos contenedores por encima de las palmeras. Uno es negro, para la melaza; y el otro es gris aluminio, para el combustible. Bolsillo es el puerto lacustre del Central Nacional, la gran plantación azucarera que suministra, bajo una protección arancelaria digna de Estados Unidos, casi todo el azúcar blanco de Venezuela.

Esta plantación es propiedad de venezolanos y está dirigida, en gran parte, por ellos. Hay un estadounidense encargado de la parte mecánica y de ingeniería, y su ayudante es un joven alemán. El químico de la refinería es un búlgaro, y también hay algunos expertos cubanos en caña de azúcar. El resto de las mil personas de la hacienda son venezolanos de diversos grados y colores, que van desde blancos puros como el "Administrador Financiero" Valdez —que viaja en el Progreso después de una visita a Maracaibo—, hasta negros color carbón, que se encuentran en el fondo de la diversidad.

Me han invitado a visitar la hacienda. Ahora estoy bajo el cargo de Valdez, el administrador, que me va a presentar a mi paisano, el señor Dean. Este último está en el muelle esperando a que llegue el barco. Lleva unos pantalones de montar al estilo Richard Harding Davis y un sombrero ancho de fieltro. Tiene el aspecto muy propio del gerente de una plantación.

No obstante, Dean está muy ocupado en este momento —saludar a amigos y conocidos es un asunto agotador en Venezuela—. Dean vino de Boston vía Cuba, pero no saluda a Valdez con ningún formalismo bostoniano. Por el contrario, se abrazan mutuamente, se dan palmadas en la espalda y se estrechan las manos larga y vigorosamente, como si estuvieran jugando algún tipo de juego.

Dean es el personaje de mayor rango en el muelle, y Valdez es el personaje de mayor rango en el barco; así que estos dos llevan la voz cantante en los saludos. Por lo tanto, después, todos los demás se saludan con abrazos. El jefe civil de Bolsillo le dice al capitán del Progreso lo contento que está de volver a verle tras su larga ausencia de cinco días. La enorme azafata negra baja del barco contoneándose —doblando la pesada pasarela de caoba de una manera peligrosa— y le da un abrazo aplastante a un pequeño pariente negro que se encuentra en la orilla. Un policía, distinguido como tal por una gorra marrón claro y una pistola de seis tiros, ha traído dos botellas

de cerveza fría para un amigo. Uno de los jóvenes oficinistas es saludado nada más y nada menos que por tres chicas de distintos matices, pero igual de entusiastas. El contador es abrazado, primero por Dean y el jefe civil, y luego es rodeado por una turba de parientes femeninas.

Todos los marineros, los camareros y el ingeniero tienen sus amigos en tierra. E, incluso, los humildes ciudadanos de Bolsillo que no conocen a nadie en el barco se sumergen en el espíritu de la ocasión y se abrazan e intercambian bebidas o frutas, como si todos acabaran de regresar de un largo viaje. Es una fiesta alegre y alentadora, y es agradable pensar que se repetirá en cada pueblito del lago y al regreso a Maracaibo.

Pero, cuando Valdez me hace señas para que me presente, los modales de Dean cambian de inmediato a una fría actitud, que sería bastante correcta en Boston. Me habla poco, discute asuntos profesionales complicados con Valdez y hace que un joven de color café se apresure a buscar mis maletas. Una persona admirable —me digo a mí mismo—. Dominar el español como lo ha dominado Dean no es una tontería. Dominar la técnica del saludo venezolano es algo que pocos extranjeros logran conseguir. Y, aun así, Dean no ha olvidado la rigidez reservada para los recién conocidos, con la que los habitantes de Nueva Inglaterra se demuestran mutuamente sus buenas intenciones y su autenticidad social. La mayoría de los estadounidenses que he conocido hasta

ahora en Venezuela han seguido siendo estadounidenses o se han vuelto muy venezolanos. Quizá en Dean conozca a una persona no solo con dos idiomas, sino con dos psicologías superpuestas; estas son raras, pero muy interesantes cuando se encuentran.

El centro administrativo de la hacienda está a unas cinco millas tierra adentro desde Bolsillo, y se llega a él a través de un ferrocarril de vía estrecha que parte desde el muelle. La pequeña locomotora arrastra tres vagones: un furgón, una plataforma y, el tercero, un objeto extraordinario que solo se ve en las plantaciones de azúcar. Uno de los extremos es como un vagón de carga ordinario; pero el otro extremo tiene dos pisos, y el superior cuenta con ventanas en los cuatro lados.

La función de este vagón es bastante parecida a la del elefante oficial de un rajá. El rajá quiere ver por encima de las cabezas de la multitud. Los jefes de la hacienda quieren ver por encima de la caña. El rajá quiere ser visto por su pueblo. Los jefes de las haciendas también. Cuando aparece el coche oficial, comienzan a trabajar frenéticamente. De la caña comienzan a salir desmalezadoras adormecidas y limpiadores de zanjas. Las armónicas dejan de sonar y los dados se guardan. Y, lo mejor de todo, es que puede que ni siquiera haya ningún jefe en el coche. Puede que esté tranquilamente en casa jugando con sus hijos, haciendo cálculos incomprensibles sobre los números de los billetes de lotería o durmiendo los estragos

de una partida de póquer que ha durado toda la noche. Pero el vagón hace las rondas igualmente, cubriendo cada día la mayor parte de las cuarenta millas de ferrocarril, provocando amplias ondas expansivas de trabajo cada vez que aparece por encima de la caña.

Este medio de transporte oficial espera en el embarcadero, y todos subimos al segundo piso, donde hay una media docena de sillas cómodas. Somos cuatro: Valdez, Dean, Pérez —el contador— y yo. Muy ceremoniosamente, Valdez coloca cuatro sillas en fila a lo ancho del coche. A mí me da la silla junto a la ventanilla de la derecha. Soy forastero —me explica— y probablemente me gustaría contemplar los campos de caña y los bosques del camino. «El azúcar es un vegetal muy bonito», dice Valdez. A mi lado, Valdez coloca a Dean: es mi paisano, y seguro le gustará hablar conmigo en su lengua materna. A continuación, Valdez se sienta al otro lado de Dean e indica a Pérez que ocupe el asiento más próximo a la ventana de la izquierda. Pérez —explica Valdez— no sabe nada de inglés, por lo que se sentirá más cómodo sentado junto a otra persona cuya lengua materna es el español. Pero él, Valdez, sabe un poco de inglés, así que disfrutará escuchando la conversación entre Dean y yo.

Esta disposición de los asientos es, por supuesto, natural, y probablemente se habría producido igual sin ninguna indicación por parte de Valdez. Dean, por supuesto, se sentaría a mi lado, y

los dos venezolanos, naturalmente, se sentarían juntos. Y Dean y Valdez, como jefes afines de la plantación, sin duda se sentarían donde pudieran discutir los acontecimientos locales desde que Valdez se fue a Maracaibo.

Pero era muy propio, de un venezolano culto como Valdez, hacer una ceremonia de la disposición de los asientos. Lo hacen en los teatros, en los automóviles y en el salón de estar. Y lo hizo con mucha habilidad. Me dio el asiento de honor como visitante y una excusa para aceptarlo, sugiriendo que me gustaría ver la plantación. Le cedió el siguiente asiento de honor a Dean, y le dio una excusa diciendo que a Dean le gustaría hablar conmigo. Él mismo ocupó el siguiente asiento como superior de Pérez, pero consoló a este último diciéndole que lo tomaba porque querría mejorar su inglés escuchándonos a Dean y a mí.

En seguida, el trenecito está listo para partir. Han cargado a bordo sacos de correo, cajas de cerveza, un loro en una jaula y una gran caja de piezas para maquinaria azucarera. El piso inferior del vagón de observación está repleto de los pasajeros más humildes del Progreso y de sus parientes de la plantación. El maquinista regresa y pregunta a Valdez si está listo para arrancar; Valdez se vuelve hacia Dean, que tiene a su cargo los ferrocarriles de la plantación, y le pregunta si está listo. Dean mira ostentosamente alrededor del vagón, observando hasta al último hombre y al más insignificante de los niños. Todos, todos es-

tán listos. Le hace un gesto a Valdez y le pregunta si él está listo. Sí, Valdez está listo. Así que Dean se inclina hacia delante para decirle al ingeniero que todo está listo. El maquinista hace una ligera reverencia y sube a su cabina. Hace sonar, muy alegre, el pequeño silbato; y saluda con la mano a una chica guapa, descalza, que está parada al lado de la locomotora, admirándola. Seguidamente, arranca a través de un corto túnel en la selva a una velocidad de doce millas por hora.

Los latinoamericanos tienen talento para las ceremonias agradables. Mientras que la Twentieth Century Limited, a pesar de los esfuerzos de la Oficina Central de Publicidad y Fachada de Nueva York, nunca emprendió su viaje de mil millas con más conciencia de su valor propio que este pequeño tren sobre sus esbeltos rieles yendo casi a ninguna parte.

La caña de azúcar es, en verdad, un hermoso vegetal. Alcanza unos quince pies de altura, es de color verde claro y se parece bastante al maíz indio, enmarañado y enorme, sin espigas, y algo más esbelto y frondoso de hojas. Los campos son llanos o ligeramente inclinados hacia las laderas de los Andes, que se elevan unos catorce mil pies desde la llanura. La caña es lo suficientemente alta como para ocultar aldeas, trenes y cualquier cosa que pudiera sobresalir por encima de otro cultivo, pero su superficie es tan lisa y uniforme que campos de cinco millas dan la impresión de un césped cuidadosamente cortado. En el límite

de la jungla se mantiene esta impresión, pues los árboles tienen una altura uniforme de unos 150 pies, rectos y sin ramas en sus primeras tres cuartas partes de alto.

Pero, por interesante que sea la vista, es más interesante escuchar a Dean y Valdez, que discuten sobre una carta que parece haberse extraviado. Era un plano de un sistema de riego, y se suponía que había sido enviado desde Maracaibo en el barco de la semana pasada. Valdez inicia la discusión preguntando si la carta ha llegado. Dean dice que no.

—Pero estoy seguro de que mi empleado se la entregó al capitán del barco —dice Valdez—.

—Eso puede ser cierto —dice Dean—, pero estoy seguro de que, si el capitán se lo hubiera dado a mi mensajero, que fue al encuentro del barco la semana pasada, el mensajero me lo habría dado. Y no lo hizo.

Por supuesto, lo obvio será preguntarle por teléfono al capitán del barco después de que el tren llegue a la hacienda. El Progreso estará en Bolsillo todavía algún tiempo, y el capitán estará bebiendo cerveza en el despacho del jefe civil. Cuando Dean habla español, exhibe el lado venezolano de su doble psicología. Tanto él como Valdez encuentran muy interesante el problema de la carta perdida. No quieren dejar de hablar de ello.

Con gran entusiasmo, amplias sonrisas y gesticulando, cada uno despliega sus argumentos y presenta su caso. El capitán del Progreso

—coinciden ambos— es totalmente digno de confianza. Si se le entrega una carta, siempre la entrega. Por lo tanto, el problema radica en la eficacia relativa del empleado de Maracaibo y del mensajero de Bolsillo.
—¿Era Simoncito? —pregunta Dean—. ¿Uno flaco y cadavérico a quien le diste la carta?
—Simón es una persona admirable —responde Valdez con indignación—. Es el empleado más confiable de la oficina de Maracaibo. Es padre de familia y un ciudadano respetable.
—Puede ser —dice Dean—, pero una vez le di unas películas para que las revelara y las perdió. ¿Te acuerdas, Valdez? Eran tus películas.
Valdez sonríe, pues le parece un golpe mortal y digno de admiración. Pero vuelve al ataque.
—¿A quién enviaste a recibir el barco?
—Envié a Antonio.
—Te refieres a Antonio Siles, ¡ese borracho sinvergüenza! ¡Ese bandido! Por supuesto que nunca lo recibiste. Lo abrió para ver si había dinero y luego tiró los planos. No sabe leer y no sabría lo que eran.
—Sabe leer —dice Dean—. Es muy educado. Sabe leer, calcular y decir la hora.
—Pero, sin embargo, es un sinvergüenza y un borracho. Deberías saberlo, amigo mío, porque lo metiste en la cárcel el año pasado. Fue por borracho y por llevar un cuchillo, ¿no?
Dean, a su vez, siente el golpe y cambia rápidamente de tema.

—¿Era una copia lo que me enviaste, o el dibujo original?
—Era una copia, naturalmente.
—Pero acostumbro venir yo mismo al barco, ¿no?
—Sí.
—Entonces, la razón por la que enviaste la copia debió ser que no le confiabas a tu empleado el original.
Dean tiene la sensación de que se ha apuntado un tanto, pero Valdez lo esquiva con pulcritud:
—De ninguna manera, amigo mío. Confío plenamente en mi secretario. Confío plenamente en el capitán del Progreso. Confío en usted, señor Dean, para que cuide de lo que llega a sus manos. Pero conozco la ardua naturaleza de tus deberes en esta plantación en mi ausencia, y por eso temía que enviaras a ese canalla de Antonio. Y lo hiciste.
Este es un golpe maestro, y Valdez siente que ha sido un poco duro con su amigo y socio. Así que se mete la mano en el bolsillo y saca un sobre grande que le entrega sonriente a Dean.
—Aquí está el dibujo original, amigo mío. Así que todo está bien.
—Gracias —dice Dean—. Pero este no es el original. Tengo el original en mi escritorio. No me atreví a enviarlo a Maracaibo. Así que ahora tengo dos, y te doy las gracias.
Ambos esbozan una amplia sonrisa y se dan palmadas en la espalda. Todo fue una batalla fingida, pero actuada con toda convicción. La carta perdida no tenía importancia, y ellos lo sabían. Cada

uno podría haber terminado la discusión con una palabra. Pero las discusiones son agradables y ocupan el tiempo. Y el tiempo es un gran vacío que los seres humanos deben llenar con cosas agradables.

Ahora Dean se dirige a mí y empieza a explicarme, en inglés —bien adornado con términos técnicos—, acerca del cultivo de la caña de azúcar y el sistema de riego utilizado en la plantación. Comienza con el análisis del suelo, las variedades de caña, la plantación de la misma por medio de secciones de tallo en lugar de semillas, y poco a poco llega hasta la maquinaria de trituración, las centrífugas secadoras y los polariscopios. Es una interesante charla de quince minutos, concisa, precisa y experta. Suena como el Instituto Tecnológico de Massachusetts o el Departamento de Agricultura. Me hace sentir que estoy de vuelta en Estados Unidos, donde el trabajo se toma en serio y, a veces, se disfruta de verdad. Habla un auténtico estadounidense, de maquinarias, de métodos y de eficacia con tanto fervor, casi religioso, como si nunca hubiera salido de casa. Es la fase inalterada de la naturaleza de Dean, la misma que le hizo saludarme con una frialdad artificial en el muelle.

Valdez escucha un momento, luego se da la vuelta y entabla conversación con Pérez. El trabajo, para Valdez, es trabajo, y desagradable por definición. Su trabajo en la hacienda es más sutil que el de Dean, ya que se ocupa de seres humanos y no

de máquinas. Cumple con su deber eficazmente, pero no pretende sentir ningún placer en ello. Cuando, si acaso, haya ganado suficiente dinero, se retirará a París o Caracas y no volverá a pensar en la caña de azúcar. Pero Dean, como la mayoría de los estadounidenses, nunca se retirará, simplemente envejecerá. Su mujer, oriunda de Nueva Inglaterra, le traerá de vuelta a Massachusetts, y se pasará el resto de su vida hablando de técnicas anticuadas de cultivos de azúcar con cualquiera que acepte escucharle. Tal es el castigo por tomarse el trabajo demasiado en serio: se convierte en una adicción imposible de curar.

Al cabo de media hora de traqueteo, el pequeño tren llegó al Central. Los dos muros verdes de caña se abren a un gran claro bordeado de cocoteros y salpicado de edificios de múltiples colores. En el centro hay una instalación bastante incongruente: se trata de una fábrica con cinco chimeneas altas y negras, lo suficientemente grande como para causar revuelo en el seno de cualquier cámara de comercio. Solo se diferencia de las fábricas del norte en un aspecto: no tiene paredes, solo un armazón de acero y un techo. En Venezuela, las paredes solo sirven para la privacidad, y las entrañas de una refinería de azúcar no la necesitan.

La refinería está detenida por un momento para instalar una nueva maquinaria, así que Dean tiene tiempo de ser hospitalario. Bajamos del tren, nos despedimos de Valdez —que vive un poco más

lejos— y caminamos hasta la casa de Dean. Se trata de una construcción de madera, cómoda, pero nada bonita, que se alza sobre postes de concreto de metro y medio para protegerla de las termitas. Dean me comenta que el interior está bastante desordenado, ya que su mujer está lejos, en Estados Unidos; y él lo tiene como un recinto de solteros con Schuler, su joven ayudante alemán.

Muchos estadounidenses tienen la impresión de que las haciendas latinoamericanas son maravillosos establecimientos feudales, como las plantaciones de la época de la esclavitud en el Sur. En algunos países puede que queden algunos lugares así, pero en Venezuela no hay ninguno. El feudalismo permanece, pero la magnificencia se ha trasladado a Caracas. La ausencia de los propietarios es la regla. Solo los gerentes profesionales viven en el lugar —Dean y Valdez en este caso—, y los hombres menos importantes, en las plantaciones más pequeñas.

La razón de este ausentismo no es económica, sino social —razón por la cual ningún esfuerzo gubernamental la ha podido cambiar en lo más mínimo—. Los venezolanos de clase alta aman la sociedad, el entretenimiento, la emoción, las mujeres elegantemente vestidas, las corridas de toros, las carreras de caballos y la música. No aman el dinero ni su equivalente, el poder, salvo en la medida en que les sirvan para poder satisfacer esos gustos. Así que los terratenientes dejan sus fincas en manos de un administrador y se trasla-

dan a Caracas —una ciudad de lo más entretenida— o a París, y rezan ardientemente para no tener que volver a verlas. Puede que sus fincas no les reporten tantos ingresos como si las gestionaran ellos mismos. Las fincas descuidadas nunca reportan grandes ganancias. Pero ellos creen que es mejor invertir una pequeña renta en los placeres de Caracas que malgastar una renta mayor en una vida rural aburrida.

Por supuesto, hay muchas cosas deplorables en esta situación, tanto para los venezolanos como para los estadounidenses residentes. Los primeros notan el hecho evidente de que su país podría poblar en esas tierras unas diez veces su población actual. Los segundos están llenos de nostalgias, unos por las tradiciones de los pioneros, y otros por lo señorial de la vida en las plantaciones. El hecho de que estas dos tradiciones sean antagónicas no les impide actuar con unanimidad para persuadir a los estadounidenses de que los venezolanos deberían volver a su sistema de haciendas aisladas del siglo XVIII, cuyos restos aún pueden verse en algunos sitios.

Pero, en realidad, ningún aristócrata ha permanecido nunca en sus haciendas, a menos que se viera obligado a ello. En la Edad Media había muy pocas ciudades adónde ir, y estas ofrecían poca diversión. En los Estados esclavistas, la situación era similar. Nadie abandonaba su plantación para ir a disfrutar de la vida en Mobile o Vicksburg. Y, en cuanto a las mansiones rurales de la Inglate-

rra moderna, a las que, a menudo, los estadounidenses ven con añoranza, apenas tienen relación con la tierra. Al inglés adinerado que obtiene sus ingresos de bienes raíces en la ciudad, de inversiones o de negocios le gusta tener un lugar en el campo a pocas horas de viaje de Londres, donde pueda criar animales pequeños, semisalvajes, y dispararles con elegancia.

En la actualidad, la agricultura a gran escala en los trópicos se maneja como una industria con un gran capital, que produce un único producto, emplea gestores y envía sus beneficios, si acaso los hay, a terratenientes o accionistas lejanos. Los gerentes suelen ser extranjeros, sobre todo si necesitan tener formación técnica. Cuando el propietario vive en la finca, lo hace solamente porque no tiene otra opción, y espera poder ganar lo suficiente para mudarse a un centro de diversión. Si es estadounidense, estará ahorrando sus centavos para comprar un vuelo de regreso; o puede que se haya vuelto nativo y espere con ansias irse a Caracas, como el resto.

De manera que el Central Nacional no tiene una mansión señorial, jardines en terrazas, palmeras reales ni otras decoraciones. Alrededor de la refinería hay un anillo de casas de madera en las que viven los empleados de mayor rango. También hay una oficina, un taller mecánico y un pequeño aserradero. Un poco más lejos está la tienda de la empresa y un gran almacén. Y, aún más lejos, se encuentran hileras de chozas de caña brava para

los trabajadores negros. Se parecen mucho a las casas de Santa Rosa, salvo que están asentadas directamente sobre la tierra y tienen pisos de tierra. Tienen menos anexos, y la empresa ha hecho un intento por mantener las casas más o menos alineadas. Pero las líneas son venezolanas: no las hacen muy rectas, y no hay razón para que las hagan. Así que los alojamientos de los trabajadores no son tan monótonos como podrían ser.

De hecho, ninguna comunidad negra es monótona, y menos esta. Está llena de niños desnudos, alegres y muy parecidos. Por la noche, nueve de cada diez chozas se encuentran a oscuras y vacías. Toda la gente estará en la décima cabaña, abarrotándola hasta más no poder. Gritos, canciones y risas agudas atraviesan las delgadas paredes. Es un misterio de qué se tratan los festejos. Lo más probable es que no sean en absoluto mesurados. Pero es agradable sentarse al atardecer y escucharlos. Tienen sus problemas, pobrecillos, como los negros de todo el mundo. ¡Pero qué felices son en los intervalos!

Estos negros son, por supuesto, una especie de esclavos. Naturalmente, no se les llama así, como tampoco lo hacen en el delta del Misisipi. Bolívar liberó a los esclavos en Venezuela, más o menos cuando Lincoln nació. El método de reesclavización fue a través del almacén de la compañía, el mismo sistema tan admirado por los operadores de las minas de carbón estadounidenses. Sin embargo, en Venezuela funciona un poco mejor

que en Virginia Occidental, ya que existe una ley según la cual nadie puede abandonar una comunidad sin haber pagado sus deudas. Una persona que no sabe leer, que se vea obligada a comerciar en un almacén de la compañía y que generalmente cobra en vales, es muy probable que tenga deudas hasta el fin de sus días. Otro método refinado es un sistema de suponer que todo habitante de la plantación por debajo de cierto rango tiene deudas, a menos que pueda demostrar lo contrario. La prueba consistiría en un certificado firmado por uno de los jefes de la hacienda, pero, si la persona no logra conseguir uno, sería arrestada al intentar tomar un barco o al momento de desembarcar en el próximo pueblo. Si intenta escapar por las montañas, será capturada por los andinos —que son blancos y sienten poca simpatía por la gente oscura de las tierras bajas—.

Una de las principales tareas de Dean parece ser la firma de estos certificados. Negros corpulentos y sonrientes se paran, sombrero en mano, ante la puerta de tela metálica y piden que se les permita visitar a un amigo en Gibraltar —un diminuto pueblo a pocos kilómetros de distancia—. A veces, uno de ellos explica, con encantadora ingenuidad, que su amiga es una joven cuyo amante la ha abandonado temporalmente, y que él espera lograr que esa ruptura sea permanente.

Este sistema de peonaje es, por supuesto, moralmente incorrecto según las normas oficiales de los Estados Unidos, y puede conducir a grandes

abusos. En una sociedad eficiente, rígida y codiciosa, el peonaje puede ser, incluso, peor que la esclavitud, ya que los esclavos estaban protegidos, al menos físicamente, por el hecho de que tenían un considerable valor monetario. El valor en metálico de un peón, sin embargo, es muy bajo, ya que se mide por su deuda con la tienda, por lo que no hay ningún incentivo para proteger su salud. Se le puede hacer trabajar hasta la muerte, y su crédito disminuye gradualmente en la misma medida en que se debilitan sus fuerzas, de manera que tanto la deuda como la vida se liquidan simultáneamente. Este bonito sistema sería el ideal por el que mucho se lucha en algunos de nuestros estados del Sur, donde se supone que los negros trabajan para pagar multas por delitos como «vagancia» o «resistencia a la autoridad».

Sin embargo, el Central Nacional no es, en lo absoluto, eficiente en este aspecto. A pesar de tener muchas oportunidades de tiranizar a su gente, muestra una gran moderación. Los negros parecen estar muy felices y tampoco trabajan demasiado. Tienen abundantes mujeres y gran cantidad de niños. Incluso los que no tienen esposas ni amigas no sufren mucho de castidad, pues las mujeres de raza negra muestran un gusto por la experimentación y la variedad, lo que equilibra bastante las cosas y no deja a nadie en la estacada durante mucho tiempo. Tienen mucho que comer. De hecho, sería bastante difícil evitar que comieran hasta la saciedad. La tierra es abundan-

te y el suelo fértil. Y los venezolanos no tienen el genio financiero ni la eficiencia mecánica como para inventarse un sistema económico que pueda hacer que la gente se muera de hambre en medio de la abundancia. Los más afectados por el sistema de peonaje en Bolsillo son los jefes de la hacienda, que tienen que estar continuamente firmando certificados; y el encargado del almacén, que tiene que dominar un sistema de contabilidad sumamente complicado.

Por supuesto, ningún gerente de fábrica o agricultor importante estadounidense calificaría a esta plantación de eficiente o bien gestionada. Vería demasiada actividad irrelevante, demasiada risa, holgazanería y dormidera. Se preguntaría por qué cierto hombre construyó su choza en medio de un camino muy transitado. Podría sugerir que no se le permitiera a una chica acompañar a un carpintero a su trabajo y hacerle cosquillas en los pies descalzos con una hoja de hierba mientras se encuentra arrodillado colocando un piso. Probablemente recomendaría que el sistema telefónico tuviera dos hilos en lugar de uno y, sin duda, prohibiría que los niños paseasen en las locomotoras.

Pero, seguramente, después de que estas reformas se hubiesen implementado —y algunas otras mucho más agresivas—, la plantación no produciría mayor cantidad de azúcar. Los mejores trabajadores desaparecerían gradualmente. En teoría, por supuesto, no podrían hacerlo si la empresa se encarga de mantenerlos endeudados.

Pero el sistema, como la mayoría de los sistemas en Venezuela, está lleno de flexibilidad, tolerancia y relaciones personales. Cualquier peón que realmente quiera escaparse puede hacerlo sin necesidad de esforzarse mucho. La única razón por la que los más ambiciosos han permanecido tanto tiempo en el peonaje es porque les gusta la comunidad y la diversión; si la eficacia suprimiera esto, se irían rápidamente. En un país tan despoblado y con tierras tan fértiles como Venezuela, es difícil obligar a los hombres independientes a hacer algo en contra de su voluntad.

Es una suerte que la esposa de Dean esté de viaje en Massachusetts. Las mujeres estadounidenses en Venezuela —y, sin duda, en otras partes de América Latina— son una gran desventaja para un visitante que quiera conocer el país. Pueden ser encantadoras y muy amables; y la señora Dean puede ser todas estas cosas —a juzgar por su fotografía y los comentarios de su marido—, pero ellas son las sacerdotisas de los dioses del hogar. Llevan los Lares y Pénates en sus neceseres con sus polvos faciales, y pasan su vida en los trópicos creyéndose que están en los Estados Unidos. Tienen un especial cuidado en tratar de mantener a raya a sus maridos, cuidando fielmente la llama del altar de sus «estándares de vida estadounidenses»; porque saben, instintivamente, que, una vez que su psicología se haya venezolanizado, les resultará muy difícil volver a llevarle al verdadero americanismo.

Así que, con su esposa lejos, Dean será más propenso a actuar de forma natural. Por supuesto, él no es un hombre joven; y lo que más le interesa son sus hijos, que asisten a la escuela en Boston. Me enseña sus fotos —parecen buenos chicos—; la chica es muy guapa, y el chico es fuerte y bien parecido.

Mientras Dean me conduce a mi habitación, me pide, como todos los estadounidenses exiliados, noticias de casa. No sobre política, porque las batallas de los republicanos y los demócratas parecen tan distantes y tenues en Venezuela como las batallas del señor de Bayard; tampoco sobre el mercado de valores, ya que habría que vivir bajo el hechizo de Wall Street para tomarse en serio lo que hacen. No se trata de ninguno de los tempestuosos escándalos que hacen estragos en la prensa norteamericana —el Bonus Army, las fornicaciones entre los ricos ni los pintorescos asesinatos entre los pobres—; estas cosas son ventiladas por los periódicos como historias continuadas y pierden su interés en aquellos lugares donde los periódicos llegan, si acaso lo hacen, en paquetes de una docena.

Lo que Dean quiere saber, de forma un tanto patética, son las cosas que afectan a su familia —tan distante y viviendo una vida que él ya casi ha olvidado—. Intenta restablecer su conexión con los Padres Peregrinos, la revista Atlantic Monthly, Harvard y el metro. Quiere reorientarse a sí mismo con las costumbres, los prejuicios, las tradiciones y las emociones que conforman el pa-

trón de vida de Massachusetts. ¡Y qué cosas tan incongruentes le interesan! Su hija, por ejemplo, cree que los chaperones son monstruos extintos. Dean quiere la información más reciente sobre ellos: ¿extinguidos o no extinguidos? Cree que su juicio se ha distorsionado en Venezuela, donde las jóvenes de las clases altas son vigiladas como monjas, y las de las clases bajas tienen que ser casadas o vendidas a una temprana edad para que no haya dudas sobre su castidad.

¡Y la prohibición! Es difícil razonar sobre esto en Venezuela, donde se puede comprar un ron aceptable por treinta céntimos el litro. La mayoría de los venezolanos casi no tienen idea de lo que significa esta palabra. Cuando Colombia hizo algunas propuestas para restringir ligeramente las horas de venta de licor, la prensa venezolana acusó al país vecino de imitar al coloso del norte. En cuanto a las sutilezas de las costumbres estadounidenses en materia de bebida, parecen algo metafísico e incomprensible para los nativos y los estadounidenses residentes por igual. Así que Dean quiere saber hasta qué punto son respetuosos los cócteles, si realmente los escolares se desmayan en los bailes y si realmente es un error social no beber cuando no se quiere. Dean apenas puede creer que la bebida sea un tema tan interesante. En Venezuela, el licor se considera de la misma categoría que la comida; se vende en los mismos lugares y no se habla de él en absoluto, así que se siente bastante desubicado. ¿Cuál es

el secreto de este entusiasmo por la prohibición? Me ruega que se lo explique con detalle, porque cree que no puede volver a casa sin tener al menos una mínima opinión.

Le digo que la prohibición fue el punto culminante de la campaña del clero protestante para obligar a la gente a comportarse. Y le aseguro que se considera el deber de todo verdadero estadounidense beber mucho más de lo que sería aceptado. Cada cóctel es un golpe directo a un bautista.

Sin embargo, aun así, Dean permanece impávido. Los bautistas y los metodistas de su juventud en la Massachusetts rural eran simplemente menos dignos que los congregacionalistas y menos de moda que los episcopales. No eran congregaciones virulentas, y se le hace difícil convencerse de que haya habido una campaña contra ellas desde 1919. De hecho, él no ha padecido los efectos de la religión desde hace tanto tiempo que ya no recuerda casi nada sobre la diversidad religiosa estadounidense. En Venezuela, el principal problema religioso es cómo evitar que el cura le saque dinero a tu mujer. Y la solución es fácil: no le des dinero a tu mujer.

Hay otro tema, aún más abstracto, sobre el que Dean siente que necesita orientación. Ha leído en varias revistas estadounidenses acerca de una nueva actitud hacia el tratamiento del sexo, tanto en la conversación como en materiales impresos. De hecho, pidió a Nueva York una pequeña colección de erótica contemporánea en las altas es-

feras sociales. Pero se quedó estupefacto al comprobar que no le ocasionaba reacción alguna. Ni se horrorizó, ni se sorprendió, ni se excitó. ¿Había algo malo en él? ¿De qué se trataba? Llegó a un punto en el que sintió que se había alejado mucho de la vida estadounidense.

Intento explicarle que la aparición progresiva de ciertas palabras, temas de conversación y literaturas es comparable a la progresiva disminución de tamaño del traje de baño. Ambos dan la ilusión de haber obtenido una victoria sobre la triple alianza representada por la hipocresía, la burocracia y la religión. Es muy divertido tanto para los participantes como para los espectadores; y ha sido, durante años, la principal preocupación de los intelectuales. Aunque esta alta burguesía se está volviendo ahora hacia las nuevas emociones que proporciona el coqueteo platónico con un comunismo interno.

Pero Dean sacude la cabeza con tristeza. Esos placeres no son para él; ha desaprovechado su derecho por nacimiento. La atmósfera social en Venezuela es —al menos para los hombres— tan relajada que, incluso, un residente estadounidense pierde la capacidad de apreciar esos pequeños e indirectos placeres, tan apreciados por sus compatriotas en casa.

A esta hora la cena está casi lista. Solo estamos esperando a Schuler, el joven alemán que está llegando en este momento. Lleva pantalones de montar, como su jefe, y un sombrero de fieltro

de ala ancha. El atuendo le da un aspecto algo salvaje e impreciso desde lejos, pero, al acercarse, esta impresión desaparece. Schuler muestra esa combinación de inteligencia e ingenuidad que tan a menudo se observa en los jóvenes alemanes. Tiene los ojos azules, una sonrisa agradable y habla inglés exactamente como lo hace Dean.

Los alemanes son como los fonógrafos cuando se trata de idiomas. Pueden aprender tres en el tiempo en que un americano o un inglés aprende uno. Con solo escuchar a Dean, Schuler aprende a imitar sus palabras, su entonación e incluso sus gestos; y su español es exactamente igual. Cuando Dean habla con un grupo de nativos, se hace entender perfectamente y también comprende cada palabra que dicen. Pero, incluso, un oyente que no sepa ni español ni inglés se da cuenta de que no está hablando su lengua materna. No obstante, cuando Schuler se enzarza en una discusión con sus hombres, su lenguaje se funde perfectamente con todo el alboroto, excitación y gesticulación. Sus expresiones faciales son tan violentas como las de ellos. Sus ojos parpadean y sus palabras son igual de rápidas. Y todo gira en torno a un pequeño detalle en una acequia de riego, o tal vez sobre una mula extraviada.

Sin embargo, hay un fallo en el perfecto dominio del inglés y el español de Schuler. Conoce las palabras, los sonidos, la gramática, la entonación y los gestos que acompañan a cada uno; pero, de vez en cuando, confunde estos factores. Cuando cambia

bruscamente al inglés tras una acalorada discusión en español, a veces se olvida de desactivar la vivacidad y el orden de las palabras; el efecto es curioso. Supongamos que, después de un altercado con la cuadrilla de acequias, volvemos a discutir sobre los caminos de mulas por las montañas:

—Muy malo el camino después del río, me parece —dice Schuler, agitando enérgicamente las manos—. ¡Fango! ¡Rocas! ¡Árboles caídos!

Sus gestos describen vagamente, pero con mucho movimiento, cada uno de estos obstáculos. Parece disfrutar, al igual que lo hacen los venezolanos, de la estructura dramática de su frase.

—Creo que, de todos los senderos terribles de Venezuela, ¡este es el peor, el peor!

De repente sonríe y parece avergonzado. En su siguiente frase habla exactamente como Dean:

—El sendero no está tan bueno después de cruzar el río.

Un momento antes de que Schuler entrara en la habitación, Dean había abordado el tema de la moral de los jóvenes —especialmente en lo que se refiere a su hijo—. Parece dudar sobre la actitud apropiada que debería asumir un padre. ¿Acaso debería adoptar el método de las pequeñas advertencias contra las enfermedades venéreas, que el gobierno coloca en los retretes de los vagones de tren, y exhortarle a que se mantenga alejado de las experiencias sexuales? ¿O debe tratar de ganar su confianza para poder desalentarle ante cada pequeña tentación que pueda surgir? Dean se da cuenta

de que se enfrenta a un grave problema. La moralidad, concluye, no es más que una cuestión de aparentar que actúas como el resto de la sociedad piensa que deberías hacerlo. ¿Y cómo va a saber un padre estadounidense —que está en Venezuela y que ama a sus hijos— lo que piensa la sociedad de Massachusetts de un año a otro? Es una maldita arbitrariedad. Es como intentar jugar un juego cuando no conoces sus reglas.

En ese momento entra Schuler, se sienta al piano y empieza a tocar un vals de Strauss. Un alemán tocando un vals es algo natural y muy propio. La combinación alemán y piano es muy armoniosa y relajante —como la de un negro y una mula, o un escocés y una máquina de vapor—. Las arrugas de incertidumbre en la frente de Dean se alisan y recupera su actitud de confianza. Ha decidido desechar, por el momento, ese problema de la moralidad de la lejana zona templada y dejarlo madurar un tiempo. Es una delicia observar el alivio en su rostro. Parece un chico del colegio que ha estado intentando hacer trigonometría sin tener claro qué son los senos y los cosenos, y que, al final, decide abandonarlo.

—Eh, Schuler, ¿la has visto? —grita Dean desde el otro lado de la habitación.

Schuler se inclina cariñosamente sobre el teclado, con el pie sobre el pedal suave. Está tocando un bonito pasaje.

—Sí —dice—, la he visto.

—Bueno, ¿qué te pareció?

Schuler no contesta, porque está tocando una melodía encantadora. Pero consigue encogerse de hombros sin afectar a la música.
—Vamos… cuéntanos…
Schuler termina su música y se aparta del piano. Se da unas palmadas sobre el regazo.
—Supongo que lo hará bien —dice sonriendo—. Es guapa y tiene unos quince años. Y es casi tan blanca como Juana… ya sabes, la chica de Olaya.
—¿Cuánto piden por ella?
—Doscientos bolívares de entrada y diez a la semana, y le construirán una casa en terrenos de la compañía.
—Me parece justo —dice Dean—. ¡Y, hombre! Cuánto me alegraré cuando estés acomodado. Estoy harto de oírte quejar porque no tienes una chica.
Felicito a Schuler, y nos sentamos a cenar.
—¿Vas alguna vez a Estados Unidos? —le pregunto a Dean.
—Claro que sí. Cada dos o tres años. Pero solo en verano. En invierno hace demasiado frío.

VIII
EL MONTE

La hacienda de Bolsillo consiste en un área irregular de tierra azucarera que ronda los seis kilómetros de diámetro. Está rodeada por el monte o selva que ocupa el resto de la llanura entre el lago y la ladera de los Andes. Merece la pena describir esta selva tropical, no solo por sí misma, sino también porque se han contado tantas mentiras sobre ella por hombres que quieren hacerse pasar por aventureros, por el simple hecho de que en algún momento se han paseado por los bosques de algún lugar al sur de la Florida.

La primera mentira que se suele decir sobre la selva es en relación con su temperatura. Se describe como «humeante» —«la humeante selva tropical»—. Pues bien, allí no se produce vapor ni ninguna otra manifestación de calor. Al contrario, es tan fresca que, al penetrar en ella después de estar bajo el sol, es como entrar en una nevera. La humedad es, sin duda, muy alta, y una persona que se encuentre realizando un trabajo físico intenso estará empapada de sudor en pocos minutos. Pero la selva no es lugar para trabajar, como comprobaremos más adelante.

Otra de las exageraciones favoritas es decir que la selva está poblada de innumerables bestias salvajes, insectos que pican y serpientes venenosas. Por supuesto que estas criaturas existen; proba-

blemente existan más animales por milla cuadrada en el monte que en el altiplano africano, pero no hacen ruido. Nunca aparecen al aire libre. Por consiguiente, uno puede pasar semanas en el monte sin ver nada más grande que un mono, y muy pocos. Además, ninguno de los animales más grandes ataca a los seres humanos bajo ninguna circunstancia. Hay algunos jaguares y muchos otros tigres y gatos cerca de Bolsillo, manchados y lisos, de variados tamaños —algunos tan pequeños como un gato doméstico—, que, salvo para robar alguna gallina de vez en cuando, se ocupan religiosamente de sus propios asuntos y rara vez se les ve o se les oye.

El problema de las serpientes es similar. Hay muchas serpientes, como la anaconda y la boa —pariente de la serpiente de cascabel—, que llega a medir quince pies. También se consiguen otros tipos de serpientes, grandes y pequeñas, venenosas y benignas. Pero todas tienen una característica en común: nunca las ves. Se puede leer sobre ellas en los libros y escuchar las historias de los venezolanos, que tienen un gran talento para contar historias. Pero, a menos que uno insista en meterse en matorrales o andar por pantanos, se puede vivir en Venezuela durante años y nunca llegar a ver una serpiente. La mayoría de los geólogos de las compañías petroleras le dirán que la última serpiente que vieron fue en Oklahoma.

La situación de los insectos es diferente, pero no tanto como los traficantes de heroísmos selváti-

cos quieren hacer creer al público. Hay muchos insectos llamativos en el monte, pero casi todos son básicamente inofensivos. Existen arañas tan grandes como para matar pájaros, y escarabajos tan grandes como ratas, pero no molestan a nadie. Hay muy pocos mosquitos, excepto cerca de algunos pantanos —no en todos—. Algunos de ellos transmiten la malaria, pero el mosquito transmisor, pobrecito, es un mosquito enfermo, infectado por los seres humanos. Los pocos mosquitos que se consiguen en la parte alta del monte son todos perfectamente sanos e inofensivos.

Esta ausencia de insectos molestos se presenta no solo en el monte del norte de Venezuela, sino también —según los geólogos petroleros— en la mayoría de las selvas tropicales de Sudamérica. Los lugares malos para los insectos, dicen, son las llanuras abiertas y los matorrales. Estas zonas suelen estar infestadas de garrapatas, mosquitos, tábanos y otros insectos extraños y horribles, como el «gusano de las minas», que se adentra una pulgada bajo la piel y se abre paso a través del tejido por medio de anillos de pelos rígidos que apuntan hacia atrás. Pero muy pocos insectos tan detestables viven en la espesura del monte. Por supuesto, si te sientas en el suelo cerca de un hormiguero, las hormigas te expulsarán del lugar rápidamente. Pero ese es su privilegio.

Bien, una vez descartadas dos de las ideas erróneas predominantes sobre el monte, podremos describirlo con más detalle. Lo primero que se

nota al entrar —además del frescor— es la oscuridad del lugar. Es necesario ajustar la vista antes de que puedas lograr ver algo más que una imagen tenue y confusa marrón verdosa. Si el monte es realmente bueno y espeso, no penetra la luz solar hasta el suelo. Si miras hacia arriba, no ves ni chispas de cielo, solo un techo verde. Tan espeso es este techo que la lluvia puede caer torrencialmente durante media hora antes de que empiece a gotear. Incluso, la mayor parte del agua correría por los troncos de los árboles y las enredaderas, en lugar de gotear sobre uno.

Lo siguiente que notamos es que la superficie del suelo está completamente desnuda —no está cubierta de hojas muertas, agujas de pino, musgo y hierba como en los bosques del norte, sino tan desnuda como un campo arado—. Esto es el resultado de dos factores: nada crece a ras del suelo porque no penetra la luz; y, además, cuando las hojas muertas caen, son consumidas de inmediato por las hormigas, termitas y otras pequeñas criaturas que tienen un dominio indiscutible sobre la superficie. Incluso los grandes troncos de los árboles permanecen intactos por uno o dos años, a menos que sean de variedades que tienen una madera especial, resistente a las termitas; en cuyo caso, aguantan un poco más, hasta que las bacterias y los escarabajos los consuman.

Pero esto no implica que el suelo del monte sea claro «como un parque», como en un bosque virgen de pino blanco; en absoluto. El nivel más

bajo de vegetación comienza un poco más arriba. El suelo del monte está cubierto de varias plantas grandes y toscas, cuyas hojas miden, por lo general, unos cinco o seis pies de largo, sostenidas por tallos de tres pies. Estas crecen tan densamente que, a la altura de la vista, se hace imposible poder ver a más de diez pies del camino. Muchas de ellas tienen flores grandes y nocivas, de pétalos gruesos, a menudo rojas o moradas. Algunas son venenosas al tacto, como lo es una planta alta y espinosa, con hojas estrelladas, que forma ampollas blancas sobre la piel si se le llega a rozar. Toda esta masa de vegetación está sólidamente enmarañada con enredaderas filiformes, cada una de las cuales es una autopista con un intenso tráfico de hormigas.

De este nivel de vegetación, como si se tratase de un lago verde, surgen los troncos de los árboles. Pueden tener hasta seis pies de diámetro y parecen perfectamente cilíndricos, ya que sus bases más anchas están ocultas por las plantas más pequeñas del suelo. Estos troncos crecen hasta cien pies o más sin presentar ninguna rama. La corteza suele ser muy lisa y, a menudo, de un color gris claro. Un árbol común tiene espinas cónicas cortas que cubren la corteza, muy duras y afiladas. Parecen colmillos humanos y se pueden arrancar con unas tenazas. Cuando la raíz de la espina sale, deja un hueco que «sangra» un poco. El tronco de otro árbol, una esbelta palmera, está cubierto de espinas de cuatro pulgadas, tan afiladas como agujas.

Pero los árboles son solo la tranquila armazón que sostiene el techo de la selva. Sus hojas no pueden disfrutar en paz de la luz del sol, ya que cada árbol sostiene un asombroso número de enredaderas que reptan alrededor del tronco. Caen desde las ramas formando gruesas ramas propias. Existe una enredadera particularmente invasiva que crece por dentro de la corteza del árbol, progresando secreta y dolorosamente a través del tejido de su huésped y enviando a la superficie una gran cantidad de pequeñas hojas sediciosas.

Cuando una enredadera se ha establecido bien en la copa de un árbol, empieza a pensar en su posteridad y comienza a criar una familia, haciendo crecer largas y delgadas raíces que caen verticalmente. Estas crecen rápidamente hacia abajo, hasta dos pies por día. Los extremos inferiores son ligeramente gruesos, carnosos, llenos de jugo, rosados y bastante blandos. Parecen puntas de dedos sensibles, y la ilusión es tan perfecta que, si se toca una de ellas, toda la enredadera de cien pies parece estremecerse.

Algunas de estas enredaderas no son realmente enredaderas. Se convierten en árboles si tienen la oportunidad. Un tipo de ellas lo hace rodeando el tronco de su huésped, tejiendo una especie de cesta a su alrededor con hebras de dos pulgadas, y luego hace crecer sus propias ramas robustas por encima de la corona original. Otra envía una raíz que se divide a unos veinte pies del suelo, formando una especie de «tipi» viviente. Poco a

poco se va consolidando hasta convertirse en la base de un inmenso árbol.

En los árboles, en las enredaderas, dondequiera que encuentren el menor apoyo, crecen orquídeas y otras plantas parásitas aéreas. Muchas veces, solo una cuarta parte de la copa de un árbol está formada por su propio follaje. Algunos de los parásitos son palmeras de buen tamaño que brotan de las horcaduras de un árbol. Otras crecen hacia abajo. Algunas tienen una sola hoja grande y una sola flor. Algunas tienen bulbos para recoger el agua de lluvia y trampas para insectos de diversos tipos. Algunas tienen hojas angostas que se enrollan alrededor de un tronco como cinta adhesiva. Otras tienen manojos de flores extraordinarias, que caen en racimos, colgadas de tallos filiformes, a unos diez pies por debajo de la planta.

Nada se mueve en el monte. No hay viento a nivel del suelo. Incluso cuando una fuerte brisa azota las hojas de las cimas de los árboles, ni un soplo ni un sonido penetra a través del techo enmarañado. Excepto durante ciertas horas del día, no se ven ni se oyen los pájaros. Los monos y los perezosos se mantienen totalmente ocultos en las copas de los árboles, y los animales del suelo son invisibles a diez pies de distancia. El monte es el dominio de los vegetales. En silencio, libran sus lentas batallas, siembran cada centímetro de tierra con muchas semillas, envían esperanzados brotes hacia cada parcela de luz verde. El visitante humano se siente fuera de lugar en el monte.

Tal vez, si se mantiene inmóvil durante algunos minutos, sus pies echen raíces; una espora de orquídea puede brotar en el dorso de su mano, clavar sus pequeños dedos en su carne y hacer crecer una gran flor roja mientras observa.

No obstante, podemos encontrar una gran actividad en el monte si sabemos dónde buscarla. A través del estrecho sendero, a intervalos irregulares de unos cincuenta pies, se extienden finos hilos verdes que titilan y se estremecen ligeramente, como corrientes de agua que bajan por el cristal de una ventana. Estos hilos verdes están formados por fragmentos de hojas de media pulgada de diámetro, cada uno sostenido verticalmente sobre el hombro de una gran hormiga negra. Las hormigas se mueven en fila india, a intervalos regulares de media pulgada de separación, como los automóviles en un estacionamiento bien organizado. En la dirección opuesta, a intervalos ligeramente mayores —porque viajan más rápido—, transitan las hormigas que vienen vacías, en busca de una nueva carga. A ambos lados de esta doble línea se encuentran los guerreros de grandes mandíbulas que patrullan a intervalos regulares como policías de tráfico. Y por aquí y por allá hay grupos de trabajadores apartando palos y basura del camino donde transitan. Son las cuadrillas de mantenimiento de la carretera, que la mantienen en buenas condiciones.

A veces —aunque muy raramente—, el camino se encuentra atravesado por una ancha cinta ne-

gra. Pareciera como si alguien hubiera tomado un pincel con esmalte negro y lo hubiera dibujado de un lado a otro. Pero la cinta brilla y centellea con vida propia, y, si miras más de cerca, verás una fuerza expedicionaria de las famosas «hormigas conductoras», de las que se han contado tantas historias. Parece que hay innumerables especies de ellas, aunque todas son raras —al menos en Venezuela—. Los traficantes de heroísmos selváticos han optado por llamarlas peligrosas. Bueno, son peligrosas para los pichones de pájaros, los escarabajos enfermos y animales con dos patas quebradas. Pero también son criaturas poco románticas, como lo habrá descubierto cualquiera que se haya sentado en un hormiguero del Bronx Park. Hay una manera muy fácil de poder escapar de las hormigas conductoras: basta con dar un paso largo en ángulo recto con relación a la ruta que llevan. Entonces se estará totalmente a salvo, ya que son ciegas y se encuentran concentradas en sus propios asuntos. Sus patrullas tienen instrucciones de no alejarse más de un pie del cuerpo principal. Por supuesto, si no se puede correr más rápido que una hormiga, se estará en grave peligro. Pero, incluso, una exploradora del club femenino puede correr más rápido que eso.

Las hormigas son los insectos más llamativos del monte. Su tamaño puede variar desde las cortadoras de hojas y las conductoras que acabamos de describir, hasta parientes diminutos del tamaño de un grano de arena. Pero aún más

numerosas e invasivas son las termitas, también llamadas hormigas blancas. Son las criaturas más sigilosas y reservadas. Se puede observar durante horas un sector del monte infestado por ellas sin llegar a ver ni una; aunque se puede encontrar, en lugares poco visibles, unas cuantas crestas sinuosas hechas de lo que pareciera ser yeso marrón. Tienen alrededor de una pulgada de diámetro y se encuentran a lo largo de los troncos de los árboles, y encima de palos y piedras. Si rompemos una de ellas, encontraremos en el centro un agujero semicircular de un cuarto de pulgada de diámetro. Una cabeza blanca, sucia, ciega y fantasmal saldrá del agujero e inmediatamente desaparecerá. Al cabo de unos dos segundos, aparecerá otra y desaparecerá también. Esto continuará así durante un minuto. Entonces aparecerá una cabeza portando una bola redonda del yeso marrón. La noticia del desastre ha llegado al cuartel general y se están tomando las medidas para hacer frente a la emergencia. Las bolas de cemento llegan y se colocan con una abismal regularidad. No hay una sola interrupción, ni un paso en falso, ni una fracción de segundo de indecisión. El túnel crece ante nuestros ojos, y en media hora la rotura estará temporalmente techada. Cuando el sol se haya ocultado, las termitas, amantes de la oscuridad, saldrán y lo construirán con la resistencia habitual.

Las termitas son las sepultureras del monte. Viven de la madera, que es su único alimento, y la toman donde pueden encontrarla. Comen casas, durmientes de ferrocarril y postes de teléfono. Comerán vagones, bobinas de hilo y cuadros en la pared. Se sabe que han atacado una pata de palo mientras el propietario dormía la siesta, y los aviones con armazón de madera tienen que ser cuidadosamente protegidos de ellas. En el monte, se comen todo lo que cae de los árboles; se comen los propios árboles mientras aún están vivos. La mayoría de los más grandes no son más que caparazones huecos con paredes de unas cuantas pulgadas de grosor. Por dentro se encuentran millones de termitas masticando afanosamente y manteniendo su ritmo de crecimiento anual. Por suerte, no comen nada que todavía esté en crecimiento, como la capa de cambium de un árbol o sus hojas. Esta es la única razón por la que existe vegetación por debajo de la línea de congelación.

Las termitas digieren esta madera con la ayuda de bacterias que se encuentran en sus abdómenes blandos e hinchados, o la llevan al suelo, donde la mastican hasta convertirla en pulpa, y plantan en ella hongos que cuidan, cultivan y comen. Las obreras más jóvenes viven de los excrementos de las más viejas. Cuando una termita muere, su cuerpo es masticado y dado como alimento a las larvas. Algunas colonias de termitas tienen soldados con grandes mandíbu-

las; otras tienen soldados como jeringuillas, con hocicos huecos que lanzan sobre sus enemigos un líquido corrosivo pegajoso.
La reina de las termitas tiene cabeza y tórax de tamaño normal, pero su abdomen puede ser tan grande como un huevo de gallina. Es transparente, lleno de líquido y de tubos flotantes. Debajo yace el macho, inmóvil. La reina produce un huevo por segundo. Cuando envejece, las nodrizas le hacen un pequeño agujero en el abdomen para extraer el líquido nutritivo que contiene y dárselo a los hijos.
Hay muchos otros insectos en el monte, y algunos de ellos son bastante llamativos; por ejemplo, un escarabajo marrón brillante de cuatro pulgadas de largo, muy sólido y pesado. Este tiene una especie de hocico rígido, que se curva verticalmente un par de pulgadas por encima de su espalda. También existe una criatura llamada «machaca» que tiene la cabeza de una sustancia córnea translúcida, tan larga como su abdomen. Es hueca y tiene la forma y el color casi exactos a la cabeza de un caimán.
Algunas de las grandes plantas que crecen en el suelo del monte tienen en sus hojas rayas blancas de tejido muerto, y en el extremo de cada una de ellas se encuentra un pequeño caracol, muy parecido a los caracoles de mar que se observan en las rocas descubiertas por la marea. Pero hacen juego perfecto con las hojas. Son de color verde hierba brillante y bastante translúcidos, como si

se tratase de un jade exquisitamente tallado. Entre sus parientes que viven en el suelo del monte hay criaturas horribles con caparazones marrones y puntiagudos de unas cuatro pulgadas de largo. Cuando el cuerpo está completamente extendido, es una cinta aplanada de diez pulgadas de carne desnuda ondulante, reluciente de baba. Los ojos son pequeñas bolas redondas sobre unos tallos. Cuando te acercas a la criatura, los ojos se mueven para mirarte. Luego se encoge lentamente, dejando burbujas de baba, y el cuerpo comienza a penetrar en el interior del caparazón en medio de un líquido espeso. Finalmente entra todo, y una puerta córnea se cierra con un tirón. En la rendija aparecen algunas burbujas que crecen y se rompen a medida que el caracol se acurruca en su interior.

Alrededor de las cuatro de la tarde, de repente, como si sonara un silbato vespertino, los pájaros del monte vuelven a la vida. No ha habido ni rastro de ellos durante todo el día. Lo que han estado haciendo es un misterio —tal vez instruyendo a sus hijos, o recibiendo ellos mismos educación para adultos—. Sea lo que sea, lo hacen en silencio. Pero, a las cuatro, se produce un repentino estallido de graznidos, alaridos, trinos y chillidos desde las copas de los árboles. El aire se llena de loros verdes, guacamayos rojos y azules; pájaros de grandes crestas, como pavos voladores; pájaros negros de cola larga y pico rojo; pájaros oscuros que se arrastran como ratones y te miran con

grandes ojos negros; y diminutos pájaros muy vivaces que brillan como unas joyas en el aire.
Los loros y los guacamayos son los más interesantes —también los más numerosos y ruidosos—. Vuelan en grupos de dos, cuatro y seis. Nunca un número impar. Los venezolanos cuentan que esto se debe a que los loros siempre van en parejas, o en grupos de jóvenes casados. También creen que, si un loro muere, la viuda o el viudo nunca contraerá un nuevo matrimonio, sino que vivirá acongojado y solo durante el resto de su larga vida. Esta quizá es una historia agradable para los moralistas y los sentimentalistas, pero es dudosa. Los loros sí mueren. A muchos les disparan, y, aun así, nunca se ve uno solitario y triste. Los afligidos deben reunirse de alguna manera. Parece como si tuvieran el poder de la racionalización, y probablemente se las arreglan para hacerlo sin debilitar su fibra moral. Por supuesto, si los moralistas y los sentimentalistas quieren conservar este ejemplo de fidelidad conyugal de por vida, pueden declarar que el loro desconsolado también muere en el momento de quedar solo. Pero los venezolanos no son un pueblo particularmente lógico, y no han llevado el discurso hasta ese punto.
Existe la impresión, bastante generalizada en el Norte, de que los pájaros tropicales no cantan. Esto, como la mayoría de las informaciones erróneas, tiene algo de cierto. Las aves más numerosas en el monte son los loros y sus parientes, y duran-

te sus horas de recreo mantienen una algarabía tan atroz que ahoga todos los sonidos menores y más agradables. El pájaro cantor no tiene ninguna oportunidad, por lo que rara vez se le oye. Sin embargo, los pájaros cantores existen. Hay un tipo de ruiseñor blanco y negro que tiene un canto extraordinariamente complicado. Cuando uno de ellos se encuentra excitado, puede entonar toda una sinfonía sin llegar a repetirse. Pudiera ser un poco incomprendida, pero sin dejar de ser una sinfonía. Hay otro pájaro gris, pequeño y solemne, que se posa sobre una ramita y repite tres hermosas notas sin parar, hasta que alguien le arroje algo. También se consigue un pájaro que se esconde entre el follaje y ejecuta una serie de trinos y escalas, muy complicados y muy armónicos. Pero, si lo buscan y lo encuentran, descubrirán que se trata de una rana.

Bueno, si hablamos demasiado de los pájaros, de las abejas y de las flores, el lector puede suponer que somos ingenuos. Así que será mejor que busquemos a Schuler, el joven ayudante alemán de Dean, y le pidamos que nos lleve a ver a unos amigos suyos en el monte, como prometió hacerlo hace algunos días.

IX
LA VIDA SENCILLA

Alrededor de las tres de la tarde, Schuler y yo salimos a lomo de mulas a través de los cañaverales en dirección a las montañas; algo no muy divertido. No se ve más que caña y un sol ardiente como el infierno. El principal interés de los cañaverales lo proporcionan las lagartijas —que las hay por millares y de muchos tipos—. Las más pequeñas tienen el tamaño de un saltamontes y las siguientes miden unas cuatro pulgadas de largo, incluyendo una cola de dos pulgadas; son verdes, con mejillas rojas. Luego se encuentran algunas de aproximadamente ocho pulgadas, con un cuerpo de color ligeramente marrón y una cola azul metálico brillante, como el azul de las alas de una mariposa. Las siguientes más grandes son de un color verde azulado opaco y miden unos dos pies. Y la reina de la tribu es la muy señorial y digna iguana, que llega a medir cuatro pies de largo, es de color verde brillante y tiene una papada alrededor del cuello y unas crestas verdes erguidas sobre el lomo, como un monstruo prehistórico; tiene dientes peligrosos, huele bastante mal, está infestada de piojos y es buena para comer.

Todos estos lagartos son extraordinariamente activos. Los más pequeños se mueven tan rápido que no podemos verlos; los miras en un sitio y luego los ves en otro, pero nunca te das cuenta de

cuándo se mueven entre esos dos lugares. También tienen otro truco: van corriendo en una dirección y, de repente, rebotan —como si hubieran chocado contra una membrana de goma— y salen corriendo en otra dirección. Esto lo hacen saltando en el aire y doblando la cola en un ángulo agudo. La cola les pesa casi tanto como el cuerpo, por lo que, obedeciendo a varias leyes de la física, la lagartija —después de su salto— aterriza todavía corriendo, pero en otra dirección. Un perro que la persiga podría señalar un lugar a un pie por delante de donde ya ha girado la lagartija.

Alrededor de la mitad de las lagartijas corren detrás de los insectos o simplemente se mueven por puro placer, pero la otra mitad se persiguen entre sí. El motivo es por amor o por alimentación. Es por amor si el perseguidor es del mismo tamaño que el perseguido. Es por alimentación si el perseguidor es mucho más grande que el perseguido. Al final de la persecución amorosa, la lagartija macho le da un mordisco a la hembra. Entonces ella se da la vuelta y lo persigue. Al final de la persecución por alimentación, el lagarto más pequeño se retira… pero con la cabeza metida en la garganta del más grande. Su larga cola ondeará en el aire durante unos minutos, hasta que los jugos gástricos hagan su trabajo y calmen su lucha.

Eventualmente, los cañaverales se convierten en pastizales y se puede observar más adelante la pared acantilada del monte. Durante media hora seguimos el estrecho sendero serpenteante a través

de la verde penumbra. El terreno va elevándose gradualmente y podemos oír el sordo rugido del río San Pedro a nuestra derecha. La vegetación cambia ligeramente: se observan más palmeras espinosas y menos plantas venenosas.

Schuler llega a un lugar donde un árbol caído recientemente ocasiona un bloqueo en el sendero. Mira a su alrededor con cautela y empuja a su mula hacia una sección ligeramente más delgada del muro de vegetación. La mula se resiste por un momento, considerando lo que se le ordena. Luego obedece, se adelanta y desaparece entre la maleza. Mi propia mula la sigue y me encuentro en un sendero liso y bien despejado, mucho mejor que el sendero público de afuera. Se pueden ver algunas chispas de luz adelante —algo inusual en el monte— y se hacen más numerosas a medida que avanzamos. Después de un cuarto de milla, los troncos de los árboles destacan: negros con un cielo claro de fondo, en lugar de mostrarse de color gris claro contra el fondo oscuro del monte. Por fin salimos, con los ojos parpadeantes, a la luz del sol de un espacio desmontado. Es un claro muy pequeño, no más de dos acres, pero allí vive una familia numerosa y feliz. Es para observar el sistema social de estos claros de la selva por lo que hemos venido hasta aquí. Incluso podremos observar la economía del lugar —aunque «economía» sería una palabra desagradable—.

Este claro es el hogar de un pionero venezolano. Es pequeño porque ya es lo suficientemente gran-

de como para poder suministrar mucho que comer. Si fuese más grande, el pionero se vería inundado por parientes que solo estarían pendientes de su inconsumible excedente de comida. Está hábilmente escondido en el monte porque el pionero es un ocupante ilegal. Probablemente no sabe quién es el dueño de la tierra —si es que existe alguno—. Y no quiere arriesgarse a tener que pagar impuestos o alquileres. No existe el murmullo de las industrias, como se suponía que existía en los hogares de nuestros toscos antepasados en las zonas desérticas, ya que el cultivo de alimentos tropicales para el consumo personal no implica ningún murmullo de industria alguna.

La casa, al borde del claro, difiere de la mayoría de las casas rurales del estado Zulia solamente en un aspecto: no tiene paredes, solo un techo de paja sostenido por fuertes postes. La única función que cumplen las paredes en el trópico es la de dar intimidad, y eso allí no es necesario. Existe un pequeño armario, encerrado en paredes de caña brava, que probablemente contenga las posesiones más preciadas del pionero. Alrededor de la casa principal se encuentran repartidas otras edificaciones. Una cocina que contiene una mesa baja conformada por postes clavados en el suelo y cubierta de tierra, sobre la que arde un fuego. También hay un granero casi idéntico a uno estadounidense, excepto por el techo de palma; ambos modelos descienden de uno precolombino. No hay retrete, porque «cualquier lugar» sirve para eso.

Hay una pocilga y un gallinero. Los cerdos, sin embargo, no se ven; pero las gallinas están por todas partes, excepto en el gallinero. Delante de la puerta —si es que se puede decir que una edificación sin paredes tiene puerta—, hay dos grandes plantas tupidas: una cubierta de pimientos rojos y la otra de pimientos amarillos. Una enredadera con flores púrpuras decora el granero, y entre la casa y la pocilga hay un pequeño árbol del que cuelgan objetos redondos como grandes sandías; son huecos y de cáscara dura, y se usan como platos, cuencos y tazas. Si se les enrolla un cordel cuando son pequeñas, se convierten en excelentes jarras cuando crecen.

El pionero, en persona, está de pie entre las plantas de pimientos con una sonrisa de bienvenida en su rostro color café. Lleva pantalones caqui y una camisa azul abierta por delante; no lleva sombrero, zapatos, guantes, polainas ni gardenias en el ojal, pero su saludo es tan pulido y elaborado como si portara todo ese equipo. Hace una reverencia, nos ayuda a desmontar y ata nuestras mulas a un poste. Le dice a Schuler lo contento que está de verlo y lo agradable que es que haya traído a un amigo. Da a entender que cualquier persona presentada por Schuler seguro que es agradable.

Este pionero se llama José, y Schuler me ha contado algo sobre él. Hace diez años trabajaba en la hacienda cortando caña, pero no tenía suficiente sangre negra para ser feliz en un estado de irresponsabilidad social y de semiservidumbre. Así

que se ganó su libertad valiéndose del amistoso sistema de peonaje que prevalecía en Bolsillo y, después de mucho explorar, encontró el lugar apropiado para su establecimiento independiente. Los puntos decisivos fueron los siguientes: se encontraba al otro lado de la frontera del estado Mérida —en una estrecha y casi deshabitada franja que descendía hasta el lago—; esto significaba que el funcionario gubernamental activo más cercano era el Jefe Civil de Torondoy —poblado situado en las montañas, a ocho horas de distancia por un espantoso camino de mulas—. Otro punto a favor de esta extensión era que estaba reclamada por varias personas que vivían en Caracas y en Maracaibo, pero ninguna de ellas jamás se había acercado a ella. El suelo era «fuerte», y la elevación de mil pies sobre el nivel del mar era suficiente como para que José pudiera cultivar un poco de café de baja calidad. Y el camino que conducía hasta allí no era particularmente transitado. Todas estas cosas se combinaron para hacer que el lugar fuera ideal como refugio para un hombre que no se sentía entusiasmado por las delicias del trabajo duro.

Cuando José comenzó su épica lucha con la selva virgen, no poseía absolutamente nada más que un hacha, un machete y la amistad de una dama casada en las afueras de la hacienda. Cuando se le acababan las provisiones y se cansaba de los aguacates silvestres y otros frutos del monte, entraba y pasaba parte de la tarde con la señora mientras

su marido estaba trabajando, y ella le proporcionaba todos los plátanos, yuca y maíz que pudiera llevar. No era guapa ni joven, dijo José, pero era generosa. Este método es muy antiguo; fue utilizado por Mahoma y por Sir Walter Raleigh. Es una excelente manera para que un joven se inicie en el mundo.

El método de deforestar en el monte también es muy antiguo. Los árboles se dividen en dos grupos: los duros y los blandos. Los blandos se talan, pero a los duros simplemente se les tallan anillos en la corteza. Las esbeltas palmeras espinosas se dejan estrictamente solas. No se puede anillar una palmera porque la capa de crecimiento está en el centro, y la madera exterior de esta palmera en particular es tan dura que un hacha casi no hace mella en ella.

En el monte nunca se producen incendios forestales destructivos, como ocurre en los bosques de las zonas templadas. El follaje es tan denso que el sol no penetra para secar la maleza. Pero después de que los árboles de un sector del monte han sido talados o cercenados, el sol penetra y seca la maleza cortada y las ramas más pequeñas hasta convertirlas en yesca muy rápidamente. Mucha de esta maleza se amontona alrededor de los árboles anillados, y especialmente alrededor de las palmeras espinosas. Después, tras varios días de clima seco y despejado, se enciende una cerilla y todo se convierte en humo. Los árboles anillados y las problemáticas palmeras se queman desde la

raíz. Solo los troncos más grandes sobreviven al fuego, y de ellos se encargarán en breve las termitas; no durarán ni un año.

Así que no fue tan difícil para José adquirir un acre de tierra despejada. Y un acre proporcionará suficiente comida para un hombre, así de asombrosamente rápido crece todo. Hay cuatro cultivos básicos: plátanos, yuca, maíz y frijoles. No solo son muy productivos, sino que su cultivo apenas requiere trabajo. El método de José para cultivar estas cosechas de una manera feliz y automática es, sencillamente, digno de ver.

Las dos acres en que se ha ampliado el terreno deforestado a lo largo de diez años no se distribuyen en campos o parcelas, sino que están cubiertas de extremo a extremo por una extraordinaria maraña de vegetación que crece hasta quince pies de altura y es aún más densa —si es posible— que la maleza del monte. Un granjero estadounidense no llamaría a este lugar una granja en absoluto; lo llamaría un desorden, una desgracia o algún término similar de verdadera falta de respeto. Pero esta maraña produce alimentos de una variedad considerable para una familia numerosa, y casi la única labor que implica es la recolección de la cosecha.

Así es como se hace: el período crítico es justo después de haber quemado la maleza —el suelo queda cubierto de troncos carbonizados y cenizas—. La mayoría de las plantas del suelo del monte han muerto, y las que quedan solo están adaptadas a las condiciones de vida de sombra

profunda y humedad, no al sol ardiente de la intemperie. En cuanto las cenizas se enfriaron, José se puso manos a la obra con una azada casera y plantó un gran número de vástagos de plátanos —que, probablemente, su amante casada le dio de la parcela de su marido—. Son unas cositas verdes que crecen en una especie de anillo, a un palmo del tallo de la planta madre. Al principio parecen muy débiles, pero poseen una vitalidad asombrosa y crecen tan deprisa y extienden sus hojas de seis pies tan densamente que matan a toda competencia. Durante uno o dos meses, José tuvo que ir de vez en cuando con su machete y cortar las enredaderas más insistentes. Pero, después, la plantación de plátanos quedó establecida para siempre. No le pasa nada y nunca hay que replantarla, porque, cuando la planta madre da su fruto y se corta, uno de los pequeños vástagos crece y ocupa su lugar.

Pero José no permitió que esto sucediera exactamente. Antes de que los plátanos ocuparan todo el espacio, plantó numerosos esquejes de raíces de yuca y muchas hiladas de maíz. En cada hilada de maíz, y también cerca de cada planta de yuca y tallo de plátano, plantó uno o dos frijoles negros, de modo que todos crecieron juntos. En el espacio abierto donde iba a estar la casa, puso las rosetas de hojas puntiagudas de las copas de las piñas, y entre los plátanos plantó arbustos de café y árboles de cacao. También plantó naranjas, limas, guanábanas, guayabas, toronjas y otras de-

licias. Luego construyó una casa adecuada, colgó una cómoda hamaca casera entre dos postes y, desde ella, vio cómo su independencia se desarrollaba ante sus ojos.

La cantidad y variedad de alimentos que puede producir una plantación de este tipo es casi inimaginable. Pensemos solo en los plátanos; en los trópicos, no son solo las cosas estandarizadas y poco interesantes que compramos en las cadenas de tiendas, sino que existe una variedad infinita. Los hay verdes, rojos, amarillos y negros. Algunos se comen verdes, otros maduros y otros podridos. Los hay pequeños, llamados «dedos»; otros gordos y ácidos, llamados «manzanos». Hay «plátanos»: estos son grandes y miden un pie de largo. Algunos de ellos, cuando se asan, se convierten en una suerte de pan ligeramente dulce, con una corteza crujiente, como un panecillo de Viena. Otros, al freírlos, se convierten en un pudín dulce, pegajoso y rojizo.

El plátano no es propiamente un árbol, sino una planta. Su tronco está formado por tallos de hojas apretadas y crece hasta tener más de un pie de diámetro. Unos seis meses después de ser plantado, lanza un tallo sinuoso con una sola flor en la punta. Tiene pétalos de cuatro pulgadas de largo, que se abren uno a uno, se vuelven hacia atrás y caen. Son de color carmesí brillante por dentro y púrpura intenso por fuera. Parece como si pudieran morder. En la base del tallo de la flor se desarrollan los plátanos. Después de un año en

total, están listos para ser cortados y, con ellos, la planta. Cada planta ocupa un cuadro de seis pies y produce suficiente comida para mantener alimentada a una familia durante una semana.

La yuca es una verdura muy práctica. Es una planta robusta que crece unos diez pies de altura, con hojas dentadas en forma de estrella. Al cabo de tres meses, más o menos, el propietario hurga alrededor de la raíz con un palo; luego cava un poco y saca un tubérculo enorme y macizo, parecido a un boniato. Después deja la planta en paz, y con el tiempo producirá otro tubérculo aún más grande. La pulpa de la raíz de yuca es blanca, con vetas moradas; tiene un sabor característico, pero agradable.

El maíz y los frijoles crecen muy bien. El maíz parece bastante ralo a los ojos de un estadounidense, pero, al cabo de tres meses —y sin mucho cuidado—, produce una mazorca de buen tamaño. Y los frijoles crecen por todas partes, enredándose a todo, formando una masa densa que solo desean ser recogidos cuando hayan madurado. Las piñas se convierten en un seto con puntas de bayoneta. Las limas y otros frutos tardan un poco más, pero dan frutos profusamente en pocos años.

Tal es el origen de los alimentos básicos de José. Se cocinan de varias maneras ingeniosas sobre un fuego abierto, y se sazonan con los pimientos que se encuentran junto a la puerta del patio. Los lujos los proporcionan los cerdos y las gallinas, que obtienen la mayor parte de su sustento del monte

cercano. El monte se lleva la mayor parte de los cerdos y pollos cuando aún son jóvenes, pero sobreviven los suficientes para llegar a la mesa.

Si hay un excedente de productos, José puede llevarlos a la hacienda y venderlos o intercambiarlos. Pero la mayor parte de su ingreso proviene del café. Algunos de los arbustos crecen entre los plátanos, pero el resto crece justo en el monte sin deforestar. El café, como dicen los venezolanos, es «un vegetal muy fresco». Sus hojas son de color verde oscuro y está adaptado para crecer en sombra parcial. Por eso, cuando se despeja un terreno para cultivar café, basta con talar la maleza, cortar las enredaderas, anillar algunos árboles y sembrar las plantas. Hay que cuidarlas un poco mientras son pequeñas, pero, una vez establecidas, nada las detiene. El mejor café crece a mayor altitud, pero el de José es bastante bueno —mucho mejor que el insípido café brasileño que no crece a la sombra y que se vende en Estados Unidos—.

Pero José no ve con muy buenos ojos el factor «café» en su vida. Hay que recogerlo. Las bayas —que se parecen exactamente a los arándanos— no maduran todas a la vez, sino unas pocas cada vez en cada rama. Así que el fastidio es continuo. Luego hay que secarlas, descascarillarlas, limpiarlas y llevarlas a Bobures para venderlas. Es mucha molestia. Pero José mira hacia el futuro con mucha seguridad. Pronto sus hijos serán lo bastante mayores para recoger y limpiar el café. Entonces se acabarán sus problemas.

Sin embargo, en este país de cortesía, no es apropiado mirar por demasiado tiempo alrededor del establecimiento de José, mientras el dueño nos da la bienvenida de forma tan amistosa. Desmontamos y nos invitan a pasar al interior de la casa, donde nos ofrecen un banco pulido, pero sin respaldo, para sentarnos. José se da cuenta de que somos extranjeros y no sabemos de hamacas. La hospitalidad en Venezuela es algo muy activo y de mucho movimiento. No solo se trata de un gesto con la mano para coger una silla. El anfitrión parece andar en círculos, ansioso por servir; te acomoda el asiento de forma correcta, te ofrece cigarrillos o puros, enciende la cocina para preparar café u otra bebida e, incluso, si se trata de una persona muy sencilla como José, que acaba de escapar de la semiesclavitud, te hace sentir honrado como un embajador en una corte real.

En las familias venezolanas de clase alta, las mujeres suelen permanecer en un segundo plano. Existe el sentimiento de que una esposa o una hija son una propiedad que se deteriora si se expone a la vista. Pero, en establecimientos como el de José, no hay un segundo plano a donde irse. La mujer de José, Celestina, finge estar ocupada en la cocina al aire libre, pero en realidad está esperando a que la llamen. Aferrados a ella hay cuatro niños desnudos, mirando o sonriendo ampliamente, con la boca alternativamente redonda o arqueada.

Cuando José la llama, ella levanta la vista como sorprendida, pero entra en la casa enseguida, trayendo tres vasos con lo que parece ser leche. Es una guanabanada, una bebida dulce hecha con una fruta verde del tamaño de una sandía pequeña, rellena de pulpa blanca y suave que sabe a fresas. José la presenta como su señora, pero, por supuesto, no es legalmente su esposa. Muy pocas personas como José y Celestina están casadas. La ceremonia cuesta demasiado —mucho más de lo que José haya tenido o pueda llegar a tener—. Si un cura empieza a bajar los precios —en interés de la religión, o de la moralidad, o algo así—, los otros curas lo tratarían como los comerciantes estadounidenses les gustaría tratar a las cadenas de tiendas: o sea, lo sacarían del negocio.

Para sustituir a la ceremonia oficial de la Iglesia, han surgido diversas prácticas informales que varían de un lugar a otro y a veces no existen en absoluto. Por lo general, giran en torno a algún tipo de fiesta organizada conjuntamente por el hombre y por la chica. Esta es una de las principales razones por las que la Iglesia no representa un estorbo para los venezolanos. Cuando una iglesia no está apoyada por el gobierno, su principal fuente de poder proviene de las discrepancias por las costumbres sexuales. Y el clero venezolano no ha podido sacarle mucho provecho económico en este aspecto.

Sin religión que confunda las cosas, las mujeres recuperan su valor económico. En las sociedades

altamente desarrolladas, las mujeres son, por supuesto, una carga. Hay que mantenerlas, trabajan poco y, a menudo, tienen un control legal sobre las propiedades de sus maridos. Así que, en la mayoría de los países, se espera que posean una dote. En Estados Unidos, son una carga mucho mayor que en cualquier otro lugar, pero hasta ahora su valor se ha mantenido gracias a una especie de conspiración comercial. Todavía no se esperan las dotes. El resultado es una caída de los negocios. La tasa de solteronas es extremadamente alta.

En la Venezuela rural, sin embargo, una muchacha es un activo. Es agradable tenerla cerca y su mantenimiento es reducido. De hecho, no cuesta nada mantenerla porque hace la mayor parte del trabajo de la casa. Por lo tanto —una chica reconocida como un activo—, tiene un valor en metálico proporcional a su atractivo personal, a su reputación y a la demanda existente. Se le paga a una madre orgullosa una suma considerable por una hija atractiva, y con este dinero la madre se asegura su propia vejez.

Así las cosas, puede parecer sorprendente que José, que nunca ha poseído mucho dinero, tenga una esposa tan atractiva. Celestina ya no es joven según los estándares venezolanos: tiene veintiocho años. Pero sigue siendo atractiva, con una tez fina y morena, pelo negro brillante y dientes relucientes. Debió de haber sido toda una belleza a los dieciséis años, y su precio debió de haber sido de, al menos, cuatrocientos bolívares.

Pero José se salvó del trabajo fuerte —que rige la ley de oferta y demanda— por una circunstancia afortunada. Los venezolanos valoran mucho la virginidad, como se explicará en un capítulo posterior, y Celestina era, si se quiere, de segunda mano, pues había vivido con un próspero comerciante en Gibraltar. Se cuidó bien de no tener hijos y así, cuando su comprador invirtió en otra virgen, ella quedó libre de ir a donde quisiera. Y, como seguía siendo muy atractiva, no tuvo ninguna dificultad en conquistar a José, con su huerto de plátanos en el monte, su agradable aspecto y su buena disposición. Envejecerán juntos. Sus hijos alcanzarán la mayoría de edad. Tal vez se forme una pequeña aldea alrededor de la parcela. En ese caso, José colocará un cartel de «Detal de Licores» en su casa y hará un pequeño comercio de ron, hilo de algodón, cigarrillos y sardinas para ocasiones festivas.

Antes de salir a hacer esta visita, pedí a Schuler que viera si podía, sin ofender, conseguir que José explicara cómo emplea su tiempo. Entre los estadounidenses está muy extendida la convicción de que la gente que no trabaja duro tiene que estar necesariamente aburrida. Mi opinión personal, basada en abundante observación de vagos felices, es que esto no es más que un mero artículo de fe inculcado a los jóvenes por aquellos interesados en explotar su trabajo cuando crezcan. El trabajo no solo es un hábito artificial, no natural a la raza humana, sino que es un hábito muy fácil

de conquistar. De hecho, casi todos los que tienen un futuro seguro consiguen curarse del hábito de trabajar; aunque muchos en Estados Unidos, por timidez social, siguen fingiendo que hacen alguna que otra cosa.

Lo que quiero averiguar específicamente sobre la vida cotidiana de José es si su ocio no se le hace pesado. ¿Acaso vive con un horario artificioso, como las solteronas que se dedican a tiempo completo a darle de comer a un gato y a regar media docena de plantas? ¿Tiene algún pasatiempo, como los ancianos caballeros que coleccionan escupideras de latón utilizadas por el general Grant? ¿Sueña con deforestar millas de monte y competir en superficie con la hacienda? ¿Tiene intereses intelectuales o culturales y, en caso afirmativo, cuáles son?

Estas preguntas no serían difíciles de responder en el caso de un trabajador o pequeño agricultor estadounidense. El trabajador, si está empleado, pasa el día haciendo lo que se le ordena y llega a casa por la noche bastante cansado. Cena y, si le apetece, va al cine y disfruta de forma pasiva e indirecta de algunos de los placeres y satisfacciones que los que explotan su trabajo se han ingeniado para negarle en la vida verdadera. El agricultor, cuando se le pregunta cómo emplea su tiempo, es probable que eche al encuestador de su propiedad. Está demasiado ocupado tratando de alimentar a un zoológico financiero de acreedores, banqueros, recaudadores de impuestos y cobra-

dores a plazos. Si tiene un carácter inusualmente serio, puede pertenecer a una iglesia y unirse a la gran causa de hacer que la gente se comporte; aunque el granjero a veces también va al cine.

Pero cuando tratamos de averiguar cómo emplea José su tiempo, tenemos una tarea más difícil. No hace casi ningún trabajo, lo que deja en su día un gran vacío. Algo aterrador para el estadounidense que ha sido educado bajo las máximas de ser una abeja ocupada. José no llena su tiempo libre con preocupaciones, como lo harían los desempleados de nuestro país. No lo llena dejando que le manipulen la mente y las emociones algunos especialistas, como hacen los estadounidenses en los partidos de béisbol y en el cine.

—José —pregunta Schuler—, ¿a qué hora te levantas por la mañana?

—Temprano —dice José, encogiéndose de hombros—, aunque a veces muy tarde. Cuando sale el sol es imposible dormir, pero, a veces, estoy muy cansado.

—¿Qué haces después de levantarte?

—Primero me lavo y luego me tomo un café con una arepa. ¿Quieres café, amigo?

—No —dice Schuler—, ya pronto tenemos que regresar a la hacienda. Pero ¿qué haces después del café?

José no contesta. Parece desconcertado, como si la pregunta fuera ajena a su experiencia. Un obrero de una fábrica estadounidense probablemente reaccionaría de la misma manera si le pre-

guntaran: «¿Qué haces después de enero?». José no puede responder rápidamente porque la parte programada de su jornada no se extiende más allá del desayuno. Desde que salió de la hacienda no se le ha ocurrido que uno deba hacer lo mismo a la misma hora todos los días.

—Esta mañana —dice, después de pensarlo— fui al campo e inmediatamente corté muchos plátanos y una piña. Pero ayer hice un trabajo diferente: estuve observando cuidadosamente a mi gallo para ver si había perdido su fuerza.

—¿Trabajas todas las mañanas? —pregunta Schuler.

José se encoge de hombros.

—A menudo no es necesario trabajar. Entonces visito a mis amigos, o cazo en el monte, o me divierto con mis hijos y mi señora.

—Pregúntale —le digo a Schuler en inglés— si tiene alguna ambición en la vida. Si lo hago yo, probablemente hiera sus sentimientos.

—El inglés es un idioma muy extraño —dice José.

—No hay ninguna palabra para «ambición» —dice Schuler.

—Entonces pregúntale si hay algo que quiere pero no tiene.

—José —dice Schuler—, mi amigo viene de un país donde todo el mundo quiere muchas cosas que no puede tener, y le gustaría saber si tú también quieres cosas que no puedes tener.

—¡Hombre! —exclama José, sonriéndome alegremente—. Hay muchas, muchas, muchas cosas

que quiero. Me gustaría tener dos gallos de pelea; me gustaría tener una mula. Quisiera una pistola que se cargue por detrás. Y quiero mucho dinero.
—Entonces —dice Schuler—, deberías plantar más café.
José encoge sus expresivos hombros y sonríe con encanto.
—Es fácil sembrar café —dice—, pero, señor, cuando los árboles crecen, son un gran dolor de cabeza.
—Podrías tener una mula para ir al pueblo y conseguir esa pistola.
—Pero las mulas necesitan mucha comida, y las municiones para un arma así son muy caras.
Me desconcierta la admiración por semejante resistencia a las tácticas de venta, y me gustaría seguir deleitándome con ella. Pero Schuler dice que tenemos que irnos a casa, porque pronto se pondrá el sol y en el monte se oscurece muy deprisa. Nos despedimos de José, que se apresura a traernos dos piñas maduras de su huerto, y de Celestina, quien nos regala una guanábana. También nos despedimos de los cuatro niños desnudos, cada uno de los cuales, sonriente, con sus ojos grandes y sin decir palabra alguna, nos ofrece una naranja.
Cuando llegamos al camino principal y podemos ir de frente, miro a Schuler y le pregunto:
—Schuler, ¿cuál es la razón?
Se da golpecitos en la cabeza con el dedo.
—Está aquí adentro —dice—. Muchas veces he pensado que me gustaría irme al monte como

José, con una chica guapa como Celestina, un montón de niños, mucho que comer y nada de lo que preocuparme. Pero no podría hacerlo. Y tú, estadounidense, tampoco podrías hacerlo. José vive más agradable y cómodamente que yo en la hacienda. Se lo pasa mejor y no tiene de qué preocuparse. Tiene una linda esposa y lindos hijos, y puede mandar al mundo entero al diablo. Pero yo sería infeliz.

—Sí —digo yo—, y yo también lo sería. Pero ¿por qué? No soy un adorador de artefactos como la mayoría de los estadounidenses. Y odio trabajar.

Schuler levanta el dedo en un gesto muy alemán.

—Espera, amigo mío —dice—. Te lo demostraré.

Empuja a su mula hasta el contrafuerte de un árbol junto al sendero y arranca un trozo de la corteza, de unas tres pulgadas de largo, cargado de termitas. Lo sostiene sobre la palma de su otra mano y lo sacude ligeramente. Forcejeando débilmente, sale un insecto gris blanquecino de media pulgada de largo. Su cabeza se mantiene baja y su suave abdomen se arrastra. Parece muy débil y desnudo, pero también malévolo y desagradable. No intenta escapar, sino que se posa en la palma de la mano de Schuler, agitando sus cortas antenas con desconcierto.

—Es una niña —dice Schuler—, pero es civilizada como tú y como yo. Si no la devuelvo al nido, morirá. Ella no puede comer la madera que recoge, igual que yo no puedo vivir del azúcar que produzco. Es virgen: solo hace lo que se le ordena.

Hay millones en el nido como ella —quizás miles de millones—. Todas son hijas de los mismos padres. Su padre no hace más que mantener fértil a la reina. No puede quitarse de debajo de ella. La reina pone huevos toda su vida. Tampoco puede moverse. Las demás no hacen más que trabajar. Cuando envejecen, las matan y se las comen.
—Me pregunto qué diversión saca ella de la vida.
—Creo —dice Schuler, pinchando la termita con el dedo— que tiene la satisfacción de hacer bien su trabajo.
—Es una forma de mantenerlas quietas —concuerdo—.
—Y también —dice Schuler—, es una patriota.
—Claro; o tal vez se dedica a los intereses de las clases trabajadoras. Ellos tampoco dejan que el rey y la reina se diviertan. Pero, sabes, Schuler, tú y yo no somos como ese bicho. No moriríamos fuera del nido. Podríamos ganarnos la vida en el monte como José. Lo que nos haría infelices sería la falta de espectáculos, de libros, de música y de cosas así. Lo que llaman «intereses culturales». Ese tipo de cosas con las que los trabajadores sociales intentan animar a los pobres para que no actúen con naturalidad.
Schuler sonríe.
—Eso es cierto —dice—. Pero las termitas también tienen intereses culturales. No lo he visto personalmente, pero se lo oí decir a un viejo alemán de Maracaibo que tiene termitas en un nido de cristal en su patio trasero. En cada nido —

dice— viven pequeños grillos, que se mueven entre las obreras, agitando sus antenas y acariciándolas en la cara y en la punta del abdomen. Él cree que esto es música, o literatura, o poesía. Y dice que las habitaciones donde crían los hongos están dispuestas en un determinado patrón. Esto, él piensa, es arquitectura y orgullo cívico.

—Y una vez al año, en junio, hay un gran festival religioso. No todos los trabajadores lo llegan a ver, porque estos individuos viven solo dos semanas, y un año representa veintiséis vidas para ellos. De manera que mi amigo considera que debería compararse con una gran guerra, o con una revolución, o con el nacimiento de una religión, o con algún otro gran acontecimiento. Las termitas se preparan con antelación. Utilizan reservas de alimentos especiales y llevan a la madurez un gran número de machos y hembras perfectos, todos con alas, y son amarillos en lugar de blancos. Tienen ojos, largas antenas y fuertes patas.

—Durante unos días, después de madurar, se mueven por el nido, y las obreras dejan su trabajo para admirarlas y servirlas. Mi amigo dice que casi te hace llorar ver la devoción de esas viejas termitas hacia esos hermosos jóvenes. Tienen alas y ojos, y llegarán a conocer el amor y la libertad. Tienen todas las cosas a las que las obreras han renunciado por el bien del nido. Incluso los pequeños grillos dejan a las obreras para acariciar a los hermosos recién nacidos.

—A cada momento aumenta la excitación en el nido. La temperatura en el interior sube unos gra-

dos y se esparce comida para todos. Y, a medida que se acerca el gran momento, los ancianos comienzan una especie de danza y los jóvenes suben a lo alto del nido y pasan a través de las puertas que los ancianos han cortado para ellos. Yo lo he visto. Se elevan del suelo como un humo amarillo, con las alas centelleantes. De todos los nidos del monte salen al mismo tiempo y el aire se llena de ellos.

—En cuanto un joven se encuentra con una joven de otro nido, se aparea con ella en el aire y caen juntos al suelo. El suelo se cubre de ellos. Sus alas se arrugan y se rompen, pero sus cuerpos se mantienen unidos, y nunca más se volverán a separar en su vida. La mayoría serán comidos por hormigas, pájaros o ratones.

—Pero una pareja entre mil millones es adoptada por una nación de extrañas termitas, cerca de la cual cayeron por casualidad. Aún unidos, son arrastrados dentro de la tierra y llevados a una gran sala especial. Se les coloca sobre una especie de plataforma de tierra en el centro. El chico es colocado de espaldas debajo de la chica, y le muerden las piernas para que no pueda moverse. A la niña también le arrancan las piernas. Entonces las obreras la llenan de comida y su abdomen se vuelve blanco, translúcido y tan grande que su pareja desaparece debajo de él. Y las obreras la ordeñan en busca de huevos, uno cada dos segundos, durante el resto de su vida.

—Y eso —dice Schuler— es lo que cuentan los pequeños juglares y es sobre lo que trata su mú-

sica. Cuentan acerca de la Natividad de la Reina, hace veinte vidas, y cómo vino del aire para traer nueva vida a una vieja nación. Y de cómo llegó en un momento de agitación y ruptura, cuando la disciplina popular había desaparecido y el mundo parecía haberse vuelto loco. Y, después de que ella vino, fue llevada a su habitación y sus piernas mordidas, hubo un gran renacimiento del viejo y sobrio espíritu trabajador. Y no se oyó hablar más de esas palabras peligrosas, «amor» y «libertad», que habían sido tan populares durante el período de la anarquía.

Schuler mira a la termita y emite un silbido que sale por entre sus dientes. Pero ella es sorda y no oye esa música.

—Devuélvela al nido —le digo—. Se siente sola. Devuélvela, porque yo volveré a Estados Unidos, mi nido.

—No —dice Schuler—. La dejaré en el suelo, porque no volveré a Bremerhaven. Ella es suave y está bien alimentada. Será una buena comida para algún hambriento libre, al igual que mi propia energía les dará beneficios a los dueños de la hacienda.

Gira la mano y la termita cae al suelo.

—Kaput —dice, y seguimos cabalgando.

Después de un rato le pregunto:

—Schuler, ¿cómo es el gobierno por aquí?

—Ja —dice—. No lo vas a encontrar. O él no te va a encontrar a ti si vives en el monte como José. Él no paga impuestos, excepto por sus cigarrillos y su pólvora. No hay impuestos sobre

la tierra ni sobre la vivienda. Pero, si los hubiera, los pagarían los terratenientes de Caracas. Los derechos de aduana, las regalías del petróleo y los monopolios no le preocupan, porque no compra casi nada. Le engañan cuando vende su café, pero vende muy poco. Si se metiera en política, podrían matarlo, pero no lo hace. Y ningún político local ha intentado arrebatarle a Celestina. Cuando sus hijas crezcan, puede que tenga algunos problemas, pero aún no.

—Está bien —digo yo— tener una piel dura en la vida, sin lugares débiles por los que el gobierno pueda chuparte la sangre. Pero dime, ¿hay alguna religión por estos lados?

El rostro de Schuler se enciende.

—¡Hombre! Existe una buena religión, pero solo para la gente de caras oscuras. He visto su fiesta. Te hablaré del santo negro, San Benito, que los españoles trajeron de África para divertir a sus esclavos.

X
EL SANTO NEGRO DE BOLSILLO

—Oí acerca de San Benito —dice Schuler—, antes de venir a Bolsillo. Comenzó aquí, pero se ha extendido por toda Venezuela y Colombia —a todos los lugares que tienen gran cantidad de negros—. En Maracaibo, los blancos se quedaban en casa durante su fiesta y mantenían a sus hijos encerrados; tenían temor. Un año se perdieron dos niños, hijos de familias influyentes, y el gobierno echó a San Benito de Maracaibo. Ahora se le venera en secreto.

—En Bolsillo siempre se ha cultivado azúcar. Hay campos en la hacienda que fueron plantados hace ciento cincuenta años y todavía están produciendo. Incluso, antes de eso, ya había azúcar en Bolsillo y en Gibraltar. Y donde hay azúcar, hay negros; van juntos. La caña de azúcar no necesita cerebro para cultivarla, solo un poco de trabajo duro al sol. Solo hay que cortarla, deshojarla y llevarla al ferrocarril o a los vagones. Fácil para la cabeza.

—Pero se necesita cerebro para hacer funcionar un central. Hay que tener la maquinaria funcionando bien. Hay que hacer que la caña llegue al molino de manera constante. Y, cuando se hace el azúcar, hay que enviarla. Hay bancos y papeleo. De manera que no hay pequeños cultivadores de

azúcar, salvo cerca de las destilerías de ron. Siempre hay un central con los campos alrededor y negros para cortar la caña.

—Cuando los españoles empezaron a cultivar azúcar, intentaron que los indios del lago hicieran el trabajo, pero no querían hacerlo. Ya tenían todo lo que querían para comer sin necesidad de trabajar. Cuando los españoles intentaron esclavizarlos, murieron o huyeron al monte. Entonces los españoles intentaron atacar a los motilones al otro lado del lago, pero los motilones contraatacaron en sus piraguas y quemaron Gibraltar. Luego, los españoles hicieron lo que debieron haber hecho en primer lugar: consiguieron un montón de negros y las cosas empezaron a ir mejor.

—Por supuesto, estos esclavos eran todos católicos conversos. Eso era siempre lo primero que hacían los españoles después de comprárselos a los holandeses. Pero un jesuita llegó a Bolsillo y se dio cuenta de que no se interesaban mucho por su religión. Pensó que probablemente se debía a que la Virgen, Jesús y todos los santos eran blancos. Así que escribió a la sede de su orden en España y preguntó si había algún santo negro en la lista. Si los negros tenían un santo negro, podrían interesarse un poco por él.

—Bueno, después de un tiempo recibió una carta de vuelta. Encontraron uno. Era un moro converso llamado Benedicto, y sí que era negro. Así que el jesuita tomó la imagen de otro santo, le pintó la cara de negro y lo colocó en la iglesia.

Lo cuidó por un tiempo y le dio el impulso necesario. Luego lo enviaron a otro sitio y nunca volvió. ¡Ja! —dice Schuler—. Ojalá volviera y lo viera ahora.

—¿Ha florecido?

—¡Que lo diga la gente! —dice Schuler—. Está prosperando tanto que cerramos el molino durante la fiesta, cargamos nuestras armas y mantenemos a todas las mujeres en casa. Los negros se vuelven locos; y, cuanto más negros son, más locos se ponen. La gente como José y Celestina solo va y mira; ellos son más que medio españoles. Pero los negros se vuelven locos durante una semana. Eso pasa en diciembre.

—¿Qué pasa?

—Te lo voy a contar. Cuando llegué aquí, estaba inocente; no sabía nada. Había estado trabajando para una compañía petrolera encargado de líneas básicas, y había trabajado con ingleses y estadounidenses. Era como en mi trabajo en Alemania. Entonces me contrataron para venir aquí y colocar el sistema de riego. Eso fue en noviembre, y el problema apenas comenzaba. Los negros no irían a trabajar y Dean dijo que era mejor que planificáramos cerrar el molino en dos semanas.

—Recuerdo cuando oí el primer tambor. Había estado inspeccionando todo el día por Gibraltar y volvía cabalgando por el monte; estaba oscureciendo, al igual que ahora. Mira allá arriba, amigo mío —señala Schuler—: ¿ves esos pájaros?

Hay un claro de cielo donde se puede ver un árbol que ha sido cortado. En el crepúsculo se ve de color rosa, y, de fondo, tres o cuatro pájaros grandes vuelan en círculos espasmódicos.
—Vuelan como murciélagos —le digo.
—No —dice Schuler—, son pájaros de color marrón claro, pero nunca se ven a la luz del día. Le disparé a uno para averiguarlo. Ni siquiera los nativos saben de qué color son.
—Bueno, ¿y qué tienen que ver?
—Esto: volvía a casa cabalgando por un lugar donde el camino era ancho y observaba pájaros así volando por un cielo oscuro; entonces un tambor comenzó a sonar en el monte. Era muy fuerte y lento a la vez —tal vez un golpe cada cinco segundos—. Cada vez que sonaba un golpe, esos pájaros huían, como mosquitos cuando disparas un arma. Yo estaba asustado. Volví al central y se lo comenté a Dean.
—Diablos —dijo—, San Benito ha empezado temprano este año —y se fue a decírselo a Valdez.
—Cada día eran más los tambores. La mayoría venían de los claros del monte, pero algunos venían de las chozas de la hacienda. Yo solía mirar a los pájaros al atardecer, cuando sonaban los tambores, para verlos bailar. San Benito debe ser un santo de verdad, pensaba yo, si hasta los pájaros del monte bailan al son de su tambor.
—Los negros no tocan el tambor como los venezolanos. Me refiero a los blancos, como José. Los venezolanos los tocan más rápido, como si

se estuvieran divirtiendo y riendo. Pero los negros son serios: tocan los tambores lento, rápido y de todas las maneras, siempre de una manera seria. Es un sonido africano. África los ha seguido a Venezuela.

—Cuando llegó el día de fiesta, todos los negros se fueron a Bolsillo. Yo también fui. Y a caballo, no en mula. Dean dijo que no había peligro. Están orgullosos de su Santo, es suyo. Tiene nombre español, pero creen que lo trajeron de África y que lo han conservado durante la esclavitud.

—Eso está bien —digo yo—. Nuestros negros solamente tienen a un Jesús Bautista.

—Sí, está bien —dice Schuler, dubitativo.

—¿Y qué es lo que hacen?

—Esto: hay una plaza en Bolsillo —una plaza abierta, con algunos árboles y una vieja iglesia al fondo—. Primero cogen una olla jabonera de hierro de cuatro pies de diámetro, la cuelgan de un travesaño sobre el fuego, la llenan de agua y la ponen a hervir. Luego van a buscar la imagen del Santo.

—¿La misma imagen que el jesuita pintó de negro?

—No, mejor que esa. Ellos hicieron una imagen hace muchos años. Recordaban cómo se hacían sus ídolos en África. Es una figura de madera negra, con la nariz respingona y labios grandes. Está desnuda, arrodillada con las piernas separadas, y mide tres pies de altura. Durante todo el año la esconden en algún lugar del monte o la entierran bajo el suelo. Pero, en la mañana de la fiesta, lo sacan, lo ponen en una litera y lo llevan a la plaza.

—En la plaza la gente está esperando al Santo. Tal vez unos dos mil, más gente de la que hay en Bolsillo. Vienen del monte, de los pantanos, de La Ceiba y del otro lado del lago. Se colocan en dos filas paralelas alrededor de la plaza; llevan cáscaras de coco, latas y calabazas.
—¿Para qué es eso?
—Te lo digo después. Esperan a que el Santo salga de la iglesia; gritan, cantan y entonan cánticos en un idioma que no es el español. Ojalá viniera alguien a Bolsillo que pudiera traducirlo. Entonces se abre la puerta y sale el Santo. Lo llevan en una litera cuatro de los hombres más grandes; están desnudos, excepto por unas faldas de hierba —como se vestían en África—. Y detrás del Santo viene una procesión de hombres jóvenes y chicas con faldas de hierba. Son chicas guapas, todas untadas con aceite para que sus pieles brillen como caoba pulida, y sus cabellos encrespados con flores incrustadas. Todos entonando cánticos, bailando y saltando en el aire. Entonces deseé ser un negro, pero mi caballo intentó huir.
—Todos pasan junto a la olla de agua caliente y la hoguera que hay delante de la iglesia, y comienzan a rodear la plaza entre las filas de gente. Y, a medida que el Santo pasa, la gente le va arrojando encima las cosas que tiene en sus latas. Es suciedad, animales muertos, carne podrida y vómitos de enfermos; todo lo malo que han estado guardando durante semanas. Cada uno intenta arrojar lo peor. El Santo está cubierto de todo eso, al

igual que los jóvenes que lo llevan, y la litera en que es transportado.

—Cuando cada uno arroja su inmundicia, maldice al Santo y le culpa de todos los males del año: por las muertes y las enfermedades, por los amantes infieles y por los dolores de muelas. Todas las cosas malas de la vida las han juntado; están en esa inmundicia, y el Santo se las lleva.

—El Santo da toda la vuelta a la plaza y vuelve a la iglesia. Entonces, todos dan un gran grito, lo arrojan a la olla de agua hirviendo y lo sumergen. Apagan el fuego y se pelean por beber el agua a medida que se enfría. Y, cuando cada uno ha tomado un poco del agua, sacan una botella de ron y empiezan a beber por la salud del Santo. Todos se alegran, se ríen y se besan. El Santo se ha llevado todos sus problemas al agua hirviendo.

—Pero ahora deben agradecer al Santo por su sufrimiento. Vuelve a estar puro, pero muy cansado; hay que reanimarlo. Lo suben a la litera y lo pasean nuevamente por la plaza, con las chicas y los chicos detrás. La gente vuelve a formar filas, pero no tan silenciosamente. Esta vez, a su paso, cada uno toma un trago de ron y se lo echa encima al Santo para reanimarlo después de sus molestias.

—El Santo no llegó muy lejos alrededor de la plaza el día que yo vi la fiesta. Las filas se rompieron y toda la gente corrió hacia él. Hubo gritos y chillidos, ron derramado y botellas rotas. Vi a una anciana arañándose la cara con las uñas, y vi a un hombre agarrar a una joven con falda de hierba de la comi-

tiva y lanzarla al suelo a diez metros de mi caballo; ella le echó los brazos al cuello y lo besaba.
—Yo quería quedarme, pero tengo la piel blanca, como esa termita civilizada que te mostré. Así que volví a la hacienda para contárselo a Dean.
—¿Y sacrifican niños?
—No preguntamos. Nadie cuenta los bebés negros en Bolsillo.

XI
SOBRE EL ARTE DE VENDER

El Hotel Scandia de Maracaibo es el lugar preferido por los extranjeros de todo tipo que andan de paso: vendedores, superintendentes de la oficina central que irritan a la sucursal local, viajeros que llegan en avión desde Barranquilla o La Guaira. Es un hotel bastante bueno para su tamaño; el mayor inconveniente es el ruido que hace por la noche el propietario, un judío de Curazao llamado Peppy, que mantiene a los huéspedes despiertos a todas horas con la esperanza de que compren bebidas. Al final pierde, porque la única forma de mantenerlos bebiendo es jugando con ellos, y tiene muy mala suerte.

Pero hay una institución muy agradable en el Scandia. Tiene un césped liso y sombreado —una gran rareza en los trópicos—, y en él, en cómodos sillones, acostumbran a reunirse los huéspedes a las cinco de la tarde, cuando la fresca brisa empieza a rugir desde el lago. La mayoría son vendedores, pero un vendedor en Venezuela es una persona mucho más agradable que un vendedor en Estados Unidos. Tal vez fracasaría en los Estados Unidos. O tal vez no estaría en Venezuela si pudiera vender sus productos en San Luis.

En cualquier caso, el tema de la alta presión de ventas no llega al sur del Río Grande. El ven-

dedor que quiera tener éxito en América Latina debe despojarse de toda presión, de toda "superación de cuotas" y de toda idea de los Rotarios. Si llega decidido y cargado del Espíritu Santo, sin aceptar nunca un "no" por respuesta, seguro que muy pronto se marchará protestando de que los hombres de negocios de Venezuela son unos tontos, unos estafadores y un atajo de cabrones.

También lo son desde el punto de vista de un "quijote económico" estadounidense. No se toman lo comercial de la vida con suficiente seriedad. Sus preocupaciones son diversas —a veces censurables—, pero su interés principal rara vez es su negocio. No admiten que lo único que merezca la pena en la vida sea ganar dinero. En este sentido, es interesante observar que, cuando los Clubes de Rotarios se extendieron por Sudamérica, cambiaron su orientación. Algunos se convirtieron en sociedades de poesía, otros en clubes de juego y otros en sociedades de debate (en aquellos países donde se fomenta el debate). Pero ninguna de ellas sería reconocida por el padre de la orden.

La técnica de la venta es muy personal y, a menudo, delicada. Cuando solo se trata de pequeñas cantidades, el trato suele depender de la forma de saludar del vendedor, de su sonrisa, de su sentido de la sutileza social y de su habilidad para dar la impresión de que aprecia al cliente como a un amigo íntimo y valioso. La palabra clave es ser "simpático", que incluye todas estas cosas.

—Si eres lo bastante simpático —dice Phil Lane, representante de Associated Drug, mientras da de tomar cerveza a un cervatillo en el césped del Hotel Scandia—, puedes venderles grasa lubricante como pasta de dientes. Puede que el producto no se venda rápido, pero seguirán comprándolo mientras les caigas bien. En los Estados Unidos puedes vender cosas peores que la grasa si tienes un programa de radio respaldándote. Pero me gusta como es por estos lados. El comerciante, de todas maneras, siempre tendrá el placer de hacerle un favor al vendedor, y eso ya es algo. Allá, en Estados Unidos, nadie en el negocio se divierte con lo que hace. Los distribuidores solo llenan sus estanterías; el público se entretiene un poco en el ambiente, pero nada es gratis como pudieran pensar.

La mayoría de los pequeños negocios en Venezuela los llevan nativos o alemanes. Estos últimos se hacen tan "simpáticos" que a menudo se casan en el seno de una familia acomodada y adquieren un diámetro tan grande que pueden proyectar sombra suficiente para todos sus numerosos hijos puestos en fila. Los vendedores estadounidenses suelen negociar con sumas más elevadas que los alemanes, ya que los principales artículos que manejan son vehículos de motor, maquinarias y productos a granel —como materiales de construcción, productos químicos y lubricantes—. Y, en los niveles más altos, las complicaciones de las ventas se hacen mayores. El embajador comercial

que llega confiando en su hoja de precios, algunas argucias útiles que le ha enseñado el gerente de ventas y una provisión de historias sucias, pronto se verá sobrepasado.

No, el vendedor en América Latina tiene que ser un ser humano, además de una persona comerciante. Debe entablar amistad honesta y sincera con las personas adecuadas entre los nativos del país. El negocio debe ser un asunto secundario, algo de último momento. El señor United States Steel, por ejemplo, debe ser un caballero agradable, un apreciador de los vinos, del bacará y de las grandes hazañas de Bolívar, el Libertador. A sus cenas de "soltero" deberían asistir damas bien conformadas y amables. Debe pertenecer a los mejores clubes nativos y ser agradable en ellos. Así que, cuando se requiere una gran cantidad de acero, el contratista, naturalmente, le otorga el negocio en medio de una conversación informal, entre la octava y la novena copa de champaña, o en las carreras.

En Caracas hay una bonita costumbre: las carreras de caballos son una institución considerable que ocupa los meses de verano, cuando los principales toreros están ocupados en España. Muchos de los caballos llevan los nombres comerciales de empresas extranjeras, como la potra tresañera "Nabisco" o el caballo castrado "Flit". Estos compiten con los caballos del Presidente y sus ministros; con "Bovril", orgullo de Gran Bretaña; y con la yegua "Veuve Clicquot", abanderada

de Francia (estos nombres no son los verdaderos: no quería meter a ningún jefe de ventas en problemas con las señoras accionistas. Y, a la inversa, si hay algunos ancianos bautistas en el Consejo de la National Biscuit Company, no tienen por qué alarmarse). De todos modos, es una costumbre agradable. Latinoamérica es probablemente el único lugar del mundo en que el director de una sucursal puede disfrutar de un establo de carreras y cargarlo a la cuenta de la promoción.

La mejor forma de desarrollar el arte de vender es enamorándose del país, lo cual no es muy difícil. Esto puede hacerse casándose con una venezolana, tomando una amante nativa, comprando una granja en la que todo crece el doble de rápido de lo que uno espera, o simplemente permaneciendo lejos de Estados Unidos hasta que los objetivos comerciales de la gente en nuestro país nos parezcan tan distorsionados como un bajorrelieve en una obra egipcia. Muchos estadounidenses han seguido uno o varios de estos caminos. Los que han tenido más éxito parecen arraigados al país.

Dos tipos no tienen éxito. Primero, aquellos que siguen considerando a Venezuela como una provincia conquistada de EE. UU. Y segundo, los que se niegan a creer que en América Latina los negocios son un medio para alcanzar un fin, no un fin en sí mismos.

Tal es el patrón general para el arte de la venta: hazte agradable y el resto vendrá por sí solo. Pero no existe ningún patrón específico que se ajuste a las

ventas. El país no está estandarizado. Surgen todo tipo de circunstancias peculiares con las que el vendedor debe lidiar individualmente. Y, a medida que se adentra en las zonas más remotas del país, las circunstancias son cada vez más peculiares.

De tal manera que las historias de la vida comercial contadas en el césped del Hotel Scandia son más interesantes para el oyente que no es comerciante que las que se cuentan en la sala de fumadores de un hotel Pullman en Estados Unidos. La razón es que tienen menos que ver con los negocios que con las diversas consideraciones que surgen a su alrededor. Es probable que haya una buena dosis de política implicada, pero, en ese caso, la conversación será un susurro. En Venezuela, como en gran parte de América Latina, a nadie le gusta hablar de política con un desconocido. Ocasionalmente habrá una historia de maniobras comerciales totalmente ajenas a los vendedores de Estados Unidos.

Jim Warren es un joven de Luisiana, guapo, encantador, con sentido del humor y una sonrisa amistosa. Es el representante en Venezuela de la United Hardware Company; vende numerosos artículos, desde machetes hasta arandelas. Su negocio consiste en viajar por todo el país y conseguir puntos de venta para los productos de su empresa. Luego supervisa a estos agentes para ver si están funcionando, al menos hasta cierto punto. Piensa que se trata de un trabajo bastante bueno: no existe una rutina ni un jefe que te vi-

gile. Si te puedes deshacer de la maldita basura, a la oficina central le da igual cómo lo haces. Jim se reclina en su mecedora sobre el césped del Hotel Scandia y arroja la colilla de su cigarrillo a una mansa garza blanca.

—Oye, Davis —le dice al vendedor de whisky inglés que se encuentra al otro lado de la mesa de dados—, lo pasé fatal en Maduro para conseguir que ese tal López vendiera mi línea.

—¿Te refieres al tipo de la tienda de la esquina de la plaza? ¿El tipo que tiene todos esos malditos loros alrededor?

—Sí, ese mismo. El que tiene un empleado alemán, ya sabes, Fleischenhammer… ¿no es así que se llama?

—No lo sé, y me importa un bledo —dice Davis—. Maldito idiota. ¿Has visto el cartel que ha puesto?

—No… ¿cuál?

—Bueno, él cree que puede hablar inglés, así que puso un cartel: "Aquí se habla inglés".

—¿Y puede?

—Ni una palabra. Pero López me dijo que no lo delatara. No hay nadie en Maduro que le ponga a prueba. Cuando le piden que hable inglés para ver cómo suena, habla alemán.

—Bueno, de todas formas —dice Jim—, antes tenía un agente en Maduro, el español que está al lado de la Jefatura. Pero no era muy bueno, así que quería que López llevara mi línea. Pero López dijo que ya tenía demasiadas existencias. Supongo que su empleado lo convenció de que

comprara muchas cosas alemanas. Bueno, discutí durante un buen rato, pero no conseguí nada. Así que lo dejé y volví al hotel. Sin embargo, López es un gran tipo y, para que no le guardara rencor, me envió dos botellas de cerveza.

—Al rato bajé al patio, y estaba sentado a la sombra bebiendo la cerveza cuando entró una mujer mayor y me echó un vistazo. Ya sabes cómo es ese hotel en Maduro, con el patio que da a la calle a través de dos puertas. Bueno, entró por una puerta, dio una vuelta y salió por la otra. No le di mucha importancia. No dijo nada, ni a mí ni a nadie.

—Pero, más o menos cuando me estaba terminando la segunda botella de cerveza, volvió a entrar y llevaba a una niña de la mano. Una niña muy guapa, de unos trece años; no más que eso, en cualquier caso. Parecía algo asustada y se rezagaba. Iba descalza, pero llevaba un bonito vestido azul y el pelo recogido con una cinta roja".

"Bueno, la anciana la arrastró hasta mí y la empujó para que pudiera mirarla".

"Mister Americano" –me dijo–, "esta es mi hija. Es bonita, ¿verdad?".

"Levanté la vista hacia la chica, y ella trató de largarse. Pero su madre le dio una palmada en la cola para que se comportara. Entonces, la niña sonrió un poco y se abrazó a sí misma con el brazo libre, como si temiera que yo fuera a arrancarle el vestido. Y la vieja continuó con su charla de ventas. Dijo que era una virgen garantizada, que nunca había estado fuera de su vista desde el día en que nació".

"Bueno, ¿y qué?" –le dije.
"La anciana parecía un poco triste y dijo que estaba arruinada. Era modista y tenía que hacer el último pago de una máquina de coser. Dijo que el precio mínimo de las vírgenes guapas en Maduro era de cuatrocientos bolívares. Pero que dejaría ir a su hija por doscientos, justo a mitad de precio".
"Me pareció justo. Le sonreí a la niña, y ella se frotó la espinilla con el otro pie y me devolvió la sonrisa como si ella misma se estuviera interesando. Pero entonces pensé: ¡Qué demonios! Mañana tengo que ir a Coro y no puedo llevarla conmigo. Y esto sería lo más parecido que va a tener a una luna de miel, y no quiero herir sus sentimientos. Entonces tuve una idea. Tal vez López podría usarla. Si le gusta y la acepta, seguro que la tratará bien".
"Así que me disculpé con la anciana y le dije que su hija era muy bonita y que valdría mil bolívares si no fuera por la depresión; pero lamentaba no poder usarla porque me iba de la ciudad en ese momento. Sin embargo, le di una nota para que se la entregara a López. Le dije en la nota que ahí le enviaba una mercancía a muy buen precio, y que yo no iba a recibir comisión alguna por el trato. Luego las eché a las dos del patio. La chica miró hacia atrás cuando salían por la puerta y sonrió un poco. Creo que había congeniado conmigo y lamentaba tener que volver a hacerlo con otro tipo. Esa fue la última vez que las vi".
—Bueno, a la mañana siguiente yo estaba abajo

desayunando y López entró luciendo como un millón de dólares.
—¡Amigo mío! —dijo—. Era encantadora y simpática, y una virgen perfecta.
—Me estrechó las dos manos, me dio unas palmaditas en la espalda, me abrazó y me dijo que era su amigo para toda la vida. Y me dijo que pasara por la tienda para firmar un contrato para funcionar como agencia. ¡¿Qué te parece?!

XII
AMANTE E INTÉRPRETE

No todos los campos petroleros están en la orilla del lago, como en Lagunillas y Cabimas. Algunos están en dirección a las montañas y otros en las propias montañas, aunque nunca en las más altas. Algunos se hallan en el semidesértico estado Falcón, o en el estado Lara —ligeramente más fértil—. San Pedro se encuentra en un terreno bastante abierto, a unos mil pies por encima del nivel del lago y tierra adentro. El centro del campamento está junto a una pequeña aldea indígena. No es tan primitivo como Santa Rosa o Bolsillo, y sus habitantes tienen una proporción mucho mayor de sangre blanca; el pelo ensortijado es una excepción. Si no fuera por las torres petroleras que se alzan en los campos junto a las carreteras, y por las zonas deforestadas del bosque, el pueblo se parecería mucho a una aldea de España o Italia: casas de estuco con tejados de tejas rojas.

Pete Bennett se encarga de los pozos de bombeo de San Pedro. Es un hombre alto, de pelo claro, proveniente de Oklahoma, con una amable sonrisa, un ligero acento sureño y un carácter de lo más afable. Oficialmente, se supone que vive en una de las cabañas de la empresa, pero, como muchos de los petroleros más hogareños, se ha instalado en un establecimiento privado en el

pueblo. Pete me ha invitado a cenar con él y con Jim Bacon, el superintendente adjunto.

Aproximadamente a las cuatro y cuarto me pasa buscando en su cacharro por el club de la empresa y partimos. En el asiento trasero yacen tres pollos nativos, de aspecto apaleado, atados por las patas y protestando débilmente a intervalos. El pollo venezolano es una criatura activa y vivaz, pero no tiene mucho que comerle. A riesgo de parecer que critico los planes de Pete para la cena, le consulto al respecto: ¿por qué son tan malditamente atléticos?

—Joder —dice—, el gobierno intentó mejorar la raza por aquí hace unos años. Trajeron un montón de gallos normales de Estados Unidos y los repartieron. Pero nunca tuvieron oportunidad; todos los nativos tienen gallos de pelea, y cada vez que uno de esos gallos normales le echaba un vistazo a una gallina, recibía una paliza. Así que vamos a cenar gallinas de pelea. Son buenas si se comen en suficiente cantidad.

En una curva del polvoriento camino nos encontramos con un nativo alto, montado en un burro muy pequeño. Sus pies descalzos casi llegan al suelo, y bajo su barbilla cuelga un collar de seis palomas vivas atadas por las patas a una cuerda. Pete detiene el cacharro, estrecha la mano del nativo, le pregunta cómo están su mujer y sus hijos, y cuánto cuestan las palomas.

—Cuatro bolívares —dice el nativo—, y pesan como piedras.

—Te daré tres —dice Pete.
El nativo se encoge de hombros, se quita el cordón del cuello y lo tira en el asiento trasero con las gallinas. Pete le da tres bolívares y seguimos conduciendo.
—Nos los comeremos en la cena junto con los pollos —dice Pete—. No tienen más que un bocado.
Luego llegamos a un pozo petrolero junto a la carretera, con una bomba a gasolina funcionando activamente. Pete se apea, abre una válvula y observa cómo el petróleo negro sale a chorros con cada golpe de la bomba.
—¿Cuánto produce este pozo? —le pregunto.
—No más de cien —dice—. Se está enarenando. Vamos a limpiarlo muy pronto, pero no hasta que traslade a mis gallinas.
—¿Gallinas?
—Claro. ¿Quieres verlas?
Detrás del cobertizo que contiene la bomba hay otro pequeño cobertizo con gallinas. Hay alrededor de una docena de gallinas rojas de raza Rhode Island y un gallo de la misma raza, civilizada. Pete las exhibe con cariño y les da maíz partido de una bolsa que hay debajo de las vigas del techo.
—Ellas vinieron en un tanquero —dice—. Son las únicas Rhode Island Red del estado Zulia. Le pertenecen a mi chica, pero ella nunca sale a verlas. Ahora iremos a recoger algunas mazorcas de maíz.
—Dime, ¿qué eres… un granjero? —pregunto—. Pensé que estabas a cargo de los pozos de bombeo.

—Claro que sí, pero tengo cincuenta nativos a mis órdenes y ellos hacen todo el trabajo. Tienen mucho cerebro si los tratas bien; todo lo que tengo que hacer es supervisarlos. Me deja mucho tiempo para alimentar a las gallinas y cosas así. Tengo naranjas y plátanos al otro lado del pueblo. Y voy a tener una vaca cuando mi novilla pare.

Detrás del gallinero hay un pequeño campo de maíz, de donde recogemos una docena de mazorcas. Mientras lo hacemos, Pete oye un camión en la carretera y lo detiene. Carga las palomas, los pollos y el maíz en el asiento junto al conductor nativo y le dice que los entregue en su casa.

—Ahora iremos hasta el número 26 a ver cómo les va a los chicos. Mi chica se pondrá manos a la obra con la comida y no tendremos que esperar mucho para cenar.

El número 26 es un pozo que se está limpiando. Los pozos petroleros son cosas muy simples en teoría —solo agujeros en el suelo revestidos de acero—. Pero el hecho de que tengan alrededor de una milla de profundidad los hace bastante complicados de manejar. Una milla de tubería de paredes gruesas y de cuatro pulgadas es algo bastante pesado, y la maquinaria para manejarla es potente y violenta. El estruendo causado por la operación en el número 26 puede oírse a media milla de distancia. Ocho venezolanos de piel oscura, con ropas manchadas de petróleo, se encuentran de pie en la plataforma de la torre de perforación. El capataz grita:

—¡Ja!
Acciona una palanca. Se oye un rugido fuerte y pulsante de vapor, y una nube sale a chorros del motor de la grúa. Un cabrestante de engranajes gira rápidamente, y un gran bloque de acero cruje, se endereza y se eleva. Y desde el suelo surgen ochenta pies de tubería de cuatro pulgadas.
—¡Ja! —grita de nuevo el capataz.
Tira de otra palanca y la tubería deja de subir. Dos hombres saltan hacia ella y ajustan una especie de collar debajo de una unión. Otros dos aflojan la rosca con una enorme llave inglesa.
—¡Ja! —gritan cuando acaban.
—¡Ja! —dice el capataz, tirando de una tercera palanca.
El vapor vuelve a brotar y una pesada cadena hace girar el collar que sujeta la tubería, desenroscando la unión aflojada, y los ochenta pies superiores de tubería se liberan.
—¡Ja! —gritan otros dos hombres, corriendo hacia delante con un lazo de cable de acero que deslizan alrededor del extremo inferior de la tubería.
—¡Ja! —grita el capataz.
Un cabrestante más pequeño gira, tira del lazo de cable y el extremo inferior del tubo se balancea hacia el borde de la plataforma, donde descansa sobre una superficie inclinada de madera.
—¡Ja! —grita el capataz.
Invierte la grúa de elevación y el tubo se asienta; su extremo inferior se desliza alejándose de la torre de perforación, hasta que, con un estruendo

final, descansa en horizontal sobre un estante.
Este ciclo dura muy poco tiempo, no más de un minuto. Tiene un ritmo, una complicada frase musical de gritos, rugidos de vapor y choques de acero que se repiten una y otra vez. Pero es un ritmo estadounidense, que no parece encajar con el fondo. Los obreros llevan holgados sombreros de paja y sandalias, y cuando Pete detiene el trabajo para conversar con el capataz, ellos se amontonan en un pequeño grupo y empiezan a reír y bromear de un modo muy poco industrial. Uno tiene una idea brillante: corre hasta un arbusto situado a unos cincuenta pies de la torre de perforación y regresa con una docena de mangos envueltos en una hoja verde. Otro saca una armónica y empieza a tocar una animada melodía, golpeando los tablones aceitosos con el pie.
La conversación de Pete con el capataz implica un viaje detrás de las calderas y, cuando regresa, trae un pato vivo bajo un brazo y un melón grande bajo el otro. Hace malabarismos con el melón y lo levanta para que yo lo admire.
—Prefiero uno de los melones de Juan —dice, moviéndolo con cariño— que todo el maldito petróleo de Venezuela.
Juan, el capataz, sabe algo de inglés. Sonríe ampliamente y señala la torre de perforación.
—Petróleo no eat —dice Juan.
Dos de los otros trabajadores bajan de la torre para admirar el pato. Palpan su gordura y mueven la cabeza en señal de aprobación. El capataz los

lleva de vuelta a la torre de perforación. La música de la armónica cesa y comienza la música del acero y el vapor.

Pete me da el melón para que lo sostenga mientras él ata las patas del pato con una cuerda.

—¿De dónde salió ese capataz? —le pregunto—. ¿Se entrenó en Estados Unidos?

—Diablos, no —dice Pete—. Juan viene de Coro.

—Parece que maneja muy bien esa plataforma.

—Es tan bueno como cualquier hombre del campo petrolero. No dejes que los chicos del barracón te digan que los nativos no saben manejar maquinaria. Están asustados por su trabajo, eso es todo. Los nativos pueden hacer todo menos perforar.

—¿Por qué no pueden hacer eso?

—Los muchachos te dirán que no tienen cerebro —dice Pete—, pero no es por eso. Hay dos razones: una es que no se preocupan lo suficiente. Un perforador tiene que estar pendiente todo el tiempo. Si comete un error o se descuida, puede costarle a la empresa medio millón de dólares por causa de un incendio o algo así.

—¿Y cuál es la otra razón?

—Las empresas no enseñan a los nativos todos los trucos del oficio. Temen que, si los nativos llegan a saberlo todo, estos países echarán a los estadounidenses y a los ingleses, y gerenciarán los campos ellos mismos.

—¿Lo harían?

—¿Que si lo harían? Oye, nos echarían tan rápido que no sabríamos qué nos golpeó. No me

refiero a que nos echarían a nosotros. Algunos nos llevamos bien. Pero las compañías tendrían que hacer las maletas.

Pete y yo regresamos al cacharro y partimos hacia el pueblo. Yo sostengo al pato, pues existe la posibilidad de que pueda volar.

—¿Crees que los nativos podrían dirigir un campo si aprendieran a perforar? —le pregunto—. Sé lo que dirían los jefes, pero tú, ¿qué piensas?

Pete sonríe y señala al pato.

—¿Ves ese pato? —dice—. Bueno, lo ha criado Juan. Es el mejor capataz del campo, pero él no trabaja sino cada dos meses. La mayor parte del tiempo la pasa en su pequeña casa al otro lado del pueblo, criando patos y sin hacer gran cosa. A todos les pasa lo mismo. Quieren lo suficiente para vivir y pasarlo bien. Pero sería una maldición si tuvieran que trabajar todo el tiempo, ni por cualquier cantidad de dinero. Si la empresa le pagara a Juan el doble de lo que gana ahora, probablemente trabajaría la mitad del tiempo. A Juan, en verdad, no le importa si el petróleo sale o no. Y no se puede dirigir un campo de esa manera. Alguien tiene que amar el maldito petróleo y divertirse con las cifras de producción. Yo solía hacerlo alguna vez, pero ya no.

—Tú crías gallinas en vez de patos.

—Claro. Y plátanos y maíz. Y tengo una vaca en camino. Y muy pronto voy a sembrar cacao en las colinas. Este campo se va a acabar muy pronto, y el equipo tendrá que trasladarse a otro lugar.

Pero yo me quedaré aquí. Tengo una chica guapa y una casa bonita. Y esta ciudad tendrá mucho mejor aspecto cuando desmonten las torres de perforación.

La casa de Pete está cerca del centro de San Pedro, en una pequeña plaza descuidada, con un cine al otro extremo de un rectángulo sembrado con lo que parece ser un césped. La plaza se llama «Plaza Bolívar», y en el centro hay un busto de mármol de Simón Bolívar sobre un pedestal de hormigón. Todas las ciudades de Venezuela, por pequeñas que sean, tienen una plaza Bolívar. Al otro lado de los Andes, en los llanos, hay un pueblo muy pequeño llamado Dos Ríos. Consta de un rancho y una combinación de estación de policía, oficina de correos y tienda. Están frente a frente, separados por cincuenta yardas de pradera virgen, y este espacio abierto se llama la Plaza Bolívar de Dos Ríos.

Alrededor del patio delantero de Pete hay una cerca no muy alta, hecha de estacas parejas de caña brava. El patio tiene unos cincuenta pies cuadrados y en él crecen arbustos de tilo, macizos de flores moradas y blancas parecidas al flox, dos cocoteros y una torre petrolera de acero, de unos ciento veinte pies de altura.

—Un agujero seco —dice Pete—. Algo raro: allá abajo no sacaron ni una gota. Por eso mis cocoteros siguen vivos.

—¿La van a derribar? —pregunto.

—Los pernos están muy pegados —dice Pete—.

Estoy intentando comprársela barato a la empresa. Quiero colocarle un molino de viento.
La casa de Pete es de estuco color rosa y de un piso. Se diferencia de la mayoría de las casas de San Pedro en que tiene un amplio porche con piso de tierra, un tejado de hierro galvanizado y una tremenda enredadera con impactantes flores rojas y moradas que la cubren por completo.
—¡Linda! —llama Pete—. ¿Dónde demonios estás?
—Aquí estoy —dice una voz femenina desde el fondo de la casa.
—Es tímida —dice Pete—. Normalmente está aquí afuera esperándome, pero supongo que te tiene miedo. Iré a buscarla.
Desaparece por la puerta y desde adentro oigo ruidos de discusiones en español. Luego vienen unos gritos débiles, y Pete reaparece, arrastrando de un brazo, desnudo y moreno claro, a una muchacha muy bonita, de unos dieciocho años, con un vestido corto de algodón. Sus piernas morenas están desnudas; en los pies lleva unas sandalias tejidas muy vistosas; y su pelo negro intenta salirse, con bastante éxito, de una cinta roja. Se esfuerza por parecer digna y reprimida a la vez, pero Pete le hace cosquillas con la mano libre y ella se deshace en risitas y sonrisas.
—Quería arreglarse antes de salir —explica Pete—, pero quería que vieras cómo estaba cuando la encontré en Cúcuta. ¿No es linda?
Esta es una de esas preguntas que no necesitan respuesta oral. Pete suelta el brazo de Linda y ella

vuelve corriendo a la casa. Pienso en preguntar si «Linda» es su verdadero nombre o si se trata de una abreviatura; o si Pete la llama simplemente «Linda», como pudiera llamar "hermosa" a su chica si aún estuviera en Oklahoma. Pero decido no hacerlo, porque «Linda» suena mucho mejor que «hermosa», y Pete podría pensar que lo he traducido y lo estuviera criticando. De todos modos, se ha ido a buscar unas cervezas. Al poco rato regresa cargando una caja de cerveza Zulia, fabricada y embotellada por una empresa alemana en Maracaibo. Zulia es una cerveza muy buena, el orgullo de Maracaibo: del tipo pilsener ligera, que embriaga pero no empalaga. Pete y yo nos hemos tomado tres botellas cada uno antes de que Jim Bacon llegara del campamento.

Jim Bacon es un jefe de rango considerablemente superior al de Pete. Es graduado del Instituto Tecnológico de Massachusetts y habla con un acento bostoniano ligeramente erosionado. Probablemente podría haber tenido un gran éxito en el negocio de la banca social en su ciudad natal, si lo hubieran atrapado cuando era joven y lo hubieran domesticado adecuadamente. Pero se escapó, y ahora está al mando en San Pedro. Tiene unos cuarenta años; es alto, ancho, lleno de buen humor y muy popular entre todos los hombres, nativos y estadounidenses por igual. Incluso le cae bien al comerciante sirio de la plaza. Hay dos cocineros chinos que le dan su dinero para que se lo guarde y, todas las semanas, el jefe civil le envía

pescado fresco de su suministro privado que el cartero trae del lago.
Jim Bacon llega a la entrada de la casa de Pete en una carcacha de la compañía, se baja y camina a grandes zancadas por el sendero, deteniéndose en el camino para coger una flor y colocarla en el ojal.
—¿Qué tal están, Pete? —grita.
Pete no responde ni se levanta de la silla, pero señala las seis botellas de cerveza vacías. Jim Bacon echa a correr, coge otras dos botellas de la caja, las abre y bebe de cada una de ellas.
—¿Dónde está Linda, Pete? —pregunta al hacer una pausa. Luego se vuelve hacia mí—. ¿Has podido ver a la amante intérprete de Pete?
—Está adentro preparando la cena —dice Pete—. Y no vas a poder sacarme de quicio llamándola así. Tú mismo te alegrarías de tenerla.
Jim Bacon sonríe ampliamente.
—Claro que sí, es una buena chica. ¿Puedo decirle a él cómo la encontraste?
—Adelante —dice Pete—. No me avergüenzo de ello.
—Bueno —dice Jim Bacon—, estábamos cerca de Cúcuta con un equipo independiente. Fue hace cuatro años, y todos éramos nuevos en el país. Ninguno de nosotros sabía español —ni Pete ni yo, ni los peones—. Eso no tenía importancia en el campo, pero teníamos que conseguir nuestros suministros, comida y demás en Cúcuta. Eso queda en Colombia, al otro lado de la fron-

tera. Y siempre nos metíamos en líos con los colombianos cuando cruzábamos la frontera. Los colombianos son más duros que los venezolanos; o el gobierno venezolano no es tan duro. Al final es lo mismo.

—La compañía nos envió un intérprete después de un tiempo, pero no era muy bueno. Se emborrachaba todo el tiempo y, de todos modos, el gobierno no le daba pasaporte para ir a Cúcuta con nosotros; o los colombianos no lo verían con buenos ojos. Nunca supe cuál era el problema con ese tipo. Lo despedimos muy pronto.

—Entonces Pete tuvo una idea. Dijo: "¿Por qué uno de nosotros no se consigue una amante intérprete? Nos enseñará español a todos y conocerá estas malditas regulaciones".

—Eso me pareció una idea bastante buena, así que le dije a Pete que fuera a Colombia y consiguiera una. Había unos alemanes en Cúcuta que sabían inglés, y pensé que podrían encontrarle algo bueno. Los alemanes siempre hacen un censo de las chicas en cuanto llegan a un pueblo.

—Así que Pete salió del campamento una mañana en el cacharro y no volvió hasta la noche. Y tampoco traía a ninguna chica. Le pregunté qué le había pasado y me dijo que no había chicas guapas en Cúcuta.

—No las había —interrumpe Pete—. Por lo menos esos alemanes no me mostraron ninguna.

—Tienes un estándar demasiado alto, Pete. Ese es el problema contigo. Te lo dije en su momento.

—Bueno, supongo que me salí con la mía, ¿no?
—Claro que sí, pero déjame contarte mi versión.
—Adelante. Entonces lo comentaré.
—Bueno, lo eché del campamento al día siguiente y le dije que volviera a Cúcuta y trajera a la chica más guapa que pudiera conseguir. Le dije que me la quedaría si no era de su agrado.
—Este tipo es un viejo macho cabrío —dice Pete—. Agarra lo que sea.
—Eres un mentiroso ridículo —dice Jim Bacon, de forma amistosa—. Pero, de cualquier manera, lo eché y me olvidé de él. Y, más o menos a las cuatro de la tarde, un peón llegó corriendo a la plataforma con una nota suya. Le habían arrestado.
—No me arrestaron. Me habían detenido.
—Te habían arrestado. Fui a la aduana y me encontré con un escándalo a ambos lados de la frontera. Pete estaba en la aduana con Linda y un grupo de policías venezolanos. Y en la aduana colombiana había un montón de policías de Cúcuta, soldados colombianos y una anciana armando un escándalo y retándolo a que cruzara la frontera para que recibiera su merecido. Decía que le había robado a su hija. Y así había sido, eso es todo.
—No fue así. Ella se vino conmigo. Y vino corriendo.
—Supongo que ambos corrían muy rápido y tuvieron la sensatez de correr hacia Venezuela. Bueno, ninguno de nosotros sabía una palabra de español y nadie en la aduana sabía nada de inglés.

Por un tiempo parecía una guerra. Los venezolanos estaban como orgullosos de Pete. Supongo que desearían haberse robado a Linda ellos mismos. Pero yo lo arreglé.

—Sí, lo arreglaste. Con mi paga del mes siguiente.

—Era la única manera. Le di a la anciana cien dólares. Y les di a los colombianos un par de dólares a cada uno. Y a los venezolanos un dólar. Luego Pete, Linda y yo volvimos a la plataforma y los dejamos a ellos discutiendo. No había ninguna guerra. Ahora cuenta tu parte, Pete.

—Bueno, te lo cuento. Claro que fui a Cúcuta, pero no quería ir nuevamente a echarle otro vistazo a ese establo alemán. Así que entré en un bar, me tomé un par de copas y salí a dar un paseo por el campo. Cúcuta tiene muchas granjas pequeñas alrededor. Cultivan café y cosas así. Y vi a una chica muy guapa apoyada en una cerca. Entonces me aproximé a ella y le dije: "Hola, nena".

—Ojalá hubiera podido oírle —dice Jim Bacon—. Ni una sola palabra de español. Solo el brillo del amor en sus ojos.

—¡Personalidad, hombre! Eso es lo que era.

—Y las copas que te tomaste en el pueblo.

—Bueno, de cualquier manera, ella se vino conmigo. No recuerdo lo que dije, pero lo tenía claro. Quizá ella me llegó a ver en el pueblo alguna vez.

—No lo creo —dice Jim Bacon—. Ella solo estaba siendo atrevida.

—Así que nos fuimos hasta donde había dejado el cacharro —continúa Pete—, nos subimos

y nos fuimos a toda velocidad hacia la frontera. Cruzamos sin inconveniente, pero Linda no tenía documentos y los venezolanos la retuvieron. Mientras ella discutía con ellos, los colombianos empezaron a gritar desde la otra aduana. Supongo que recibieron alguna llamada desde Cúcuta. Poco después, la madre de Linda apareció en un taxi con un par de policías, y se presentó una discusión del demonio. Así que le escribí una nota a Jim y le dije que viniera y trajera algo de dinero.

—Cuando llegué —dice Jim Bacon—, Linda estaba llorando sobre el cuello de Pete, y su madre estaba teniendo una pataleta. Los colombianos gritaban como locos, y los venezolanos estaban exaltados, sintiéndose románticos. ¡Jesucristo, qué alboroto! Cualquiera diría que era una guerra.

—Pero, sin embargo, la anciana fue bastante razonable —dice Pete—. Le dije que trataría bien a su hija. Ya sabes: en lenguaje de signos como los indios.

—Tendrías que haberle visto —dice Jim Bacon—. Se ponía la mano en el corazón, recitaba la oración del Señor y decía que iba a amarla, honrarla y obedecerla por siempre, amén. ¿Gracioso? Yo botaba las tripas.

—A pesar de todo, la anciana captó la idea —dice Pete—. Se acercó a la línea y nos dio su bendición, e hizo la señal de la cruz o algo así. Y Jim le dio cien dólares de mi sueldo.

—Pensé que era mejor arreglarlo todo —dice Jim Bacon—. Solo Dios sabe qué habría pasa-

do si la historia llegaba a Maracaibo mientras aún trabajáramos para esa compañía. Así que no había motivo para enfadarse. Todo salió bien a partir de entonces. Linda se hizo cargo del comedor del campamento y encargó más frutas, verduras y gallinas de las que yo había visto en mi vida. Y cuando Pete fue a Cúcuta, tuvo una bienvenida real. Ya sabes, esa gente es romántica. Tienen hasta una canción que suelen cantar al respecto. No encontramos petróleo en el pozo, pero no fue culpa nuestra.

—¡Linda! —grita Pete—. Ven para acá; hemos estado hablando de ti.

—Un momento —se oye la voz de Linda desde la casa.

Al instante aparece y se detiene con elegancia en la puerta. Pete le hace un gesto de admiración.

—No la conocerías, ¿verdad? Toda vestida así.

Linda lleva su pelo negro lustroso alisado hacia atrás y recogido en un nudo. Viste un vestido rojo, corto y ajustado, que resalta el brillo dorado de su cuerpo, producto de su sangre india. Lleva medias de seda negras, zapatos rojos de tacón alto que hacen juego con el vestido y unos pendientes rojos pequeños. Sonríe alegremente y levanta un dedo delgado para llamar la atención. Está pensando una frase en inglés.

—Now —dice—, we haf food. Come an' get eet.

—Muy bien, muy bien —dice Jim Bacon.

—Nos enseñó tan bien español a todos —dice Pete— que ella misma no aprendió mucho in-

glés. Pero está mejorando. ¿Qué les parece si comemos?

Entramos en la casa donde, sobre una gran mesa tosca, Linda ha dispuesto una comida de lo más opulenta. Los tres pollos, asados sobre las brasas, yacen en fila sobre un trozo de hoja de plátano. Los seis pichones fueron hervidos y apilados en una bandeja. Hay yuca, plátanos fritos, arroz, maíz tierno y bolas de masa. Linda observa su trabajo con aprobación; pero, mientras entramos, corre a arreglar de forma más agradable una gigantesca pila de frutas exóticas situada en una mesa auxiliar.

—¿Saben cuánto me costó esa comida? —dice Pete con orgullo—. Ocho bolívares: tres por las palomas, tres por los pollos y quizá dos más por el resto de las cosas. Un dólar con cincuenta por todo. Eso es lo que obtengo por tener a Linda.

—¿Y qué tal los gastos por ese vestido rojo?

—¡Demonios, esos son gastos por concepto de diversión!

XIII
ALGUNOS INDIOS

Después de terminada la cena, salimos al porche y nos reunimos alrededor de la caja de cerveza. Ya había oscurecido y podíamos ver las luces del Catatumbo parpadeando débilmente en la distancia. Desde San Pedro parecen tenues relámpagos reflejados en las nubes. El resplandor sube y baja con muy pocos intervalos de oscuridad. Durante cuatro siglos los hombres blancos han visto estas luces parpadear continuamente. Las goletas del lago navegan junto a ellas. Algunos de los primeros exploradores, cuando entraban en el lago, consideraron en algún momento la teoría de que se acercaban a la boca del infierno.

—¿Qué origina esas luces? —le pregunto a Jim Bacon.

—Ni idea —responde, encogiéndose de hombros—. Dicen que hay dos valles allá en el Perijá, en los que el viento sopla en direcciones distintas, y que donde se juntan siempre se producen relámpagos. Algunos nativos creen que es un manadero de gas ardiente. Antiguamente hubo uno cerca de Cumaná, que comenzó con un terremoto y ardió durante un año. Pero no es posible, no existe tanto gas en ninguna formación, y si lo hubiera, ardería de forma más constante.

—¿Por qué nadie se pone de científico y va a averiguarlo?

Jim Bacon y Pete se miran y se ríen.
—Ve tú —dice Pete—. Yo ya me he acercado todo lo que quería.
—Yo también —dice Jim Bacon—. ¿Nunca has oído hablar de los Motilones?
—Claro —le digo—. Son los indios malos con flechas de madera y olor a zorrillo.
—Esos mismos. Ellos viven allá, bajo las luces del Catatumbo. Y son la razón por la que los científicos no quieren subir allí con barómetros. Muchos aviones han sobrevolado ese país, pero desde el aire solo se ven nubes.
—Díganme —les pregunto—, ¿por qué hay tantas historias diferentes sobre los Motilones? Los venezolanos creen que son blancos. Un estadounidense que trabaja para Globe Oil me dijo que pueden correr una milla si tienes perros en el campamento. Y un alemán en Maracaibo me dijo que echaron a Globe Oil y a Western Petroleum de uno de los mejores campos del país. Cuando le preguntas a alguien por los Motilones, lo primero que te dice es que el último hombre con el que hablaste es un mentiroso.
Jim Bacon se reclina en su silla con su quinta botella de cerveza.
—Bueno, ya sabes —dice—, Venezuela es un país curioso. Es muy difícil conseguir la información exacta. Los periódicos locales no publican nada que pueda tener una connotación política. Las compañías petroleras no dicen mucho sobre lo que sucede en sus campamentos, sobre

todo cuando pudiera salir en los periódicos de casa y causarle problemas a alguien con la oficina de Nueva York. Algunas de las empresas están tratando de silenciar estas historias sobre motilones, y algunas otras intentan empeorarlas. Algunos venezolanos se alegran de que los Motilones echaran a Globe de su territorio. Piensan que el petróleo siempre estará ahí, y que pueden ir a buscarlo ellos mismos en algún momento si nosotros los gringos no lo conseguimos ahora. Pero no quieren decir mucho al respecto porque no saben lo que piensa el gobierno, y quieren ir a lo seguro.

—¿Echaron a la Globe? —pregunto—. Los de la Globe dicen que dejaron de explotar ese yacimiento porque el precio del crudo bajó demasiado.

—No les creas —dice Pete—. Yo trabajaba para la Globe, y regresé por el Río Santa María con el último barco. Venía tumbado en el fondo con las flechas de los motilones chocando contra las placas del tanque que usábamos como blindaje. No iba pensando en el precio del crudo, solo iba pidiéndole a Dios para que no chocáramos contra un banco de arena.

—¿Qué aspecto tienen?

—Nunca vi uno —dice Pete—. Y no conozco a nadie que haya visto uno a menos de media milla. Primero los hueles, luego los oyes gritar, y entonces empiezan a llegar las flechas. Pero nunca los ves.

—Teníamos un negro británico allá en el Catatumbo —dice Jim Bacon—, y él vio uno. Iba ca-

minando por las vías de un ferrocarril en horas del atardecer y se consiguió un hoyo de donde se había sacado algo de tierra. Cuando el negro llegó al borde del mismo, se encontró con un motilón esperándole. Tenía una flecha preparada en el arco. El negro dejó caer su rifle y se agachó. La flecha pasó por encima de su cabeza, y luego huyó tan rápido que el motilón no tuvo chance de volver a dispararle.

—¿Qué aspecto dijo que tenía el indio? —le pregunto.

—Estaba tan asustado que no pudo hablar durante media hora, y luego lo único que pudo decir fue que era "igual que la gente". Fuimos al día siguiente a buscar la flecha, y encontramos el lugar en la arena donde el indio se había parado; pudimos ver cómo había sostenido el arco entre los dedos de los pies, pero no encontramos la flecha. Debió haberla recogido él mismo.

—¿Por sus huellas, pudiera decirse que era alto?

—No, debió ser bastante bajo. También tenía los pies planos y los dedos separados.

—¿Los venezolanos nunca han visto motilones?

—Claro que sí. Hay algunos mansos que viven en la península de Perijá, más hacia el norte. Y los que viven al otro lado de la frontera, en Colombia, no dan muchos problemas. Solo una parte de ellos son salvajes, y no se pusieron en pie de guerra sino hasta hace unos cuatro años. Así que sabemos cómo son. Miden unos cinco pies con cuatro pulgadas y son corpulentos. Son bastante

claros para ser indios, no tan oscuros como los guajiros. Los hombres andan desnudos y las mujeres llevan una especie de delantal. Viven sobre todo de frutas y de la caza, pero también cultivan algo de yuca, plátanos y cosas así.

—¿Por qué se pusieron en pie de guerra?

Jim Bacon se ríe.

—Si cuentas esta historia en Maracaibo, los zulianos dirán que eres un mentiroso. Ellos intentan olvidarla. Y si la cuentas, no me cites.

—De acuerdo.

—Bueno, el problema lo inició un grupo de exploración que trabajaba para la Occidental. Los motilones habían pasado bastante desapercibidos antes de eso. Mientras no les molestáramos, ellos no nos molestarían. Pero, para aquel entonces, la Occidental era nueva en el país y, cuando obtuvieron una concesión en la región de los motilones, enviaron río arriba a un grupo de hombres muy rudos, provenientes de México, para inspeccionarla. No escucharon a nadie que les dijera que era mejor ir despacio y llevarse bien con los indios. Simplemente irrumpieron, cada hombre con un rifle y buscando problemas.

—Lo primero que hicieron fue acampar en un pequeño claro que encontraron en la orilla del río. Cualquier veterano les habría dicho que era mejor que no lo hicieran. Los motilones lo consideraron una invasión. Pero los de Occidental no lo sabían, o no les importaba. Luego, un peón que llevaban con ellos se puso a buscar por el

monte y encontró otro claro lleno de plátanos y piñas. Así que los malditos tontos tomaron lo que quisieron. Aquella vez no vieron a ningún indio, pero supongo que la noticia corrió como la pólvora.

—A la mañana siguiente, remontaron el río y pronto encontraron una pequeña choza en un claro. No era una gran cabaña, pero estaba llena de pedazos de tela y pequeñas vasijas. Y dentro había una gran piedra con un par de muñecas sentadas sobre ella, vestidas con plumas y telas. Esos malditos tontos creyeron que era una tienda o algo así, y pensaron que les gustarían esas muñecas como recuerdo. Así que se las llevaron y dejaron un par de machetes a cambio. No sabían que esas muñecas eran los dioses de los indios, pero lo descubrieron muy pronto. Les dispararon mientras regresaban al bote. Uno de ellos recibió un flechazo en el hombro, que atravesó y salió por el otro lado.

—Si hubieran tenido cerebro, se habrían dado cuenta de que estaban en apuros y se habrían largado de regreso río abajo. Pero pensaron que podían engañar a los motilones. Así que dispararon muchos tiros hacia el monte y siguieron río arriba.

—Luego, llegaron a un gran claro con dos casas grandes de paja en el centro. No había indios a la vista, pero los muchachos de Occidental no querían correr riesgos. Así que llenaron las casas de plomo. Se oyó un grito y una mujer india salió corriendo con un bebé y huyó hacia el monte.

Luego miraron en las casas y descubrieron que habían matado a otra mujer y a una niña.

—También había un niño pequeño que no había resultado herido. Pero, cuando intentaron cogerlo, mordió y luchó como un gato salvaje. Por lo tanto, lo dejaron en el suelo y salieron a echar un vistazo por el claro. Cuando volvieron, al cabo de unos diez minutos, el niño estaba muerto. Se había abierto las muñecas a mordiscos.

—Supongo que fue entonces cuando los chicos de Occidental decidieron huir de allí. Si un niño indio de cuatro años se suicidaba, supusieron que algunas de las historias sobre los motilones debían ser ciertas. De todos modos, subieron al bote y se dirigieron río abajo. Aún no habían perdido de vista el claro, cuando les dispararon y mataron a un peón. Más adelante hirieron a un estadounidense, que luego murió de gangrena. También murió el hombre que fue herido cuando llegaron. Tuvieron suerte de que algunos de ellos pudieran salir.

—Así fue como empezaron los problemas. Desde entonces, los motilones han estado en pie de guerra. Mataron a un geólogo de Standard y le arrancaron el corazón. Otro grupo del Occidental perdió cuatro hombres. Y cuando los gobiernos de Venezuela y Colombia quisieron delimitar la zona, tuvieron que enviar un ejército joven con ametralladoras.

—¿Quieres ver una flecha motilona? —dice Pete.

—Claro.

—Linda —llama—, tráeme esa flecha.
—Un momento —responde Linda desde la casa, y enseguida aparece en la puerta con la flecha. Es un objeto extraordinario de casi seis pies de largo. La sostiene entre dos dedos, extendida sobre su brazo.
—Ella cree que está envenenada —dice Pete—. Pero no lo está.
Las flechas motilonas no necesitan veneno más que las balas. Su efecto es más que suficiente sin él. El asta de la flecha es una caña ligera de unos tres pies y medio de largo. El extremo libre tiene una muesca para la cuerda del arco, pero no tiene plumas. La caña es lo bastante ligera como para que la flecha vuele recta sin ellas.
La punta, que se encaja en la caña, está hecha de un tipo de madera muy dura, de color rojo oscuro, y quizás mide unos dos pies de largo. Unas pocas pulgadas, cerca de donde se une al asta, la punta es redonda, pero el resto es triangular —si vemos un corte transversal— y se va estrechando hasta formar una punta de aguja. Los tres lados planos tienen media pulgada de ancho, y donde se unen forman tres bordes tan afilados como cuchillos. Uno de estos bordes está dentado con púas profundas a lo largo de dos tercios de su longitud.
—Toca esa punta —dice Pete—. No está envenenada. Es solo una buena flecha, y limpia. Deberías ver una de esas cosas atravesar un tejado de hierro. Atraviesan hasta el asta y luego se detienen.
—Sí —dice Jim Bacon—. Los británicos perdieron en una oportunidad a un peón en el Cata-

tumbo. Cuando lo encontraron, tenía una flecha que le había entrado por un lado de la cabeza y le había sobresalido por el otro. Tuvieron que aserrar ambos extremos antes de poder meterlo en un ataúd.

—Mira esas púas —dice Pete—. No se puede retirar una de estas cosas tirándola hacia atrás. Tienes que cortarla y empujarla hasta el otro lado. Y no se puede cortar esa madera dura con un cuchillo. Así que todos solíamos llevar una hoja de sierra, por si acaso.

—¿Dónde conseguiste esa cosa?

—La saqué de una bolsa de harina. Por eso la punta está tan afilada. Se astillan un poco cuando pasan a través de cualquier cosa sólida. Sucedió de esta manera: yo trabajaba para la Globe ese verano y estábamos en un campamento que llamaban Depósito Número 6. Llevábamos cosas río arriba en lanchas y gabarras. Teníamos todo tipo de chatarra allí —perforadoras, calderas, tuberías de revestimiento y una torre de perforación desmantelada—. No había habido ningún problema con los indios cuando llegué allí. Nunca los hay en la estación húmeda, porque ellos permanecen en las montañas.

—Pero los peones nos dijeron que tuviéramos cuidado cuando el río empezara a bajar su caudal. Ese es el momento en que bajan a buscar huevos de caimán en los bancos de arena. Así que mantuvimos los ojos bien abiertos. Sin embargo, pasado un mes, después de que el río empezara a

bajar, no habíamos tenido ningún problema, y yo, como un maldito tonto, pensé que estaría bien traer a Linda al campamento para la limpieza de las casas de algunos de nosotros. Ella vivía en el campamento Número 5 del lago, que era una pocilga infernal. No estaba tan mal cuando yo iba y venía todos los días en la lancha, pero no quería dejarla sola todo el tiempo. Ya no quedaba mucho más que llevar.

—Así que le dije que se viniera conmigo al día siguiente. No quería llevarla en ese mismo viaje porque llevábamos un tractor de oruga en una gabarra y podíamos tener problemas con los bancos de arena. Pero no los tuvimos, y pudimos llegar a una milla antes del campamento sin que pasara nada. Entonces sentí un olor infernal, como a zorrillo, pero peor. Y el peón que conducía se dio la vuelta y susurró: ¿motilones? Estaba muy asustado y dispuesto a devolverse por el río, al igual que los otros dos que llevábamos. Pero les dije que se fueran al infierno. Ya casi habíamos llegado y, además, les dije que los motilones eran un montón de tonterías. Yo también lo creía.

—Llegamos bien al campamento. No vimos a ningún indio y tampoco los volvimos a oler. Así que nosotros y el resto de la pandilla nos pusimos manos a la obra y desembarcamos ese tractor de la gabarra. Se acercaba la puesta del sol. Por lo tanto, no lo llevamos hasta donde habíamos puesto el resto de las cosas, sino que pensamos que estaría bien en la orilla. Luego cené y me fui a dormir.

—A la mañana siguiente, bajé hasta la lancha a prepararme para el viaje de vuelta y, en cuanto eché un vistazo al tractor, supe que algo iba mal. Pero no sabía qué podía ser. Entonces vi que la tapa de latón del radiador había desaparecido y que uno de los faros delanteros tampoco estaba. Cuando le eché un vistazo para ver qué más le habían robado, vi que todo estaba cubierto de pequeñas huellas de pies descalzos, como las de los niños, pero con los dedos separados. Así que me apresuré a volver a la carpa comedor para contárselo al resto de los muchachos. Supongo que les estropeé el desayuno.

—Bueno, todos cogimos nuestros rifles, echamos un vistazo y descubrimos que todo el campamento estaba lleno de huellas. Los cabrones habían subido a mirar en las tiendas. Habían estado por toda la plataforma y subido a las calderas. Estuvieron en la lancha y en la gabarra. En realidad, no robaron mucho, solo las cosas del tractor y un poco de latas vacías.

—Todos volvimos a la carpa comedor y tuvimos una reunión. Los nativos pensaban que deberíamos irnos, o levantar un fuerte. Pero el resto de nosotros pensábamos que no había mucho peligro. Podrían ser indios pacíficos de los alrededores de Machiques. En cualquier caso, no nos habían hecho nada. Se reirían de nosotros si nos vieran huir hacia el lago, solamente porque unos indios nos habían robado un faro y habían montado un escándalo.

—De tal manera que, nos fuimos en la lancha al campamento principal y le contamos al jefe. Él nos dijo que no teníamos que preocuparnos. Los motilones, dijo, eran solo un grupo de ladrones furtivos y probablemente ya se habían ido. Yo no estaba tan seguro. Para entonces, ya yo hablaba bastante bien el español y solía sonsacarle información a los nativos. Decían que los motilones eran venenosos, y no se equivocaban. Un par de ellos dijeron que no volverían a remontar ese río ni por cualquier cantidad de dinero. Así que pensé que sería mejor dejar a Linda cerca del lago hasta estar completamente seguro de que no había nada de qué preocuparse. Ella armó un tremendo escándalo y trató de esconderse en la lancha, pero la saqué.

Pete ve a Linda al otro lado del porche, sentada en un pequeño taburete, intentando, sin mucho entusiasmo, seguir la conversación.

—Linda —dice Pete en español—. Los motilones, hombres malos. ¿No?

Linda vuelve a la vida de repente, transforma su bonita cara con una mueca feroz, saca un cuchillo imaginario de un cinturón imaginario y simula los movimientos de un encarnizado combate. Después de una última puñalada triunfal en el corazón, se sienta de nuevo en el taburete, sonriendo, feliz de haber participado en la conversación.

—Esa es mi chica —dice Pete—, así se hace.

Y continúa con su historia.

—Bueno, hice unos cinco viajes más hasta el campamento y no olí a ningún motilón; tampoco

los chicos. Así que todos pensamos que solo se trataba de un par de ellos que habían bajado en busca de huevos de caimán. Sin embargo, mantuvimos nuestros rifles a mano y no salimos a cazar en el monte. Dejamos muchas latas brillantes al aire libre, pero no nos robaron ninguna. Así que pensé que estaba bien traer a Linda. Ella me insultaba a morir cada vez que yo bajaba hasta el lago. Y mis compañeros estaban hartos de la comida podrida que servía el negro cocinero.

—Llevábamos muchas provisiones en ese viaje. Apilé los sacos de harina, arroz y café formando una especie de muro, e hice que Linda se sentara dentro. Ella quería ir adelante conmigo, pero la obligué a bajar, e hice que le gustara. No quería tener que sacarle ninguna flecha.

—Todo iba muy bien durante la mayor parte del camino. Entonces, olimos ese olor a zorrillo nuevamente. Era en el mismo lugar que la última vez, en una curva cerrada justo antes de llegar al campamento. El río era angosto y había un banco de arena alto en la parte exterior de la curva. El agua profunda estaba bastante cerca del banco —tal vez a treinta pies—. En la parte superior había un espacio despejado cubierto de maleza, y detrás estaba el monte, tupido como el infierno. Supongo que estaríamos a unos quince metros del monte.

—Estábamos empezando a pasar la curva, cuando una especie de grito vino del monte; un solo grito. Era un sonido más bien gracioso. Linda —dice Pete—, enséñanos cómo gritan los motilones.

Linda se levanta de un salto, encantada de volver a participar en la conversación. Le arrebata la flecha de la mano a Pete, la apunta como una lanza y finge punzarla con maldad. Y con cada punzada, emite un extraño ladrido agudo. Es un sonido extraño, salvaje y muy antiguo, pero aun así se asemeja a un comando militar.

—Esa es mi chica —dice Pete—. Ella lo hace exacto. Linda es en parte india. Su gente eran indios civilizados de las montañas; buenas personas. Pero eran indios igualmente. Nadie podría hacer un ruido así.

—Diablos, no —admito.

—Bueno, oímos uno de esos gritos —continúa Pete—. El peón que llevaba el timón suelta el volante y se deja caer en el fondo del bote. Los demás peones hacen lo mismo. Le digo a Linda que se agache rápidamente, agarro el timón y acelero el motor al máximo. Después se oye otro grito, uno solo, y luego una especie de silbido, un golpeteo y un chapoteo a mi alrededor. El peón que tengo al lado pega un grito. Se escuchan muchos gritos desde el banco que cesan repentinamente, pero el peón continúa gritando y el motor sigue funcionando.

—Cuando salimos al otro lado del río, me di la vuelta para echar un vistazo. El bote estaba atravesado por flechas, asemejándose a un puercoespín. Había ocho de ellas. Una flecha atravesó la pierna del peón por encima de la rodilla y lo inmovilizó contra una caja de carne de cerdo y

judías. Vacié mi pistola hacia el monte, pero no había nada a lo que disparar. Entonces le pregunté a Linda si estaba herida. Dijo que no; luego se levantó de un salto y empezó a insultar a los indios. Yo no sabía que ella conocía ese lenguaje, y tampoco sabía lo que quería decir. Yo estaba casi paralizado, pero me hizo reír.

—Llegamos bien al campamento y salimos corriendo a decirles a los muchachos que se pusieran en pie de guerra. Todos cogimos nuestros rifles y nos tumbamos en medio del claro, detrás de un montón de cajas. Pero no apareció nada. No oímos ni un ruido el resto del día. Cuando oscureció, pensamos que todo estaba bien. No podrían vernos en la oscuridad y no tendrían el valor de acercarse a las tiendas. De todos modos, sabíamos que eran malos tiradores en larga distancia, y las tiendas estaban a unas cincuenta yardas del monte.

—Así que, Linda se encargó del comedor y preparó una cena estupenda. Después de comer, el jefe y yo dimos una vuelta para ver cómo estaban las cosas. Me pareció curioso lo callados que estaban los peones. Había treinta de ellos en el campamento, además de seis estadounidenses, y tenían un montón de chozas que habían construido para vivir. Todas las noches solíamos oírles tocar la guitarra, cantar y pasársela bien. Pero esa noche no hacían ningún ruido. Me pareció raro, pero el jefe argumentó que estaban asustados, que no creía que significara gran cosa.

—Entonces volvimos al comedor y nos sentamos alrededor de la mesa. La lámpara de gas que había allí era la única luz decente del campamento, y todos los estadounidenses solían sentarse alrededor de ella para leer. Linda estaba hablando con un tipo que sabía español. El jefe empezó a repasar algunas cifras. Yo encontré una revista del Salvaje Oeste que no había visto antes y me estaba interesando por una historia cuando, Dios mío, ¡otra vez ese grito! ¡Sonaba como a diez pies de distancia!

—Di un salto hacia Linda, la tiré al suelo y grité: ¡Abajo todo el mundo! Entonces, el grito volvió y las flechas empezaron a entrar por la tienda a una milla por minuto. Alguien tuvo el valor de coger la lámpara y arrojarla por la puerta. Otro tipo gritó que le habían dado, y el jefe le susurró que se callara. Otro gimió. Me quedé en el suelo sosteniendo a Linda y escuchando las flechas. Hacían un pequeño chasquido cuando golpeaban la tela y un gran estruendo cuando daban en algo sólido. Entonces los indios dieron un tremendo grito afuera, y después no se oyó nada más. Casi de inmediato, el jefe salió y recogió la lámpara. Aún estaba encendida y la apagó. Nos imaginamos que los indios no volverían esa noche, y no lo hicieron.

—¿Cuántos fueron heridos en esa oportunidad? —preguntó Jim Bacon.

—Tres: a Johnny Schultz una flecha le atravesó el hombro, por debajo del brazo; a un sueco de

Minnesota llamado Nilson, le atravesaron la pierna; y a otro, la palma de la mano. A pesar de todo, tuvimos suerte. Todas esas flechas atravesaron sin tocar ningún hueso; cuando tocan un hueso, se astillan. Todo lo que tuvimos que hacer fue cortarlas con una sierra y arrancarlas.

—¿Cuántos motilones había? —pregunto.

—Eso es lo gracioso —dice Pete—. Estuvimos toda la noche sentados fuera de la tienda esperando, pero no se presentó ningún problema. Cuando amaneció, miramos a nuestro alrededor para ver de dónde venían las flechas. Y encontramos huellas a no más de veinte pies de la tienda. Pudimos ver dónde clavaban los arcos en la tierra, sujetándolos entre los dedos de los pies. Solo eran cuatro. Buscamos por todas partes, pero no pudimos encontrar ninguna otra huella. Solo esos cuatro indios dispararon treinta y ocho flechas en unos diez segundos. Casi tan rápido como se puede disparar una pistola de seis tiros.

—Eso es un hecho —dice Jim Bacon—. Pueden disparar así de rápido. Clavan las flechas en el suelo a una pulgada de distancia para poder cogerlas rápido. Luego se preparan y, cuando el líder da la señal, disparan. Cuando todos han terminado, dan un último grito y se largan.

—Ese es el mecanismo —dice Pete—. Y fíjate que esos agujeros en la tienda no estaban agrupados. Estaban por todas partes, una flecha cada dos pies cuadrados. Cada hombre allí habría recibido una flecha si no se hubiera tirado rápido al

piso. Los compañeros heridos fueron lentos. Los motilones tienen mala puntería, pero no tienen por qué ser buenos. Son como ametralladoras. No tienen que apuntar.

—Sí —dice Jim Bacon—. Y ese sistema de clavar las flechas en el suelo es otra gran idea. Cada una de esas heridas supurará si no se trata enseguida. La tierra está llena de gérmenes que se trasladan a la herida.

—Eso lo descubrimos —dice Pete—. Johnny Schultz murió en el hospital de Maracaibo. También murió el peón que hirieron cuando veníamos. No teníamos médico, y siempre hace falta un médico para limpiar una herida que atraviesa a un tipo.

—¿Qué hicieron después? —pregunto.

—Bueno, lo primero que hicimos fue buscar a los peones. Y no encontramos a ninguno hasta que todo estaba bien y se hizo de día. Entonces empezaron a llegar rezagados desde el monte al campamento. Decían que ese era el lugar más seguro cuando los motilones iban a atacar. Solo tienes que alejarte, encontrar un buen arbusto espeso, tumbarte boca abajo y rezar para que los indios no te pisen. Por eso es que el jefe y yo no les oímos hacer ruido aquella noche. Dijeron que no habría servido de nada avisarnos. Ya lo habían hecho y fuimos demasiado tontos. Supongo que también tenían razón.

—Lo siguiente que hicimos fue seguir el consejo de los peones y construir un fuerte con placas de

tanque y tuberías. Luego blindamos la lancha con más placas de tanques, y regresamos a los heridos por el lago. También llevamos a Linda. Le conté al jefe lo que había sucedido, reaccionó con enfado y pidió ayuda por radio a Maracaibo. Nos dio más armas y nos mandó a todos los hombres de los que podía prescindir: dos alemanes y cinco peones que decían que sabían luchar contra los indios.

—Al regresar, nos mantuvimos agachados dentro del blindaje, y fue algo bueno que lo hiciéramos también. Nos dispararon un par de flechas para mantenernos nerviosos, pero una flecha no es mucho lo que puede hacerle a la chapa de un tanque. A los chicos del campamento también los tuvieron atentos. De vez en cuando caía una flecha dentro del fuerte. No eran flechas de verdad. Solo cañas con trozos de madera pesada clavados en el extremo para mantenerlas rectas. Supongo que los indios las usaban como advertencia, o algo así.

—De ahí en adelante, la pasamos muy mal. Disparaban a todos los que se acercaban al monte durante el día, y un par de peones fueron heridos. Y toda la noche teníamos que estar sentados dentro del maldito fuerte mientras los indios desfilaban por el claro. Perforaron agujeros en el tanque de gasolina del tractor, robaron todo tipo de cosas y registraron las chozas de los peones. Encontramos sus huellas por todas partes, pero nunca vimos a uno de esos malditos. Nunca los oíamos, solo los olíamos cuando el viento era favorable.

—Después de una semana, el jefe vino desde el lago en dos lanchas blindadas. Llevaba tres estadounidenses con él y unos veinte venezolanos rudos de Maracaibo. Nos pusimos manos a la obra y construimos una empalizada de placas alrededor de todo el campamento. Pusimos en marcha la planta eléctrica y colocamos reflectores por todas partes, para que los indios no pudieran volver a sorprendernos. Entonces pensamos que estábamos bien.

—Pero, ¡diablos, no! Los problemas acababan de empezar. De vez en cuando, una flecha pasaba por encima de la empalizada. No podían vernos, pero teníamos que estar callados porque cada vez que alguien hablaba alto o martillaba un plato, le disparaban desde el monte. Y los indios solían merodear al otro lado del río y dispararle a los peones cuando descargaban las lanchas.

—Lo peor era que no podíamos hacer nada. Habíamos pensado abrir un camino en el monte y transportar nuestro equipo a un lugar como a unas tres millas, donde el geólogo nos había dicho que perforáramos. Pero, los peones normales no se atrevían a salir de la empalizada, los nativos que vinieron a defendernos no querían hacer ninguna limpieza, y nosotros —los estadounidenses— no éramos suficientes. De todos modos, no habríamos soportado ese tipo de trabajo. Por lo tanto, nos quedamos esperando órdenes de Maracaibo. El jefe tenía la idea de que estaría bien si perforábamos justo donde estábamos.

—Pero esa idea no sirvió. El geólogo dijo que ese era el peor lugar de todos. No podíamos perforar allí. Y en la oficina central nos dijeron que nos pusiéramos a trabajar. Teníamos un ejército robusto en el campamento que le estaba costando un buen dinero a la compañía. Pensaron que debíamos acabar con esos indios en una gran batalla o algo así. Pero, demonios, ni siquiera podíamos ver a esos bastardos. Solíamos salir al monte, tal vez una docena de nosotros, con rifles. No pasaba nada durante un rato. Entonces, una flecha pasaba zumbando entre las hojas. Todos disparábamos al lugar de donde había venido, y luego íbamos allí para ver a qué le habíamos dado. Nunca le llegamos a dar a ninguna maldita cosa. Y al descuidarnos, otra flecha venía de otro lugar.

—Era como luchar contra fantasmas. ¡Jesucristo, nos pusimos nerviosos! Teníamos que permanecer muy juntos. El monte era tan tupido que no se podía distinguir a un indio de un blanco. Eso nos convertía en un blanco estupendo, y muchos lo fueron. Uno de los venezolanos murió por una flecha que le atravesó el cuello; pero nunca le dimos a un solo motilón, ni siquiera llegamos a encontrar una sola gota de sangre. Encontramos cáscaras frescas de plátanos, huellas, y los lugares donde clavaron sus arcos en el suelo. Y los olimos a nuestro alrededor. Pero nunca vimos a nadie a quien dispararle.

—Entonces, el jefe tuvo una idea brillante. Dijo que saliéramos y llenáramos de plomo algún lu-

gar del monte para asustar a los indios. Luego levantáramos dos paredes laterales con placas de tanque y deforestáramos el monte por dentro. Así que lo intentamos. La primera vez, funcionó bien, no tuvimos ningún problema; pero la siguiente vez, no funcionó tan bien. Disparamos unas veinte rondas al monte, y entonces un par de los chicos empezaron a colocar otra placa. De repente aparece una flecha que se estrella contra la placa, a un par de pulgadas de la cabeza de uno de los chicos. Ese motilón estaba escondido detrás de un árbol mientras disparábamos; encontramos sus huellas. Y al minuto siguiente, una flecha salió de un árbol y se clavó en el suelo a un pie de donde estaba parado el jefe; pegó un salto como de una milla.

—Así que esa idea no era buena. Pensamos que nos llevaría tres o cuatro meses construir un camino de esa manera, y que tampoco serviría de mucho si los indios iban a dispararnos, de todas maneras. El jefe nos dijo que acababa de recibir órdenes de Maracaibo de no arriesgarse a perder más hombres, que era mejor que volviéramos a la empalizada y nos mantuviéramos resguardados por un tiempo. En este país hay leyes de responsabilidad patronal, como en Estados Unidos, y esa guerra le estaba costando mucho dinero a la compañía. Tenían seguro contra los accidentes normales, pero nadie les daría seguro contra los motilones.

—Al cabo de una semana, recibimos órdenes de dejar todo hasta la siguiente estación de lluvias,

cuando los indios volvieran a las montañas. Algunos de los muchachos dejaron entrever que estaban molestos, pero a mí no me engañaban. Me alegré de salir de allí, y los demás también. Pusimos todas las cosas ligeras en las lanchas y en las gabarras, y las llevamos hacia el lago. Los indios no nos molestaron. Supongo que estaban contentos de vernos marchar y no querían retrasarnos.

—Pero en el último viaje, nos dieron una gran despedida. Vine en ese viaje y me había descuidado un poco. No nos habían disparado desde que empezamos a retirarnos, así que estaba de pie por encima de las placas de tanque colocadas alrededor de los lados. Y cuando estábamos llegando a esa curva, a una milla antes del campamento, una flecha me tiró el sombrero. Yo llevaba uno de esos grandes sombreros nativos, así que no estuvo tan cerca; pero fue lo suficientemente cerca. Me dejé caer en el fondo del bote, y el resto de las flechas pasaron por encima, o se estrellaron contra las planchas.

—Nadie resultó herido esa vez, así que muy pronto volví a ponerme de pie. Íbamos a doce millas por hora río abajo, y yo sabía que ningún motilón podía correr tan rápido por el monte. Pero nos engañaron. El río tiene muchas curvas cerradas allí, y en la punta de la siguiente, yo mismo recibí una flecha. Solo fue un rasguño en el brazo. Así que después de eso me mantuve abajo. Nos dispararon dos veces más en ese viaje, siempre en la punta de una curva. Le pregunté a un na-

tivo cuando ya estábamos en el lago por qué no habían hecho esa estrategia antes. Dijo que era porque todavía no habían limpiado sus senderos. Dijo que los motilones siempre despejan un sendero junto a un río que tiene muchas curvas, para poder dispararle más veces a un barco.

—¿Volviste a ir allí otra vez?

—Solo para buscar el equipo. No ha habido ningún desarrollo allí arriba desde entonces. Cuando volvimos a Maracaibo, encontramos a todos los estadounidenses y británicos discutiendo. Todos estaban a favor de acabar con los motilones con aviones y gas. Pero no llegaron a nada. El gobierno no lo permitió. También tenía razón. Esos indios solo defendían a su país. No sabían que había petróleo. Poco después, el precio del crudo bajó tanto que ya no valía la pena seguir explotándolo —por lo menos si se hacía necesario tener que llevar un ejército para vigilar todas las plataformas—. Así que los motilones están a salvo hasta que acabe la depresión. Después, las empresas volverán a ver qué hacen con ellos.

XIV
ACERCA DEL REINO DE LAS MUJERES

Es difícil comenzar una discusión sobre la moralidad de los venezolanos para decidir por dónde empezar. La moralidad es comparativa, no se basa en ninguna norma absoluta. Así que, una discusión sobre la moralidad de un país extranjero debe ser, necesariamente, una comparación con la moralidad de los Estados Unidos. Por lo tanto, tenemos dos opciones: podemos desmontar la moralidad venezolana y analizar cada uno de sus fragmentos, como si fuera un "huevo dudoso", contra el rayo de luz blanca y pura que nos llega desde el Norte. O podemos descubrir lo que allí se encuentra, a través de la luz blanca y pura de un espectroscopio. Pero estos métodos de procedimiento tienen una desventaja común. Tienen una solemnidad inherente. Y una discusión solemne sobre moralidad es algo horrible, sea cual sea su punto de vista. Los manuales técnicos de los "sexólogos" son tan horribles como el sermón más útil sobre cómo ser un eunuco. Así que, en general, creo que me limitaré a contar algunas anécdotas y a describir algunas reacciones, y dejaré que el lector sintetice sus propias generalizaciones sobre la marcha.

En primer lugar, quisiera tranquilizar al lector sobre un punto. Los estándares morales de los Estados Unidos de América son los mejores del

mundo. Digo esto con confianza, porque cada nación piensa que sus estándares morales son mejores que los estándares morales de cualquier otra nación. Cada nación crea un estándar a su propia imagen, y así consigue acercarse mucho a él. Puede haber naciones humildes que admiren a alguna otra nación en cuestiones de moralidad, pero su visibilidad es muy corta. Por eso, a la pregunta: "¿Son los latinoamericanos degenerados y promiscuos?", la respuesta sería "Sí". Y a la pregunta: "¿Son los estadounidenses hipócritas y sin sentido del honor?", la respuesta sería "Sí". Y, así, todos estarían contentos.

Manuel Rincón es un abogado de Maracaibo que ejerce tanto entre estadounidenses como entre venezolanos. Es experto en las arbitrariedades de la aduana y en los deberes legales de un padre para con sus hijos ilegítimos. El segundo tipo de casos le lleva a generalizar sobre los problemas de la moralidad comparada. Él es un hombre pequeño, no moreno, pero con ojos negros centelleantes y pelo negro erizado. Lleva en el bolsillo un pequeño disco de cristal enmarcado en níquel. Detrás del cristal hay una lámina de goma, en la que está pintada la figura de una chica sin indumentaria. Cuando él coloca la punta de su dedo índice en las caderas de la chica y lo agita con un movimiento circular, la chica baila de una manera que le agrada.

—Esto, señor —dice—, lo conseguí en Nueva York, de un amigo que lo compró en una pe-

queña tienda cerca de Broadway. Pero, cuando le pregunté dónde podría encontrar a la modelo del cuadro, me dijo que ese tipo de chicas en Nueva York eran extremadamente deshonestas, incluso peligrosas, y que era mejor que contuviera mis instintos hasta que aprendiera más inglés, o hasta que regresara a Venezuela. Y yo le pregunto a usted, como persona con cultura estadounidense, si esto es cierto. Otros estadounidenses me han asegurado que sí.

—Sí —le digo—, es la verdad. Un hombre que no sepa inglés seguro que será estafado y tal vez arrollado. Y esto también puede ocurrirle, aunque sepa todo el inglés del diccionario. También hay situaciones desagradables más complicadas, como las trampas y el chantaje. También puede ser detenido como vagabundo —aunque tenga casa, mucho dinero, mujer y muchos hijos— porque, te comento, los estadounidenses prefieren que esas transacciones impliquen el mayor número posible de trampas, enfermedades y delitos.

—Muy interesante —dice Manuel Rincón—, pero, ¿qué puede hacer un hombre para satisfacer sus necesidades?

Esta pregunta, cuando la hace un extranjero, es muy difícil de contestar, excepto para un inglés, que ya tiene en su propio país una magnífica estructura de hipocresía y puede admirar los finos puntos de referencia del nuestro. La respuesta oficial sería, por supuesto, que los hombres estadounidenses permanecen totalmente castos hasta

el matrimonio. Pero esta respuesta sería peligrosa, porque inevitablemente vendría otra pregunta.
—¿Entonces ustedes deben casarse muy jóvenes?
—No. Los estadounidenses se casan notablemente tarde. La edad media, creo, ronda los veinticinco años para los primeros matrimonios.
En este punto, el interrogador, muy educado, cambia de tema por miedo a ser ofensivo. Es decir, lo haría a menos que su mente haya sido convenientemente preparada. La manera de hacerlo es contar algunas historias bien elegidas sobre la vida estadounidense. La historia de Al Capone, Big Bill Thompson y las compañías de servicios públicos de Chicago sería una buena, porque Al y Big Bill son bien conocidos en América Latina, y las compañías eléctricas estadounidenses han comprado a grandes precios casi todas las plantas de alumbrado del continente, hasta aquellas que solo producen los suficientes vatios para hacer funcionar una plancha. Otros temas lo proporcionarían la guerra civil crónica en las regiones carboníferas; las relaciones entre Tammany, Wall Street y el crimen organizado; la miseria de los puertorriqueños; y la razón por la que las Islas Vírgenes se convirtieron en "un asilo para pobres", como lo expresó tan abiertamente el presidente Hoover. El auge y declive de la prohibición sería otro excelente tema tragicómico.
Este método puede parecer algo antipatriótico, pero no lo es en absoluto. Los Estados Unidos son muy odiados y temidos en Venezuela, pero al-

gunos individuos estadounidenses suelen ser populares. En general, caen mejor que los ingleses o los alemanes. Lo que los venezolanos realmente odian y les horroriza es el fantasma del imperialismo económico y financiero estadounidense, que temen que acabe con ellos. Si se les convence, de una manera ilustrada, de que nuestros magnates empresariales son básicamente publicistas y actores cómicos, y que nuestro sistema político no es menos corrupto que el suyo, entonces se sentirán mucho mejor. Yo recomiendo este método a todos los estadounidenses que deseen pasarla bien por debajo del Río Grande.

Tales medios de conciliación ya los he aplicado con Manuel Rincón, por lo que él no cambia de tema de conversación tan rápidamente como lo haría en otras circunstancias. Siente que le he dado permiso para criticar a los Estados Unidos, incluso en temas muy sensibles.

—¡Veinticinco años para los primeros matrimonios! ¿Y dice usted que los estadounidenses no tienen amantes ni "amiguitas"? Ah, amigo mío, tus compatriotas deben ser casi impotentes, o no me estás contando toda la historia.

Esta es la acusación que hace tan difícil discutir de moralidad con un venezolano. El estadounidense promedio puede llegar al trópico con un gran sentido de superioridad moral. Siente que su castidad comparativa es algo digno de admiración. Pero muy pronto se da cuenta de que está a la defensiva. La castidad masculina recibe a veces una risita

educada y disimulada, a veces una carcajada, pero nunca admiración alguna. El joven casto, ante los ojos de un venezolano, sería porque es impotente o es un tonto, o es físicamente incapaz de sacar provecho de su juventud y de su sexo, o es víctima de ciertas influencias religiosas y sociales que solo un débil permitiría que lo guiaran.

La situación se complica por el hecho de que, en cuanto el estadounidense se defiende de la acusación de no ser un hombre, se topa con otra dificultad. Hay pocas prostitutas disponibles en los Estados Unidos. Casi no hay amantes para el hombre promedio. El matrimonio se realiza tardíamente. Entonces, ¿qué se puede hacer? La única salida posible sería cierto grado de intimidad sexual entre iguales sociales, y esto resulta totalmente intolerable para el venezolano, que considera la seducción de una chica de clase alta como un crimen contra el honor.

De tal manera, que el estadounidense se enfrenta a un problema complicado. No quiere que se le considere impotente, o un incauto de alguna religión, pero tampoco quiere que sus amigos venezolanos piensen que no respeta el honor. Es una tarea difícil. La mayoría de los estadounidenses renuncian a ella y dejan que los venezolanos saquen sus propias conclusiones. Pero en este caso haré mi mejor esfuerzo con Manuel Rincón. A riesgo de tergiversar un poco la forma de relacionarse los distintos sexos en Estados Unidos, intentaré demostrar que los es-

tadounidenses tienen tanto normalidad sexual como sentido del honor.

—No —dije—. Los estadounidenses no son impotentes. Es cierto que en el norte la fuerza de las pasiones es menor, y esto lo notamos incluso dentro de las fronteras de nuestro propio país. Nuestros sureños son más apasionados que nuestros norteños. Pero, incluso en nuestros estados más septentrionales, hay pocos hombres que sean totalmente impotentes.

—Entonces —dice Manuel Rincón con precisión de abogado—, deben tener alguna salida, y me gustaría que me explicaran su costumbre. Los jóvenes normales no viven como monjes.

—Existe, por supuesto —digo yo—, nuestra religión, que solo piensa que el amor debe estar confinado dentro de los límites del matrimonio.

Manuel Rincón chasquea los dedos.

—Hablaba de los hombres, no de las mujeres.

En este punto es necesario proceder con mucha cautela. Manuel Rincón se va a escandalizar de todos modos. Como ya se ha explicado, toda nación puede escandalizarse, o fingir escandalizarse, ante la moralidad de cualquier otra nación. Pero él es de mente amplia e inteligente, y si la situación se explica adecuadamente, no pensará demasiado mal. Así, por ejemplo, un birmano de mente abierta se puede convencer a tolerar, en teoría, la costumbre europea de comer cuajada de leche en avanzado estado de descomposición. Primero hay que recordarle que él mismo condi-

menta sus comidas con pescado podrido. Se trata de llevar la discusión a un plano elevado y abstracto, lejos de prejuicios emocionales.
—Habrás oído —le digo— que nuestras mujeres votan.
—Sí...
—Eso es un síntoma. No es una calamidad en sí misma, y no ha tenido ningún tipo de efecto en nuestra vida política, pero indica el grado de control que las mujeres tienen, y siempre han tenido, sobre nuestro sistema social.
—En los diarios de Caracas —dice Manuel Rincón—, yo he visto referirse a su país como El Reino de las Mujeres.
—He visto esa frase. Hay mucho de verdad en ella, aunque pretende ser un insulto.
—Pido disculpas en nombre de mis compatriotas.
—No es necesario, señor. Me gustaría que esta discusión permanezca por encima de los sentimientos personales.
—Usted es un hombre tolerante.
—Considere —le digo— las diversas posiciones que las mujeres pueden ocupar en la estructura social. Hay tres: en primer lugar, una mujer puede hacer un trabajo útil en el hogar y en otros lugares. A menudo es una excelente gerente del lugar donde se encuentre.
—Eso es algo muy afortunado —dice Manuel Rincón.
—Segundo, si es joven y bonita, puede despertar las emociones más cálidas de una manera agradable.

—Eso son dos —dice Manuel Rincón, contando con los dedos.
—Y tercero, puede ser el centro de la vida familiar, la guardiana de la reputación de la familia. Comparte los éxitos y las desgracias de su marido, y es la receptora de esa devoción y atención que todo hombre correcto se complace en prodigar a una esposa fiel.
—Sí —dice Manuel Rincón muy seriamente—, pues en Venezuela la reputación familiar es un asunto de suprema importancia, incluso llega hasta para los primos más remotos.
—La mujer ideal —continúo— desempeñaría, por supuesto, estas tres funciones simultáneamente.
—¡Pero eso no es posible! ¡No es posible! Hay muy pocas mujeres así —responde emocionado Manuel Rincón—. Los curas nos dicen que hay muchas, pero ellos son los que menos se lo creen.
—Por supuesto —asiento—. Y por eso en cada país hay que hacer ciertos ajustes.
—¡Naturalmente! —dice Manuel Rincón, agitando las manos—. Si la mujer de un hombre es perezosa o incompetente, o está enferma, él contrata a un ama de llaves para que se ocupe de las cosas. Si es fea y desagradable, él tiene la libertad de buscar la compañía de alguna persona más agraciada. Y si no quiere asumir la responsabilidad de una familia, toma como amante a una joven que sea atractiva, pero no con la suficiente respetabilidad como para casarse con alguien de su posición. Y para los viajeros, estudiantes, soldados y otras personas

sin ataduras, existen esas jóvenes que dividen sus favores entre muchos. Pero en su país, tengo entendido, existe una diferencia.

—Sí. Ustedes en Venezuela le han hecho su ajuste asignando a cada mujer la función que mejor puede desempeñar: ama de casa, amante o esposa. Solo una muchacha atractiva, inteligente, capaz y de buena familia puede esperar ocupar los tres cargos a la vez. Pero en Estados Unidos hemos hecho el ajuste desde otro punto de vista.

—Me interesa mucho, amigo mío —dice Manuel Rincón—. Pocos estadounidenses discutirían este tema en lo absoluto.

—No son lo suficientemente patriotas como para defender a su país —le digo con severidad—, o quizá no se dan cuenta de lo patético que parece el hombre estadounidense ante los ojos de un extranjero.

—Entonces explique su sistema —dice Manuel Rincón—. Quizá funcione mejor que el nuestro, que es bastante difícil para hombres de buena familia, pero con poco dinero.

—Probablemente sea cierto en todos los países —continúo—, que la ambición de cada mujer sea monopolizar completamente a su marido. Ella quiere dominar tanto sus gastos como sus emociones y sus apariciones en sociedad.

—Eso es cierto —dice Manuel Rincón—. La esposa más fea quiere ser la única amante de su marido. La amante más humilde quiere casarse con su amante. Y todas quieren gastar el dinero del hombre por él.

—Muy pocas mujeres —continúo— tienen el suficiente atractivo natural, capacidad y reputación para tener éxito en esos tres aspectos. La mayoría carece de uno o más de los requisitos. En Venezuela, se han reconciliado con la situación. El marido puede irse a otra parte, puede tomar una amante si su mujer es desagradable, y puede mantener su dinero alejado de las manos de ella si la considera incapaz. O, si ya tiene una amante que no es digna de ser su esposa, puede conservarla para sus momentos de ligereza, mientras se casa con una chica de mejor reputación. Pero, en los Estados Unidos, estas cosas no se permiten, puesto que las mujeres pueden apelar ante la ley.
—¿Por el voto?
—No. Eso vino después. Dije que era solo un síntoma, la piedra angular de la estructura.
—¿Entonces por qué...?
—No lo sé. Es un tema favorito de debate entre mis compatriotas —la posición de los hombres estadounidenses—. Algunos dicen que es la religión, pero muy pocos estadounidenses de las clases altas van a la iglesia. Algunos dicen que es el resultado de la educación superior en la mujer, pero las mujeres que han asistido a la universidad suelen ser más indulgentes con sus maridos que las que no lo han hecho. Por mi parte, creo que ha sido fomentado por nuestros dirigentes económicos durante un largo período de años. Cuando un hombre es dominado por su mujer, ella le mantiene constantemente en el trabajo, y los ricos ganan más dinero con su trabajo.

—Tales preguntas son muy difíciles de responder —dice Manuel Rincón—. Hubo un tiempo, antes de la Liberación, en que las mujeres venezolanas podían arrestar a sus maridos si se reunían con otras mujeres. Algunos dicen que se debía a que no había suficientes mujeres blancas para todos y, por tanto, tenían más demanda. Pero otros dicen que los curas apoyaban a las esposas respetables, porque querían tener sus propias amantes sin la competencia de los hombres laicos. Es un problema.

—Pero en cualquier caso —continúo, rescatando el hilo de mi razonamiento—, nuestras mujeres son capaces de manipular a su antojo tanto la ley como las costumbres de la sociedad. Naturalmente, utilizan estos medios para alcanzar la ambición de todas las mujeres: ser simultáneamente la amante, la esposa y la derrochadora del dinero de su marido. Así que todas nuestras leyes y convenciones de este tipo tienen un único propósito. Como un eufemismo lo llamamos: Protección del Hogar.

—¿Y cuáles son esas leyes y convenciones? —dice Manuel Rincón—. Como abogado me interesan.

—Las hay de muchos tipos —le digo—. Pero todas tienen el mismo objetivo: castigar al hombre que no considera a su mujer suficiente para todas sus necesidades. La mujer puede ponerle espías a su marido, y si le encuentra "disfrutando", puede ir a los tribunales y conseguir el divorcio y quizás la mitad de sus ingresos.

Manuel Rincón mueve la cabeza con incredulidad.

—Pero, las ciudades norteamericanas son muy grandes —dice—. Seguro que un hombre puede mantener a su mujer en la ignorancia si lo desea.
—Sí —le digo—, y algunos lo hacen. Pero la mayoría siente temor, porque la amante puede amenazar con contárselo a la esposa si no le paga una gran suma. Y hay espías profesionales que andan a la caza de los hombres a los que les gusta divertirse.
—Entonces, ¿incluso un hombre con una esposa extremadamente fea no puede tener amante?
—Hay muy pocos que se atrevan.
—¿Y no hay chicas jóvenes de las clases bajas que se aprovechen de su gran atractivo para mejorar su condición?
—El negocio es peligroso y poco rentable. Esas jóvenes no tienen la protección ordinaria de la ley, y se convierten en presa de delincuentes y extorsionadores.
—Entonces, ¿qué hacen vuestros jóvenes solteros? —pregunta Manuel Rincón, levantando las manos—. ¿Y sus hombres casados con esposas a las que ya no encuentran atractivas, qué hacen? No has explicado nada.
—Solo he empezado —le aseguro—. Le he estado contando cómo las leyes y las convenciones de nuestra sociedad están diseñadas para forzar la obediencia del marido y el celibato del soltero. No le expliqué enseguida qué costumbres se han desarrollado para suavizar este estado antinatural de las cosas, porque no quería que pensara que los hombres americanos carecían del debido respeto

por la virtud en las mujeres. Tenía que demostrar primero que había una provocación extrema.
—Algunos de mis compatriotas sostienen —dice Manuel Rincón— que la virtud entre vuestras respetables muchachas y jóvenes matronas no es virtud, tal como nosotros la concebimos.
Pero entonces se detiene repentinamente y se disculpa con una reverencia.
—Perdóneme, amigo mío, si le he ofendido.
—No, no me he ofendido, porque yo mismo estaba a punto de decir lo mismo. Puesto que todas las mujeres de los Estados Unidos son, en teoría, respetables; y, puesto que los hombres, especialmente los jóvenes y solteros, requieren de la relación con la mujer no completamente virtuosa, el resultado inevitable es que nuestros requisitos de respetabilidad son más indulgentes que los suyos.
—Le agradaría explicarlo en detalle, señor, porque esto es extremadamente interesante.
—No se considera malo que una joven respetable pase mucho tiempo, incluso por la noche, a solas con un joven. A menudo va con él en un automóvil. A veces sus padres no saben dónde está...
Manuel Rincón está a punto de hablar, pero se contiene por temor a ser ofensivo. Continúo:
—Es habitual suponer que la joven no ha perdido la virginidad durante estos encuentros. Probablemente sea cierto que en la mayoría de los casos nunca lo hace.
Manuel Rincón levanta las cejas, pero no dice nada.

—Es usted un incrédulo, amigo mío —insisto—, pero esto es realmente cierto. Es el resultado de una disciplina mental y física, bastante parecida a una especie de yoga, que los jóvenes estadounidenses, hombres y mujeres, dominan a una edad temprana. Quienes lo practican con éxito pueden permanecer en contacto íntimo durante largos periodos, acariciándose mutuamente. Al final, la chica conserva, técnicamente, su virginidad, pero ambos quedan satisfechos en cierta medida. Esto se hace en los círculos más respetables, con diversos grados de secretismo. Se llama caricias.

Manuel Rincón se sonroja. Los venezolanos pueden sonrojarse. Probablemente esté pensando en su irreprochable hija, que nunca ha estado sola ni un minuto en sus quince años. Pero no dice nada.

—He visto esa palabra, "caricias", señor, en El Pueblo, pero no entendía la estructura social que hay detrás.

—También hay una larga historia detrás. Hace doscientos años se llamaba "enfardar". Como entonces no había automóviles, los jóvenes se iban juntos a la cama completamente vestidos. Cayó en declive a principios del siglo diecinueve. Durante esta época, nuestras respetables jóvenes estaban protegidas casi con el mismo cuidado que las suyas hoy en día. En consecuencia, la prostitución abierta tenía que ser tolerada, y las amantes no eran infrecuentes, sobre todo en las regiones sureñas del país, donde la pureza de la mujer era más honrada. Pero hubo un gran renacimiento de la institución después de la Gran

Guerra, y ahora está floreciendo. Sostiene nuestro sistema de moralidad, que entiendo pueda parecer insoportable para un extranjero.
—Son verdades muy ciertas, señor —dice Manuel Rincón, esforzándose por no decir nada penoso—. Los Estados Unidos son un país asombroso. Pero me gustaría saber también qué hacen los hombres casados que no tienen este recurso. Porque después del matrimonio ya no serán tan hábiles.
—Eso es menos exacto —digo yo—. La situación es insatisfactoria, y uno de cada seis matrimonios acaba en divorcio. Más frecuente entre las clases altas.
Manuel Rincón mueve la cabeza con simpatía.
—Eso es malo para la sociedad —dice—. Puede que haya poca tradición. Pero, ¿qué ocurre con los hombres de los otros cinco matrimonios? ¿No pueden encontrar alivio en la sociedad con las mujeres más atractivas que sus esposas?
—Oficialmente, no hay alivio, ni con una amante ni con una mujer de compañía. Muchos hombres aceptan el punto de vista de la mujer, que la infidelidad física implica la destrucción del matrimonio. Otros no lo comparten, pero permanecen fieles por miedo a herir los sentimientos de una esposa a la que todavía respetan, pero a la que ya no aman. Muchos más son simplemente cobardes. Unos pocos tienen aventuras con otras mujeres casadas. Pero la mayoría de los maridos estadounidenses se mantienen totalmente fieles, en los hechos, pero probablemente no en los deseos.

Manuel Rincón vuelve a mover la cabeza con simpatía.

—¡Y he visto tantas muchachas de clase baja que son hermosas! Y pensar que los hombres de verdad no pueden apreciarlas.

—Señor —le digo—, hay otro factor que disminuye la carga sobre el hombre, como individuo, a fin de obtener una sociedad respetable. En su país, una esposa virtuosa se considera el santuario de la reputación y del honor de su marido. Y un matrimonio sería la unión de dos casas respetables, para mayor honor de ambas. Y por eso, por favor no se ofenda, amigo mío, un venezolano a veces pasa por alto la falta de atractivo de su prometida, por el bien de la familia que la respalda. Hay muchos hombres ricos y cultos con esposas feas.

—Eso es cierto —dice Manuel Rincón con cierta tristeza.

—Así que, una chica fea de buena familia, siempre podrá encontrar marido si lo desea.

—¿No es eso justo? —dice Manuel Rincón.

—Justo y deseable —estoy de acuerdo—. Así se perpetúa la mejor sangre. Pero, en mi país, un hombre tiene que elegir una amante al mismo tiempo que elige una esposa. Se supone que solo puede elegir una. Así que las chicas feas de las mejores familias, a menudo, son dejadas de lado, favoreciendo a alguna muchacha bonita, pero de origen más humilde. Muchas, muchas chicas de la mejor sangre llegan solteras a la tumba; y una buena parte de los mejores hombres tienen es-

posas que en un principio fueron sus amantes. De manera que la familia, como institución, no puede ser tan sagrada en Estados Unidos como lo es en Venezuela. Los divorcios son frecuentes, y muchos hombres dedican sus mayores energías a sus negocios, ya que la sociedad les resulta desagradable por su falta de dignidad.

Manuel Rincón me estrecha la mano calurosamente.

—Usted me ha explicado muchas cosas de su país —me dice agradecido—. Es usted un hombre veraz y patriota. En Venezuela, circulan muchas ideas falsas sobre Estados Unidos. Los malpensados dicen que los estadounidenses no son hombres, sino debiluchos medio impotentes. Ahora sé que esto no es cierto. Otros dicen que no tienen sentido del honor ni de la decencia, permitiendo que sus hijas pierdan su pureza casi tan pronto como tengan la edad para así desearlo. Pero usted ha explicado la disciplina, casi milagrosa, que utilizan para evitar tal suceso y, al mismo tiempo, alejar a sus jóvenes de las enfermedades de la continencia. Muchos también dicen que los estadounidenses carecen de sensibilidad porque no saben lo que puede significar el honor familiar. Pero, ahora me doy cuenta de que vuestra estructura social es tan diferente de la nuestra, que sería imposible esperar que existiera en ella una institución como la familia venezolana.

—Me alegro de haber aclarado estos puntos —le digo.

—Ha sido un gran favor —dice Manuel Rincón—. Siempre he sostenido que una nación

puede respetar las costumbres de otra si se conoce toda la verdad.

Un estudio en la sección anterior sobre los sentimientos de Manuel Rincón puede explicar, parcialmente al menos, las respuestas que recibí a las siguientes preguntas relacionadas.

La señora Truden es la bella esposa de un importante estadounidense de Maracaibo. Viene de Ohio y, como todas las mujeres estadounidenses en Venezuela, intenta desesperadamente vivir como si todavía estuviera en los Estados Unidos.

—Dígame, señora Truden, ¿qué piensa usted de los hombres venezolanos? ¿Se casaría con uno si fuera guapo y blanco, y usted no tuviera ya marido?

Ella pone cara de desprecio.

—Me dan escalofríos. Encierran a sus esposas en la casa y nunca les dan dinero para gastar, y esperan que tengan cinco hijos. Además, pasan la noche fuera cuando les da la gana. Pero si su mujer habla con otro hombre durante cinco minutos, piensan que su reputación se arruinaría.

Emilio Bustamante es un joven venezolano, soltero, de excelente familia y de pura sangre blanca. Es apuesto, moderadamente alto y bien educado. Está familiarizado con los Estados Unidos, ya que estudió ingeniería eléctrica durante varios años en Columbia. Habla un inglés perfecto, más bien coloquial, y ha aprendido a no ser demasiado amable.

—Dígame, Bustamante, ¿se enamoró alguna vez en Estados Unidos?

—Claro que sí. De la hija de un contrabandista italiano. La conocí en Coney Island.
—No, no me refiero a eso. ¿Conociste a alguna estadounidense de verdad?
—Oh, sí. Mis amigos me presentaron a sus familias y fui a algunas fiestas en Westchester.
—¿Nunca te enamoraste de una chica estadounidense?
—No son mi tipo. Son demasiado toscas y seguras de sí mismas. Una chica no es un hombre, y no debe actuar como tal. Y esperan demasiado. Cuando un hombre se casa con una chica estadounidense, pierde su libertad. Él gana el dinero, y ella lo gasta. Ella sabe todo lo que él hace, y cree que él debería llevarla a todas partes. No es para mí.
En Caracas hay un restaurante y club nocturno respetable. Se llama Suiza y tiene una excelente cocina y vinos franceses. Lo frecuentan extranjeros de todo tipo, sobre todo estadounidenses e ingleses. Pero, durante las fiestas nacionales y otras ocasiones especiales, las familias nativas más liberales permiten que sus hijas bailen allí, asistidas por pelotones de chaperones.
Caracas es una ciudad pequeña, algo mayor que Fall River, Massachusetts. Pero es cierto que no hay ninguna ciudad estadounidense cuyas chicas de clase alta puedan eclipsar a las de Caracas. No solo tienen belleza, sino buen gusto, saben vestir y mucha feminidad. Tienen también un tímido, pero evidente deseo de agradar.
Así que, me acerco a John Reed, recién graduado en Yale, que está en la puerta del bar observando a las bailarinas.

—¿Te casarías con una de estas chicas? —le pregunto—, ¿si te aceptara y supieras que no hay ningún vicio oculto, y no tuvieras que volver a Estados Unidos donde ella sería infeliz?
—¿Te refieres a una como esa linda chica con el vestido verde y el pelo negro?
—Sí, una como ella.
—No hagas preguntas tontas.
Sería deseable, en aras de la simetría, hacer una pregunta similar a una venezolana soltera y de buena familia, pero no sería práctico. No se podría esperar que respondiera con franqueza. El mero hecho de poder hacer la pregunta demostraría que pudiera haber factores perturbadores. De tal manera, lo mejor que podemos hacer es preguntarle a la encantadora joven nativa, esposa de un estadounidense en Maracaibo.
—Dime, ¿qué piensan las venezolanas de los jóvenes estadounidenses?
—Yo tengo uno. Pero tuve que luchar por él —ella rastrilla el aire con sus delicados dedos blancos y sus uñas pulidas—, así.
Estas cuatro reacciones son suficientemente típicas. Es muy cierto que la atracción entre chicas venezolanas y hombres estadounidenses se equilibra con la falta de atracción entre hombres venezolanos y chicas estadounidenses. Los matrimonios parecen ser muy felices, pero son sorprendentemente pocos. Esto se debe a que Venezuela no pretende ser un país democrático. Un matrimonio entre las clases altas es un acon-

tecimiento extremadamente serio, concertado por las familias tras una tremenda investigación. Pocos solteros estadounidenses están preparados para demostrar, suficientemente, que su posición social en su país es comparable a la de la chica en la que están interesados.

De hecho, la mayoría de los estadounidenses que viajan al extranjero por negocios no pertenecen a lo que se considera "la sociedad" en su país. Claro, se podrían casar en algún lugar que esté por debajo de ese lindero de la distinción social. En Venezuela no están dispuestos a hacerlo, porque las familias de clase media suelen tener un cierto porcentaje de sangre negra. Esto no las hace menos atractivas desde el punto de vista estrictamente físico, pero los estadounidenses creen que casarse con una chica así les impediría para siempre la posibilidad de volver a casa. Por lo tanto, cuanto menos seguro de la condición de la chica está un estadounidense, más anhela a las chicas "sanas" y "decentes" que florecen allí donde crecen las aspiradoras.

XV
ACERCA DE LAS VÍRGENES

CONSIDERANDO la ola de proletarismo que invade actualmente el pensamiento del estadounidense, sería una omisión concentrarse solo en la moralidad de las clases altas venezolanas. Pocas observaciones se han hecho sobre la moralidad de los trabajadores de piel oscura. La mayoría de los estadounidenses se inclinan a creer que tal cosa no existe. En esto se parecen bastante al constructor de imperios inglés, al que le pidieron un informe sobre los modales y costumbres de cierta tribu africana. Envió a la Real Sociedad Geográfica un informe muy breve: Costumbres: "repugnantes". Modales: "ningunos".

Pero, de hecho, ningún pueblo o clase carece de moralidad. Su moralidad es la que existe, por deficiente que pueda parecerle a un observador extranjero. Los esquimales prestan sus esposas a los huéspedes. Una mujer respetable del Tíbet se casa con varios hombres y comparte sus favores entre ellos. Las campesinas japonesas pagan la hipoteca de la vieja granja mediante la prostitución. Todos ellos se consideran perfectamente morales y, normalmente, pueden presentar algún tipo de documento para demostrarlo. Nuestros propios defensores de la Biblia la han tenido difícil teniendo que justificar, temerariamente, la moral beduina de Abraham.

Es difícil hacer generalizaciones sobre el sistema moral de las clases bajas venezolanas, porque el país está deliciosamente desestandarizado. Se puede encontrar de todo; desde el matriarcado de los guajiros, hasta el puritanismo español moderadamente estricto de los andinos. Los llaneros son pastores primitivos con una psicología apropiada. Los caraqueños son metropolitanos y sofisticados. Los hombres negros de pura sangre muestran la tendencia normal de los negros para hacer que las mujeres les apoyen, dándoles o negándoles sus atenciones. Se consiguen sistemas morales de todo tipo.

Pero, hay un factor que parece estar presente en todos los sistemas y que a un estadounidense le puede parecer bastante extraño. Se trata del valor extremo que se da a la virginidad —por supuesto, a la virginidad femenina—. La virginidad masculina no existe oficialmente. Tan pronto como un niño aprende lo que significa la palabra, rechaza enérgicamente sea aplicada a sí mismo. Puede que haya hombres vírgenes en el sacerdocio, pero nadie cree que el porcentaje sea elevado.

La variedad femenina, sin embargo, es la preocupación en el país. Entre las clases altas y medias, es la causa natural de la rígida reclusión de todas las mujeres. Cuando una joven llega a una edad casadera, lo más probable es que no haya pasado ni un solo momento a solas con un hombre joven, excepto quizás cuando habla con él a través de los barrotes de hierro de una ventana. En cuanto al

tema de treparse a medianoche hasta el cuarto de la chica, que está en el segundo piso, tan popular en las novelas románticas, en realidad sería muy difícil. Hay demasiados criados y parientes a poca distancia de la habitación de la chica —si es que se le permite tener una para ella sola—. Las escapadas son teóricamente posibles —con la técnica de la escalera de cuerda—, pero no las visitas al dormitorio. Así, los padres pueden estar seguros de que su hija llegue a una edad casadera tan pura como si hubiera pasado su infancia al otro lado de la luna. Es difícil entender cómo es que estas niñas aisladas aprenden a parecer tan seductoras. Pero esa es otra historia.

Entre las clases bajas, tan cuidadoso aislamiento es imposible. No se puede mantener a una hija completamente inocente e ignorante si se vive en una casa de una sola habitación. Esa gente pasa el tiempo en las calles del pueblo, en cocinas al aire libre y en patios que comparten varias familias. La joven que se acerca a la peligrosa edad —nueve años— anda por ahí con el resto, y hay que vigilarla como un halcón, o puede que pase algunos minutos a solas con un hombre y perder la edad dorada de su reputación. Todas las mujeres mayores de la familia se turnan en esta tarea —madres, abuelas, primas, tías—. Si se llega a observar a una doncella de catorce años caminando sola por un camino rural al anochecer, la noticia se extendería como el fuego por una pradera, y una multitud variopinta, con diversas intenciones, saldría en su persecución.

La razón de toda esta vigilancia es porque la virginidad femenina tiene un valor muy real y definido. Entre las clases altas es casi imposible casar a una muchacha cuya reputación esté incluso ligeramente erosionada. Entre las clases medias esto también es cierto, pero en menor medida. Y entre las clases más bajas, el valor en metálico de la chica para su madre se reduce casi a nada si hay alguna razón para sospechar de su pureza.

Por supuesto, existe una gran variación en el rigor de esta costumbre según la raza, la altitud, la ocupación y otros factores similares. Pero, en general, a los venezolanos les cuesta creer que los hombres estadounidenses muestran poco interés en la certificación de su futura esposa. Son muy cínicos en cuanto se refiere a nuestra disposición de creer en la palabra de la muchacha. Es contra natura, dicen, y también va contra el sentido común. Guardan un silencio educado cuando les decimos que, debido a la vida atlética que llevan las chicas estadounidenses, a menudo es imposible, incluso para los novios, decidir si son vírgenes o no.

Si le preguntas a un venezolano por qué valora tanto esta cualidad, se queda desconcertado y casi incapaz de responder. Es como preguntarle a un estadounidense por qué cree que una esposa debe ser fiel. A ambos les mueve la emoción, no una cadena de razonamientos. Con el tiempo, tendrán argumentos de sobra, pero tendrán que escarbar más allá de sus circunstancias infantiles.

En cualquier caso, el juicio de un país sobre su propia estructura moral rara vez tiene valoración directa. Así que, para tener una visión a distancia de este problema fundamental, voy a traer como referencia un simposio de estadounidenses, inusualmente observadores, que se reunieron por accidente en el Bar Delicias de Maracaibo. Este lugar es la combinación habitual de bar, burdel, club, sala de juego e intercambio de noticias. No se considera necesario participar en todas estas formas de entretenimiento; pocos lo hacen. La mayoría de los clientes compran unas copas, charlan con sus amigos y bromean un poco con las chicas. Lo más agradable de un establecimiento así es la absoluta certeza de que ninguna mujer respetable llegue a entrar allí.

El Bar Delicias tiene una pequeña historia relacionada con él. Se dice que hace unos años, durante el auge petrolero, el propietario le preguntó a un estadounidense cómo se llamaría su local en Estados Unidos.

—El Bar Delicias —dijo el estadounidense— sería conocido como un "joint".

—¿Qué significa...?

—No se puede traducir, pero es la palabra en inglés para designar un local en el que se puede pasar un buen rato sin formalidades.

—Está bien —dijo el propietario—. ¿Le importaría escribírmelo? Lamentablemente, no sé escribir.

Así que, el estadounidense escribió en un trozo de papel la frase "Joinery and Venery", que

el propietario imprimió en un cartel y colgó sobre su puerta. El aumento de los negocios con los estadounidenses y los ingleses fue tan notable que, al hombre que inventó la frase, le dieron bebidas gratis mientras permaneciera en el país. Finalmente, el cartel fue retirado por la sonrojada policía, que descubrió lo que significaba (lugar informal y de placeres sexuales). Hay carteles similares en español en el barrio puertorriqueño de Nueva York, pero la policía de Manhattan parece ser más tonta, o de mentalidad más amplia.

El tema de las vírgenes sale a relucir por la presencia real de una. Es una bonita niña de unos trece años, con un vestido rojo, el pelo negro ondulado por la espalda y un collar color naranja, de grandes cuentas alrededor de su cuello. Está sentada tranquilamente en un rincón con su madre, una vieja bruja, fea y con la boca llena de dientes de oro. Para las chicas de su clase, lugares como el Bar Delicias cumplen la misma función que las escuelas de moda de Nueva Inglaterra y Virginia. Las chicas oyen hablar mucho de las costumbres de los hombres, y aprenden a aprovechar al máximo su juventud y lozanía mientras duren.

—Esa niña vale mucho dinero —dice Heinie Rogers, un petrolero, señalando con su pulgar por encima del hombro.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Su madre le dijo a Müller, el amigo alemán de Jake, que podía tenerla por mil bolívares, pero solo dos semanas.

—Y después de las dos semanas —pregunto—, ¿qué haría ella entonces?
—Eso depende de ella —dice Heinie—. Si la niña es inteligente, le diría a la vieja que se fuera al diablo y ella se quedaría con su novio, ahorrando el dinero que él le dé para no irse con otro. Pero estas chicas son bastante leales a sus madres. Probablemente regresaría, y dejaría que su madre le hiciera las citas, y se quedaría con las ganancias.
—¿No es eso una buena cantidad de dinero? —pregunto—. Mil bolívares... doscientos dólares.
—No por una virgen —dice Heinie—. Aquí estiman mucho a las vírgenes. Son raras.
—Son raras en Estados Unidos —dice George Peters, cínico comerciante de cueros—, solo que no nos importa tanto.
—No podríamos hacerlo —dice Heinie—. Tendríamos que desguazar todos los coches del país y el negocio del petróleo se iría al infierno. Así que tenemos que creer en su palabra.
—Por aquí no aceptan su palabra —dice George Peters—. Recuerdo una vez que andaba por Paraguaná, y uno de los muchachos me estaba contando cómo el Jefe Civil consiguió a una chica nueva por nada. Su chica anterior se le había ido con un tipo de Coro, y comenzó a la caza de otra por los alrededores. Encontró una que le pareció muy buena, pero su madre le dijo que era virgen y que le costaría cuatrocientos bolívares. A él le pareció demasiado y, además, no creía que fuera virgen. Parecía saber demasiado.

—De modo que, empezó a husmear, y pronto encontró lo que buscaba. Había un joven que vivía al lado de la chica, y los vecinos decían que rondaba su casa por la noche; y, cuando la vieja dormía, la chica solía salir a hurtadillas para verse con él. Pero hacía un par de semanas que no salía.
—Eso era lo que el Jefe Civil quería. Fue a ver a la vieja, y le dijo que pagaría los cuatrocientos bolívares si la muchacha era virgen; pero que se la llevaría por nada si podía probar que no lo era. La vieja le dijo que le parecía bien.
—Así que, fue y tuvo una conversación con el joven. Tal como se lo había imaginado. La chica solía tratarle bien, pero luego lo dejó, y él estaba enfadado con ella. De tal manera que, el Jefe le dio veinte bolívares para que le contara la historia a la madre de la chica. Así fue como la consiguió a cambio de nada. Le enseñó a arreglarse el pelo, le compró un montón de ropa y la convirtió en una chica muy guapa. Por aquí, cuando se trata de vírgenes, se dice que son de Missouri.
—Díganme —pregunto—, ¿por qué los venezolanos le dan tanto valor a las vírgenes?
Heinie y George Peters sonríen, pero niegan con la cabeza. Jimmy Haskell, un perforador desempleado, el otro hombre de nuestra mesa, se ríe a carcajadas.
—Tengo una teoría —dice—, pero no la diré. Todos ustedes son demasiado jóvenes y no sería decente.
—Digan —les insto—. He estado preguntando eso por todas partes, pero nadie me contesta. Todo

el mundo dice que es una de las maneras en que los venezolanos difieren de los estadounidenses.
—Bueno, ya te digo —dice Heinie—. Es una pregunta difícil. Es inútil preguntar a los nativos. Te sueltan un montón de tonterías sobre el amor puro y cosas así. Eso está bien cuando se trata de las chicas con las que se van a casar. Las quieren puras y las consiguen puras. El matrimonio es un asunto serio aquí, pero debe haber algo diferente como para que los haga pagar mucho dinero por las dos primeras semanas, cuando saben que pueden conseguir la mercancía por una décima parte del precio más adelante.
—¿Cuál es tu teoría? —dice George Peters—. Tú cuenta tu teoría, y luego yo contaré la mía.
—Bueno —dice Heinie—, me puse a pensar sobre este asunto hace un tiempo, y me acordé de cuando era niño en Nebraska. Mi padre era miembro de la iglesia, y las cosas eran bastante estrictas por aquel entonces. Algunos de los tipos solían llevar a las chicas al maizal, o al menos, eso decían. Pero yo no. Pensaba que tendría suerte si tuviera la oportunidad de besar a una chica detrás de una puerta.
—Así que, no sabía nada de mujeres hasta que fui a los campos petroleros. Y no me preocupaba por los detalles, como si una chica era virgen o no. Es como el licor en Kansas, un habitante de Kansas beberá cualquier cosa que patee; no importa si es whisky, o goma laca.
—Pero, aquí en el trópico, es diferente. Los nativos saben todo sobre las mujeres desde que tie-

nen edad para usar pantalones. Todos los muchachitos encuentran alguna chica que ha perdido su reputación y no tienen que andarse con cuidados; pero, para ellos, esa es ya una vieja historia. La novedad ha pasado, así que, prefieren ahorrar sus centavos hasta reunir un par de bolívares que les sirvan para encontrar algo más novedoso.

—De tal manera que, muy pronto empiezan a buscar vírgenes. Eso añade variedad. Las chicas normales por aquí se consiguen como una droga en el mercado, pero las vírgenes son especiales. Sucede igual que con los coches en los Estados Unidos; todo el mundo tiene uno, pero lo más excitante es cuando este se entrega para sacar un modelo nuevo. Esa es mi teoría, George. ¿Cuál es la tuya?

—Bien —dice George Peters—, ya has dicho gran parte de ella; pero, hay otra cosa. ¿Sabes que siempre se burlan de los estadounidenses diciendo que son impotentes, comparados con ellos? Bueno, eso no es nada comparado con lo que se hacen entre ellos mismos. Cada hombre tiene su calificación. Si es buena y alta, estará bien; pero si es baja, será mejor que se meta en un agujero en la tierra. Había un par de nativos a quienes llegué a conocer bastante bien en Coro, y sobornaban a las chicas de una casa de citas para que les dieran información, y así poder vigilar a los demás.

—Naturalmente, si se sienten así, les gustan vírgenes. No hay peligro de que una virgen les diga que no están a la altura, o puedan calificarlos. ¿Conoces a Saldas, ese viejo judío de Curazao?

—¿Te refieres al banquero que tuvo los trescientos hijos? Sí, lo conozco. Supongo que él estaría muy bien.
—No —dice George Peters—. Eso es lo curioso. Ninguno de esos niños tenía hermanos o hermanas completos. Dicen en Curazao que él no se fiaba de ninguna chica que pudiera saber algo de él. Era muy rico, y solía tomar una nueva cada dos semanas, y la echaba antes de que se espabilara. Esa es mi teoría. Ahora, tú cuenta la tuya, Jimmy.
—Chicos, se están acercando —dice Jimmy Haskell—. Han cubierto bastante bien el terreno. Yo mismo iba a decir algo así, pero se olvidan de algo muy importante. Heinie, ¿fuiste alguna vez a Las Casas en Perijá?
—No —dice Heinie.
—Yo estuve allí un tiempo como perforador independiente. No es gran cosa, solo habrá unas cincuenta casas de paja. La mayoría de la gente son indios. Indios dóciles, pero indios al fin y al cabo, y son muy religiosos. Los indios siempre son religiosos si el cura los adoctrina cuando son lo bastante jóvenes.
—Había un cura en ese pueblo. Tenía una iglesia con escuela dominical y todo, pero murió tres años antes de que yo llegara allí. Y el obispo, o quienquiera que fuese el hijo de puta, no quiso enviar a otro. La gente protestó. Pero, sin dinero, ni nadie en el pueblo que supiera leer y escribir, de nada les sirvió. Así que, no podían casarse, ni confesarse, ni obtener el perdón de sus pecados, ni ninguna maldita cosa.

—Bueno, al cabo de un año, apareció un cura. Dijo que Las Casas era ahora parte de su parroquia, y que iba a venir una vez al año para hacer todos los asuntos religiosos durante un par de días. Por supuesto, no era más que una estafa. Él pensó que iba a cobrar todos los cánones, el dinero de las penitencias, y cosas por el estilo; y que luego se iba a desaparecer hasta que la gente acumulara algo más de dinero.

—Pero, el obispo le vendió gato por liebre. Las Casas nunca tuvo dinero. El otro cura se había quedado allí, porque pensaba que la gente lo necesitaba. Le daban de comer, le hacían la ropa y le mantenían la casa y la iglesia limpias. Hacían lo que podían, pero no le daban dinero, porque no tenían.

—Cuando el nuevo cura se enteró de que no había dinero en el pueblo, se enfadó y no quiso casar a nadie, ni abrir la iglesia, ni nada. Dijo que se regresaría enseguida, y que se irían todos al infierno si no conseguían algo de dinero para la próxima vez que él apareciera. Pero, era demasiado tarde para regresarse ese día, así que tuvo que pasar la noche en casa del cacique.

—Bueno, se puso a echar un vistazo, y, como que comenzaron a gustarle las chicas indias —son muy lindas cuando son jóvenes—. Y, muy pronto, se le ocurrió una manera para hacer que sus viajes valieran la pena. Se puso en contacto con el cacique, y le dijo que haría todo el quehacer religioso por nada si le daban una de las vírgenes más guapas —que él mismo elegiría—. Al caci-

que le pareció un trato justo. Todo el pueblo se iría al infierno si él no aceptaba. Así que, puso a las chicas en fila, y el cura eligió.

—Bueno, ese sistema funcionó bien durante dos años. Cada vez que el cura aparecía, conseguía a su chica. A veces también recibía algo de dinero. Pero, los indios se vuelven independientes y librepensadores si no tienen un cura cerca todo el tiempo para mantenerlos adoctrinados. Y ese grupo había dado un gran "salto atrás" cuando yo llegué. Habían sacado un santo de quién sabe dónde y le rendían culto en español y en lenguaje indio. Estaban pasándoselo en grande.

—La siguiente vez que apareció el cura, no lo trataron tan bien. Dijeron que no había ni un centavo en el pueblo, y cuando pidió ver a las muchachas para poder elegir como de costumbre, le dieron largas y le dijeron que no había más que una virgen en el pueblo este año, pero que estaba muy lejos, en el monte. Que iban a enviar por ella, pero que no llegaría hasta la noche.

—El cura hizo lo que pudo, y el cacique sacó una botella de ron y nos pidió a mí y a un par de muchachos que viniéramos de la plataforma de perforación, y que trajéramos whisky para una fiesta. Entonces, no sabíamos de qué se trataba, nos lo contaron más tarde. Pero vinimos, y entre todos embriagamos tanto a ese cura, que no sabía si era que iba o venía. Después de un rato, el cacique trajo una chica para él, y nosotros, los estadounidenses, volvimos a la plataforma.

—Eso fue todo lo que supimos durante un tiempo. Pero, al poco tiempo, el cacique vino a la plataforma con una carta para que se la leyera. Iba dirigida a la gente de Las Casas, pero me pareció bien leérsela al cacique; él era el jefe por esos lados.

—Cuando la abrí, descubrí que estaba escrita en papel de un hospital de Maracaibo. Y, maldición, era de ese cura. Dijo que estaba enfermo, y que todo era por culpa de esa chica que decían que era virgen. Por lo tanto, excomulgó a todo el pueblo. Dijo que ahora, por seguro, se irían todos al infierno. Así que, esa es otra razón por la cual apegarse a las vírgenes.

—¿Qué hicieron los indios cuando fueron excomulgados? —pregunto, habiendo olvidado el problema de las vírgenes por el momento.

—Diablos, no les leí lo que decía esa carta. Dije que venía del obispo. También les dije que no tenía ningún sacerdote para enviarles, así que le daba permiso al cacique para ser sacerdote, si prometía no cobrar nada. De manera que, ahora tienen una iglesia propia. No sé qué hacen en ella, pero les iba bien cuando me fui.

XVI
UN INTENTO PARA DEMOSTRAR QUE AÚN HAY ESPERANZA PARA LOS DESCARRIADOS

QUIERO señalar un lugar de refugio. Me refiero a un refugio para los individualistas recalcitrantes, si acaso queda alguno en los Estados Unidos.

Nuestro viejo enemigo —el gobierno— está tramando un ataque más determinante contra el ciudadano de lo que jamás haya tramado antes. Desde dos lados convergen las fuerzas que quieren hacer del mundo un nido de termitas. Por un lado, el capitalismo reúne a sus fascistas, a su clero, a sus hombres que siempre aceptan todo y a sus expertos en eficiencia. Por el otro lado, están los marxistas, con su triste aluvión de mediocridad reglamentada y cargada de arrogancia. Estos dos son antagónicos en la actualidad —alabado sea—, pero existe una horrible posibilidad de que finalmente descubran que ambos quieren lo mismo: la completa sumisión del individuo a la voluntad de la sociedad. Entonces, J. P. Morgan, Stalin, Bishop Cannon y Mussolini se unirían para construir un nuevo tipo de Estado de termitas obedientes, disfrutando de su ocio, cuidadosamente supervisado bajo una brillante lluvia de artefactos.

Quisiera señalar un refugio de este estado amenazado. América Latina —con la posible excepción del extremo sur— se negará durante varias generaciones, tal vez para siempre, a unirse al nuevo orden. Hay demasiada bendita confusión, tolerancia, pereza e independencia. Hay muy poca codicia que sea discreta, y muy poca preocupación por los asuntos de los demás. No hay sociólogos. La Iglesia está casi totalmente desacreditada. Ningún gobierno latinoamericano ha soñado jamás con modificar la forma de vida de sus ciudadanos no políticos. Las dictaduras violentas son frecuentes, por supuesto, pero sus víctimas son sus potenciales rivales, no la población en general.

Hay otros pensamientos tranquilizadores. Por ejemplo, no hay proletariado en la mayor parte de América Latina. Un proletariado no es más que la base explotada de una estructura industrial altamente organizada, y en América Latina no hay estructuras industriales dignas de ese nombre. Por lo tanto, la mentalidad de masas no molesta a nadie, ni siquiera a sí misma.

Tampoco hay verdaderos capitalistas, personas que controlan la vida de muchos hombres mediante la entrega de ciertos trozos de papel. Cuando un latinoamericano gana dinero, su impulso es gastarlo en algo agradable para sí mismo, para sus amigos o para su ciudad natal. Casi nunca lo aparta para regodearse en él. Así que, en la mayor parte de América Latina no vamos a en-

contrar a una malévola y tímida anciana que tiene su riqueza invertida, diciéndole a la humanidad que se quede muy callada, no sea que le perturbe su sueño.

Lo mejor de todo es que hay una maravillosa tradición del «qué carajo importa». Todo el mundo se ve afectado por él. El estadounidense muy pronto aprende a sentarse tranquilamente, mientras todo tipo de cosas le suceden a los registros de ventas y a la moral de la oficina. El alma empresarial más aburrida desarrolla la generosidad y el sentido del humor. El puritano más malvado se golpea el dedo del pie y le gusta.

De manera que aquí va un consejo: si estás harto de que te hablen de economía, de problemas sociales y de la era de las máquinas; si estás cansado de la hipocresía moral, de siempre decirles "sí" a los jefes y de tener el trasero sudado; si tu mujer quiere que juegues al bridge con sus amigas; o si estás a punto de conseguir una esposa que va a querer que lo hagas; entonces, embárcate en cualquier barco que vaya hacia el sur. Pero no te bajes en Cuba, porque actualmente pertenece a banqueros estadounidenses.

Sin embargo, cualquier otro lugar en América Latina servirá. Quizás te quedes; muchos estadounidenses lo han hecho con un suspiro de alivio. Pero si no lo haces, volverás a Estados Unidos con nuevas fuerzas para reírte de aquellos de mentalidad social, de los de mentalidad económica, de los de mentalidad de artefactos, de los

sabelotodo y de los salvadores de la humanidad. No aceptarás malas respuestas de las mujeres. No creerás nada de lo que veas en los periódicos. No escucharás a predicadores, políticos, economistas, educadores o trabajadores sociales. Y si los hombres termitas levantan por fin su hermoso Estado, sabrás adónde ir.

Contenido

La historia secreta del nacimiento de la industria petrolera en Venezuela 5

Introducción 11

En el bar Trujillo 17

El pueblo lacustre 27

Lagunillas 37

Sancochar 47

Cuando los yanquis perforaron hasta el infierno en Lagunillas 71

Acerca del tiempo 77

Central azucarero 103

El monte 131

La vida sencilla 147

El santo negro de bolsillo 173

Sobre el arte de vender 181

Amante e intérprete 191

Algunos indios 209

Acerca del reino de las mujeres 233

Acerca de las vírgenes 255

Un intento para demostrar que aún hay esperanza para los descarriados 269

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 23 días del mes de septiembre de 2025, el mismo día pero de 1960 en que nace en Maracaibo José Molero, artista escénico (actor, director de teatro) y escritor (dramaturgo). Egresado de la Escuela de Teatro Inés Laredo (1980), pasó a formar parte del elenco del grupo Tablón y fue miembro fundador del grupo de teatro Cacuma de la Casa de la Cultura de Machiques (1986), con el cual realizó varios montajes como director. Colaborador de El Cuartillo E' La Arepita, Pequeño Teatro, y otras agrupaciones, realizó un taller con la Compañía Nacional de Teatro núcleo Zulia y fue seleccionado como miembro del elenco fundador de la Compañía Regional El Teatro de la Ciudad (1991) y más tarde (1992) formó parte del grupo Mampara. Ha participado como actor en obras como: Los peces del acuario (1981), Sainetes (1986), Cuentos del molinero y del carpintero (1989), El gran teatro del mundo (1991), Medea (1991), Pic-Nic (1992), Fiesta en soledad (1993), Encuentro en el parque peligroso, La decisión de Antígona (1994), entre otras. Fue asistente de dirección de Historia de un cadáver (1992) con la agrupación El Mundo del Teatro, de la cual fue vicepresidente; también del montaje Las flores que no te di (1995); dictó el taller «Iniciación a la actuación y puesta en escena»; escribió y dirigió la obra Bajo el sol (1995) con el Taller Libre de Actuación, que dirige bajo el nombre de Bajo el Sol desde 1995. Así mismo, asumió la dirección de actores en Monólogo del mago (1995) de Maik Ávila. Como dramaturgo hizo una versión libre de Cada oveja con su pareja para el grupo Cacuma y además ha escrito Juguemos al teatro (1982) y Bajo el sol (1995). En 1998 trabajó con el grupo Mampara y su agrupación Bajo el Sol intervino en el montaje de Evocaciones del puerto con los grupos Círculo de Luz y Mampara. Actualmente es uno de los actores de la exitosa obra de teatro Señoras de Maracaibo, junto con Ricardo Lugo, José Bermúdez, Carlos Guevra y Henry Semprún, estrenada el 16 de marzo de 2008, en el Teatro Baralt.

sultanadellago.com